

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



VIRGEN DE GUADALUPE, MADRE Y EMPERATRIZ DE LAS AMÉRICAS

La evangelización
de América

La devoción
a la Virgen
de Guadalupe

La devoción
al Corazón de Jesús
en la Hispanidad
del siglo XIX

La Iglesia
y la educación
en América

Los santos
en la historia de Chile



Sumario

Algunos rasgos de la evangelización de América <i>Jorge Soley</i>	3
Isabel, evangelizadora de América <i>Balbina García de Polavieja</i>	9
La devoción a la Virgen de Guadalupe en la configuración de México <i>María Dolores Barroso</i>	13
La devoción al Corazón de Jesús y la realeza de Cristo en la Hispanidad del siglo XIX (san Ezequiel Moreno y Gabriel García Moreno) <i>José-Javier Echave-Sustaeta</i>	17
Testimonios de santidad en la historia de Chile <i>Lucas Pablo Prieto, hnscc</i>	27
La Iglesia y la educación en América. De la Cristiandad a la ruptura ilustrada <i>Sebastián Sánchez</i>	30
El indigenismo cristiano desviado <i>José María Iraburu</i>	34
Historia de la devoción a Nuestra Señora de El Pueyo <i>Fernando Pueyo Toquero</i>	37
San Pedro Claver <i>José Álvaro Sánchez Mola</i>	39
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	41
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	42
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	44

RAZÓN DEL NÚMERO

HEMOS querido dedicar el presente número a una realidad eclesial muy entrañablemente unida a la historia de España, bien conocida, pero no siempre suficientemente valorada. Nos referimos a la Iglesia en Hispanoamérica. Desde un punto de vista cuantitativo ya nos podemos dar cuenta de su importancia: los católicos de estos países, junto con Brasil, son más del 40 % del total de católicos en el mundo y, por otro lado, por primera vez en la historia de la Iglesia ocupa hoy la Sede de Pedro un papa procedente de estos países. Todo ello refleja como la admirable obra evangelizadora de los misioneros españoles ha dado lugar a esta realidad de fe tan arraigada en la vida de estos pueblos. Repetidas veces los últimos papas han calificado al continente americano como «el continente de la esperanza». Frente a una Europa envejecida y profundamente secularizada, podemos aún encontrar unos pueblos que destacan por la abundancia de su juventud y, a pesar de estar sometidas a influencias diversas contrarias a su fe católica, han conservado la fe que recibieron de sus antepasados. Un hecho que manifiesta lo que afirmamos, lo podemos fácilmente comprobar a nuestro alrededor. En las misas dominicales de nuestra ciudad es frecuente constatar que la mayor parte de los fieles jóvenes son de origen hispanoamericano.

Hemos recogido en nuestras páginas algunos de los aspectos más relevantes de la labor evangelizadora de España en aquellas tierras recordando las palabras de san Juan Pablo II: «La cruz de Cristo plantada desde el primer momento en las tierras del Nuevo Mundo iluminó el camino de los descubridores o colonizadores, como lo prueba la religiosidad que marcó toda su trayectoria y los numerosos escritos de la época, así como los nombres mismos de tantas ciudades y santuarios diseminados por América».

Es importante recordar que esta íntima relación entre España y América encuentra su explicación profunda en algo en que historiadores tan diversos como el español Sánchez-Albornoz y el inglés Toynbee coinciden: la estrecha continuidad entre la Reconquista y el descubrimiento de América. Estos son los dos hechos que singularizan nuestra historia, dos hechos que coinciden geográficamente y cronológicamente; el final de uno es el principio del otro. En Granada, en 1492, culminaron los ocho siglos de Reconquista, que sólo tiene su explicación a la luz de su motivación religiosa, y se inicia la gesta descubridora y evangelizadora de las tierras del Nuevo Mundo, con la firma de las Capitulaciones de Santa Fe por los Reyes Católicos y Cristóbal Colón.

Todo ello debería ser motivo para dar gracias a Dios, que rige con su providencia la vida de los pueblos, y también de esperanza. Hay que pedir a la pléyade de santos de estos países –fructificación de la labor evangelizadora–, que intercedan ante la Virgen de Guadalupe para que no permita que en estos momentos críticos de la historia de España olvidemos aquellas palabras de nuestro gran poeta Verdaguier dirigidas a los barceloneses: «Treballa, pensa, lluita, mes creu, espera i ora. Qui ofensa o alça els pobles és Déu, que els ha creat».

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig
Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2ª
08002 BARCELONA
Redacción: 93 317 47 33
E-Mail: ramonorlandis@gmail.com
Administración y fax: 93 317 80 94
revista.cristiandad@gmail.com
<http://www.orlandis.org>

Imprime: Campillo Nevado, S.A. - D.L.: B-15860-58

Algunos rasgos de la evangelización de América

JORGE SOLEY

SE ha escrito mucho sobre el descubrimiento, conquista y evangelización de América, tanto desde una visión distorsionada como desde una mirada fiel a la realidad. Entre estos últimos trabajos no podemos dejar de mencionar la obra del padre Iraburu, *Hechos de los apóstoles de América*, los escritos de Jean Dumont, de José Luis Comellas, de Luis Corsi Otálora o de Mariano Fazio, por citar algunos de los más recientes y documentados o la tarea de investigación histórica de la revista *Fuego y Raya*. No vamos a intentar resumir esa gesta única de nuevo, trabajo titánico y por fuerza incompleto. Nos limitaremos en este artículo a señalar algunos aspectos de la obra de España en América que por regla general no han recibido la atención que merecen y que estamos convencidos de que nos ayudarán a comprender con mayor profundidad el carácter y el valor de ese ingente esfuerzo. Para ello hemos acudido a las obras citadas, en especial a la del padre Iraburu.

La España evangelizadora: un pueblo de santos

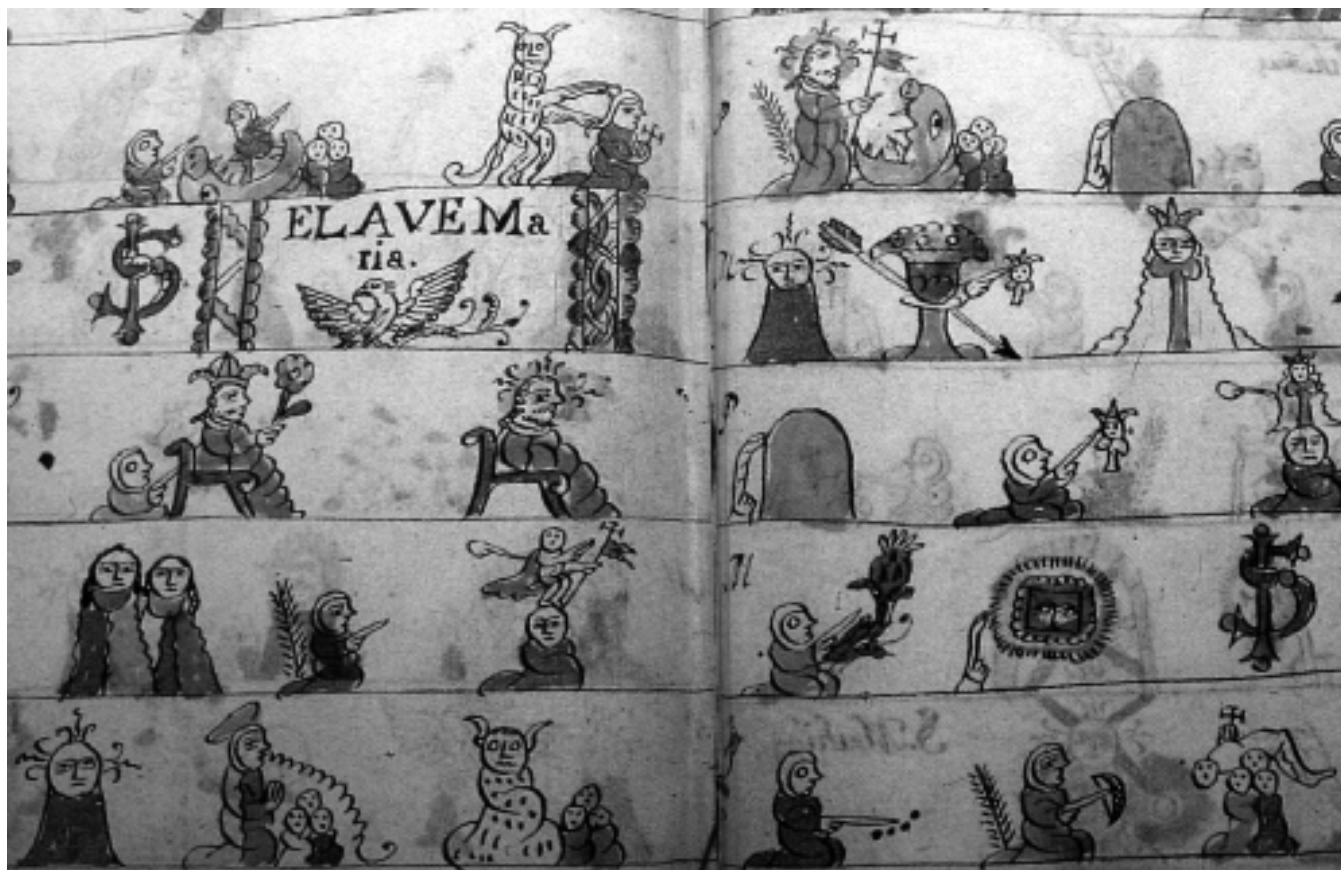
No estamos ante una afirmación retórica, de cara a la galería. Es un hecho constatable: En el siglo XVI, América fue evangelizada por un pueblo muy cristiano en el que vivían numerosos santos. Hecho providencial, lo cierto es que es difícil encontrar en la historia de la Iglesia ningún otro pueblo con tal concentración de santos reconocidos. Que no estamos exagerando resulta evidente cuando se repasa la lista de santos españoles de la época: el hospitalario san Juan de Dios (†1550), el jesuita san Francisco Javier (†1552), el obispo agustino santo Tomás de Villanueva (†1555), el jesuita san Ignacio de Loyola (†1556), el franciscano san Pedro de Alcántara (†1562), el sacerdote secular san Juan de Ávila (†1569), el jesuita beato Juan de Mayorga y sus compañeros mártires (†1570), el jesuita san Francisco de Borja (†1572), el dominico san Luis Bertrán (†1581), la carmelita santa Teresa de Jesús (†1582), el franciscano beato Nicolás Factor (†1583), el carmelita san Juan de la Cruz (†1591), el agustino beato Alonso de Orozco (†1591), el franciscano san Pascual Bailón (†1592), el franciscano san Pedro Bautista y sus hermanos mártires de Nagasaki (†1597), el jesuita beato José

de Anchieta (†1597), el franciscano beato Sebastián de Aparicio (†1600), el obispo santo Toribio de Mogrovejo (†1606), el franciscano san Francisco Solano (†1610), el obispo san Juan de Ribera (†1611), el jesuita san Alonso Rodríguez (†1617), los trinitarios beato Juan Bautista de la Concepción (†1618), beato Simón de Rojas (†1624) y san Miguel de los Santos (†1625), la carmelita beata Ana de San Bartolomé (†1626), los jesuitas san Alonso Rodríguez (†1628) y san Juan del Castillo (†1628), el dominico san Juan Macías (†1645), el escolapio san José de Calasanz (†1648), el jesuita san Pedro Claver (†1654), y la capuchina beata María Ángeles Astorch (1592-1665). A estos santos peninsulares hay que sumar los santos de la España americana: los niños tlaxcaltecas beatos Cristóbal, Juan y Antonio (†1527-1529), el mexicano beato Juan Diego (†1548), el franciscano mexicano san Felipe de Jesús (†1597), la terciaria dominica peruana santa Rosa de Lima (†1617), el jesuita paraguayo san Roque González de Santacruz (†1628), y el dominico peruano san Martín de Porres (†1639).

La lista es impresionante y casi imposible de igualar. Y sin embargo la fe, la esperanza, la caridad, encarnadas de modo ejemplar en estos santos, no se limitó a ellos sino que impregnó, con mayor o menor intensidad pero con una presencia ampliamente difundida, la vida de los hombres de su tiempo.

El papel clave de los religiosos

EN la evangelización de América jugó un papel determinante la obra de los religiosos. Precisamente Hernán Cortés tuvo un importante papel para que así fuera. En efecto, a finales de 1524, escribe Cortés al Emperador en los siguientes términos, de una clarividencia y franqueza a la que ya no estamos acostumbrados: «Todas las veces que a vuestra sacra majestad he escrito he dicho a vuestra Alteza el aparejo que hay en algunos de los naturales de estas partes para convertirse a nuestra santa fe católica y ser cristianos; y he enviado a suplicar a vuestra Majestad, para ello, mandase personas religiosas de buena vida y ejemplo. Y porque hasta ahora han venido muy pocos o casi ningunos, y es cierto que harían grandísimo fruto, lo torno a traer a la memoria de vuestra Alteza, y le suplico lo mande proveer con toda brevedad». Y continúa en-



Catecismo americano del siglo XVI

careciéndole que envíe religiosos, rectificando su anterior petición, pues «enviamos a suplicar a vuestra Majestad que mandase proveer de obispos u otros preladados, y entonces nos pareció que así convenía. Ahora, mirándolo bien, me ha parecido que vuestra sacra Majestad los debe mandar proveer de otra manera... Mande vuestra Majestad que vengan a estas partes muchas personas religiosas [frailes], y muy celosas de este fin de la conversión de estas gentes, y que hagan casas y monasterios. [La conversión de estas gentes] no se podría hacer sino por esta vía; porque habiendo obispos y otros preladados no dejarían de seguir la costumbre que, por nuestros pecados, hoy tienen, en disponer de los bienes de la Iglesia, que es gastarlos en pompas y en otros vicios, en dejar mayorazgos a sus hijos o parientes. Y aun sería otro mayor mal que, como los naturales de estas partes tenían en sus tiempos personas religiosas que entendían en sus ritos y ceremonias, y éstos eran tan recogidos, así en honestidad como en castidad, que si alguna cosa fuera de esto a alguno se le sentía era castigado con pena de muerte; y si ahora viesan las cosas de la Iglesia y servicio de Dios en poder de canónigos u otras dignidades, y supiesen que aquéllos eran ministros de Dios, y los viesan usar de los vicios y profanidades que ahora en nuestros tiempos en esos reinos usan, sería menospreciar nuestra fe y tenerla por cosa de burla; y sería tan gran daño,

que no creo aprovecharían ninguna otra predicación que se les hiciese».

Es, desde luego admirable, lo que esta carta deja adivinar, tanto del celo religioso y juicio certero de Cortés como del estado de la Iglesia en su tiempo, con vivos contrastes en los que los frailes mostraban la mejor cara de la misma. Y el Emperador hizo caso: en el siglo XVI llegaron a América aproximadamente dieciséis mil religiosos, primero franciscanos y mercedarios, luego dominicos, agustinos y finalmente jesuitas.

El historiador francés Robert Ricard, quien defendiera en la Sorbona, en 1933, su tesis titulada *La conquista espiritual de México. Ensayo sobre el apostolado y los métodos misioneros de las órdenes mendicantes en la Nueva España de 1523-1524 a 1572*, que se convirtió en la principal obra de consulta sobre la obra misional en México de las órdenes mendicantes, nos deja el siguiente testimonio sobre la labor de los religiosos: «Los misioneros de México parecen como dominados por la obsesión de dar ejemplo, de enseñar y predicar por el ejemplo... Ejemplo de oración, ante todo», para que los indios, dados a la imitación, «se llegasen a Dios». Ejemplo de penitencia y austeridad. «¿No escribirá Zumárraga que fray Martín de Valencia “se nos murió de pura penitencia”?». No era él una excepción: las fatigas y privaciones fueron la causa de la gran

mortalidad de los dominicos, obligados a recorrer un inmenso territorio: «Y como los religiosos de esta Orden de Santo Domingo no comen carne y andan a pie, es intolerable el trabajo que pasan y así viven poco», escribía el virrey Luis de Velasco al príncipe Felipe en 1554... Y lo mismo pasaba con los agustinos», como fray Juan Bautista de Moya o el increíblemente penitente fray Antonio de Roa. Ejemplo de pobreza: «Los religiosos de las tres órdenes se opusieron abiertamente a que los indios pagaran el diezmo, para que no imaginaran que los misioneros habían venido en busca de su personal provecho». Ellos querían vivir pobres como los indios, «ya que estos, en su mayoría, ignoraban la codicia y llevaban una vida durísima o miserable... De ahí, quizá más que de sus beneficios, nació la honda veneración y amor que les tuvieron: «los religiosos casi son adorados de los indios», pudo escribir sin exagerar Suárez de Peralta (*Noticias históricas de la Nueva España*, Madrid 1878, cp.VII, 65). Y esto era así para los indios «fueran los que fueran sus misioneros, franciscanos, agustinos o dominicos»... Éstas eran «las admirables y excelsas virtudes de tantos de los fundadores de la Iglesia en la Nueva España». Y «tal es la llave que abre las almas; sin ella, todo apostolado viene a parar en inmediato y definitivo fracaso, o se queda apenas en frágil y engañadora apariencia».

La evangelización no fue obra sólo de religiosos, sino que los laicos jugaron un papel decisivo.

SE suele contraponer, en el mejor de los casos, a unos religiosos generosos y empeñados en mejorar las condiciones de vida de los indígenas y anunciarles el Evangelio, con unos conquistadores brutales, interesados solamente en esquilmar cuanto más riqueza mejor, crueles con los indios y siempre prestos a pasarlos a cuchillo. Si la primera parte del enunciado es muy cierta, la segunda es una burda mentira.

Evidentemente, los soldados y funcionarios españoles enviados a las Indias no tenían como primera motivación el evangelizar a los indios. Se lanzaban a la aventura que suponía el Nuevo Mundo por afán de gloria, para mejorar su situación económica, por anhelo de aventuras, por obediencia, para labrarse una carrera... Todas estas motivaciones, no obstante, no eliminaban la profunda fe de la mayoría, que también valoraban la oportunidad que se les abría de colaborar con la labor evangelizadora y no veían incompatibilidad entre esos anhelos y el actuar de forma consecuente con su fe. Eran aquellos soldados gente sencilla y ruda, brutales a veces,

como lo podía ser la vida en aquel tiempo, pero no se puede negar que fueran sinceramente cristianos. Como leemos en los *Hechos de los apóstoles de América*, «Otros hombres quizá más civilizados, por decirlo así, pero menos creyentes, sin cometer brutalidad alguna, no convierten a nadie, y aquéllos sí»

En ocasiones, simples soldados eran testigos explícitos del Evangelio, como aquel Alonso de Molina, uno de los Trece de la Fama, que estando en el Perú se quedó en Túmbez cuando pasaron por allí con Pizarro. Molina aparecerá en la *Relación escrita por el soldado Diego de Trujillo*, cuando, acompañando a Pizarro en la isla de Puna, al pueblecito de El Estero, nos cuenta lo siguiente: «hallamos una cruz alta y un crucifijo, pintado en una puerta, y una campanilla colgada: túvose por milagro [pues no tenían idea de que hasta allí hubiera llegado cristiano alguno]. Y luego salieron de la casa más de treinta muchachos y muchachas, diciendo: Loado sea Jesucristo, Molina, Molina... Y esto fue que, cuando el primer descubrimiento, se le quedaron al Gobernador dos españoles en el puerto de Payta, el uno se llamaba Molina y el otro Ginés, a quien mataron los indios en un pueblo que se decía Cinto, porque miró a una mujer de un cacique. Y el Molina se vino a la isla de la Puna, al cual tenían los indios por su capitán contra los chonos y los de Túmbez, y un mes antes que nosotros llegásemos le habían muerto los chonos en la mar, pescando; sintieronlo mucho los de la Puna su muerte».

El «cruel y sediento de oro» (según la historiografía dominante) soldado español Molina, abandonado y solo, había hecho en aquella isla su iglesia, con cruz y campana, y había organizado una catequesis de treinta muchachos.

Una evangelización profundamente mariana

Los ejemplos que demuestran la profunda fe de la inmensa mayoría de los españoles que se embarcaron hacia América son numerosos. Es innegable que el sentido evangelizador de sus empeños jugó en todo momento un papel esencial, que no tenía que ser único, pues era compatible con otras motivaciones, pero que dio un tono único a la conquista española en aquellas tierras. Y esta fe, que se hacía pública, tenía un color muy mariano, carácter éste de la devoción a la Virgen que pervive hasta nuestros días en la América hispana. Valga como ejemplo, entre los muchos documentados, éste que reseña el padre Iraburu en su obra ya citada sobre el origen de la Virgen de la Caridad del Cobre, patrona de Cuba: «Hojeda siempre llevaba consigo una imagen de la Virgen que le había regalado en España el obispo Juan Rodríguez de Fonseca, el del

Consejo de Indias. Cuando al fin tuvieron que pasar a La Española en busca de socorros, fueron a dar en una costa cenagosa del sur de Cuba, y hubieron de caminar varias semanas con barro hasta las rodillas y la vida en peligro. Cada vez que descansaban sobre las raíces de algún mangle, allí plantaba Hojeda su imagen de la Virgen, exhortando a todos a que le rezasen y pusieran en ella su confianza. En la mayor angustia, hizo voto de regalar la imagen en el primer pueblo que hallasen, que fue Cueyba, en Camagüey, donde les acogieron compasivos unos indios infieles. Hojeda, en el lenguaje de la mímica, se ganó al cacique para hacer allí una ermita. Y el padre Las Casas cuenta: “Yo llegué algunos días después de este desastre de Hojeda”, y estaba la imagen bien guardada por los indios, “compuesta y adornada”. Quiso Las Casas quedarse con ella, ofreciendo otra a los indios, pero éstos no quisieron ni oír hablar del tema. Y cuando al otro día fue a celebrar misa en la ermita, la imagen no estaba, pues el cacique se la había llevado al monte, y no la volvió hasta que se fueron los españoles. Según parece es ésta la actual Virgen de la Caridad del Cobre. Así que el primer santuario mariano de las Indias lo fundó un laico. También Cortés, como veremos, hacía lo mismo al afirmarse en un lugar: lo primero de todo, un altar con una cruz y la imagen de la Virgen con su glorioso Niño. Y muchas flores.»

Los indios no sólo fueron evangelizados, sino que también fueron evangelizadores

AL observar la evangelización de América, el foco suele concentrarse en los religiosos. Lógico si atendemos a la grandeza de la labor que desarrollaron. En alguna ocasión, más bien pocas, son laicos españoles los que aparecen en escena. Pero casi nunca se habla de indios evangelizando a otros indios. Y sin embargo, desde el principio de la evangelización de América, esto no sólo sucedió, sino que incluso hubo numerosos indios santos. Es, pues, de justicia rescatar del olvido algunos de los casos más notables: «El siervo de Dios Nicolás de Ayllón, peruano, educado por los franciscanos de Chiclayo, era sastre, casado con la mestiza María Jacinta, y con ella fundó en Lima el célebre monasterio de Jesús María, para acoger doncellas españolas e indígenas. Murió en olor de santidad en 1677 y está incoado su proceso de beatificación. El indio Baltasar, de Cholula, en México, organizó todo un pueblo al estilo de la vida comunitaria cenobítica. Motolinia y Mendieta nos refieren cómo grupos de tlaxcaltecas

salían a regiones vecinas a predicar el Evangelio. Incluso algunas familias se fueron a vivir con los recalitrantes chichimecas, para evangelizarlos a través de la convivencia. Casos de martirio por la castidad, al estilo de María Goretti, se dieron muchos entre las indias neocristianas, como aquel que narra Mendieta y que ocasionó la conversión del fracasado seductor: “Hermana, tú has ganado mi alma, que estaba perdida y ciega”».¹

La acción civilizadora de los religiosos

OTRO tema recurrente en nuestros días es el intento de separar la labor evangelizadora de la ayuda en el plano material, con el resultado contrastado del reiterado fracaso, no sólo espiritual, sino incluso en lo meramente material. La visión de los evangelizadores de América era la opuesta: buscaron llevar a los indígenas a la fe, y «por añadidura», construyeron una nueva civilización.

Un ejemplo, en este caso referido a la evangelización del norte de México por parte de los jesuitas allí enviados: «Tapia y Martín Pérez consiguieron en 1593 la ayuda de otros dos jesuitas, Alonso de Santiago y Juan Bautista de Velasco, y con éstos desarrollaron una formidable acción misionera que habría de servir de modelo para los siguientes evangelizadores de la Compañía de Jesús. El misionero reunía a los indios en poblados —ésta era una labor primera y principal, a veces muy difícil—, nombraba gobernador al indio más idóneo, el cual elegía capitán y teniente, alguacil y topiles o ministros. En seguida cesaban las guerras, la poligamia, las grandes borracheras y la antropofagia. Se construían poblados en torno a la iglesia y la plaza. Comenzaba una labor agrícola y ganadera bien organizada. Y sobre todo se impartía la doctrina a los indios en su lengua, diariamente a los niños, y también cada día a los nuevos casados, hasta que tenían hijos. En sólo treinta años, no habiendo más que 46 soldados españoles en un fuerte, unos pocos jesuitas conquistaron pacíficamente para Dios y para México la región de Sinaloa. Allí pacificaron tribus, evangelizaron y enseñaron artes agrícolas y ganaderas, organizando pueblos cristianos que aún hoy subsisten».² No podemos dejar de destacar aquí la obra de creación por parte de los religiosos de escuelas e internados para indios, que se extendieron por toda la geografía americana y que explican la temprana edición de numerosos libros en América.

1. *Historia eclesiástica indiana*, III, 52.

2. *Hechos de los apóstoles de América*. José M^a IRABURU, Fundación Gratis Date, p. 102.



Imagen de la Virgen de la Caridad del Cobre, patrona de Cuba

La acción de los gobernantes: luces y sombras

YA hemos hecho referencia al celo de Hernán Cortés para que el emperador Carlos enviara a religiosos a anunciar el Evangelio a lo que hoy es México. Lo cierto es que tanto Cortés como muchos hombres de gobierno colaboraron activamente en la labor evangelizadora en América. Sirva como ejemplo lo que dejó escrito precisamente sobre el conquistador de México fray Toribio de Benavente, alias Motolinia (que en náhuatl significa pobrecito), el renombrado fraile franciscano evangelizador de México: «Desque que entró en esta Nueva España trabajó mucho de dar a entender a los indios el conocimiento de un Dios verdadero y de les hacer predicar el santo Evangelio. Y mientras en esta tierra anduvo, cada día trabajaba de oír misa, ayunaba los ayunos de la Iglesia y otros días por devoción. Predicaba a los indios y les daba a entender quién era Dios y quién eran sus ídolos. Y así, destruía los ídolos y cuanta idolatría podía. Traía por bandera una cruz colorada en campo negro, en medio de unos fuegos azules y blancos, y la letra decía: “amigos, sigamos la cruz de Cristo, que si en nos hubiere fe, en esta señal venceremos”. Doquiera que llegaba, luego levantaba la cruz. Cosa fue maravillosa, el esfuerzo y ánimo y prudencia que Dios le

dio en todas las cosas que en esta tierra aprendió, y muy de notar es la osadía y fuerzas que Dios le dio para destruir y derribar los ídolos principales de México, que eran unas estatuas de quince pies de alto».

Claro que no todo fue de color rosa y también existieron, no podríamos negarlo, gobernantes indignos que, aunque nunca fueron la mayoría, tampoco fueron meras anécdotas. Los primeros años del México hispano nos ofrecen un claro y temprano ejemplo de este tipo de casos y del daño que hicieron. El año 1528 llegan a México, recién nombrados por el Emperador, los oficiales reales de la primera Audiencia junto a fray Juan de Zumárraga, obispo de México. Pocos días después, tras la muerte de dos oidores, quedan dueños de la situación Matienzo y Delgadillo, que se mostrarán como personas indignas. Zumárraga, tras tomar posesión de la sede episcopal, se decide a deshacer injusticias y a defender a los indios de «delitos tan endiablados como abominables». La Audiencia, en manos de esos personajes, prohíbe las visitas al obispo bajo pena de horca, a lo que Zumárraga reacciona denunciando este atropello desde el púlpito, lo que provoca a su vez que los oidores le envíen un escrito mandándole callar y limitarse a los servicios estrictamente religiosos.

A continuación la Audiencia decidió gravar con nuevos impuestos a los indios de Huejotzingo, repartimiento de Cortés, que estaba ausente. Cuando éstos acudieron a Zumárraga, tuvieron que refugiarse en el convento franciscano para salvar sus vidas. Cuando uno de los frailes, fray Antonio Ortiz, denunció las medidas de la Audiencia, fue interrumpido con gritos, insultado y arrojado del púlpito por el alguacil, en medio de gran escándalo. La Audiencia, bajo la presidencia del infame Nuño de Guzmán, impedía toda comunicación, tanto con Cortés como con el Emperador. Entonces, «un marinero vizcaíno se ofreció al santo obispo en secreto de llevarlas [unas cartas] y darlas en su mano al Emperador. Y así lo cumplió que las llevó dentro de una boya muy bien breada y echada a la mar, hasta que la pudo sacar a su salvo». En ellas Zumárraga solicitaba al rey la destitución de Nuño, de cuyas fechorías le informa, y de Matienzo y Delgadillo, rogándole que se les sujete a juicio de residencia y que se tomen medidas eficaces para la defensa de los indios, entre ellas la prohibición de que los españoles «tomaren a algún indio su mujer, hija o hermana o hacienda o mantenimiento o otra cosa alguna, o le llamare perro, o le diere de palos o cuchilladas o bofetadas, o le matare; porque acá tienen por cotidiano agraviar estos pobres indios haciéndoles robos y fuerzas, que les parece que no es delito».

Cristóbal de Angulo, clérigo, y Francisco García de Llerena, criado de Cortés, a quien defendieron en su juicio de residencia, hubieron de refugiarse en los franciscanos, pero en marzo de 1530 los oidores mandaron allanar el asilo, secuestraron a los dos, los encadenaron y torturaron. Y cuando Zumárraga, acompañado del dominico Garcés, obispo de Puebla, «con algunos de sus clérigos y con una cruz cubierta de luto fue a la cárcel» a reclamarlos, hubo allí tremendas violencias físicas y verbales: «Al mismo obispo le tiraron un bote de lanza, que le pasó por debajo del sobaco». Finalmente, y a pesar de las invectivas del obispo de México, los oidores ahorcaron inicua mente a Angulo y cortaron un pie a Llerena. Con esto, se suspendieron los cultos, quedando la ciudad entera sujeta a la pena eclesiástica de entredicho.

Esta crítica situación no llegó a su fin hasta que en 1530 el Consejo de Indias estableció una segunda Audiencia compuesta por hombres honestos, encabezados por la bienhechora figura del primer virrey don Antonio de Mendoza. Llegada la nueva Audiencia Real en enero de 1531 a la Nueva España, se abrieron procesos a Nuño de Guzmán, Matienzo y Delgadillo, y fueron tantos los acusadores indios y españoles y tan graves los cargos que se presentaron contra ellos, cuenta Bernal Díaz del Castillo, «que estaban espantados el presidente y oidores que les tomaban residencia». A Matienzo y Delgadillo los mandaron presos a España, mientras que Guzmán se escapó hacia Nueva Galicia.

Escribe José M^a Iraburu a propósito de este penoso episodio que «sin la enérgica rectificación obrada por la segunda Audiencia en estos años decisivos, toda la aventura de la Nueva España hubiera acabado en desastre irremediable, tanto en lo temporal como en lo espiritual. Motolinia asegura que si aquellos canallas de la primera Audiencia, que son “escoria y heces del mundo... no se tragan ni acabaron los indios”, fue gracias al “primer obispo de México don fray Juan de Zumárraga”, y a los nobles hombres de la segunda Audiencia».

¿El resultado? Un grandioso ejemplo de evangelización

No todo fue, pues, ni fácil ni modélico, pero el papel de gran parte de los gobernantes, el celo de los religiosos, la labor de muchos laicos, la aportación de numerosos indígenas... todo ello conforma una muestra de evangelización de primer orden y con resultados que superan con creces lo que se podría esperar de una obra meramente humana. Es lo que refleja el siguiente párrafo del padre Iraburu que, a modo de fresco y conclusión, resume la obra evangelizadora en América: «Un pueblo apostólico y misionero: la Iglesia en las Indias fue una madre capaz de engendrar con Cristo Esposo más de veinte naciones cristianas. Y en esta admirable fecundidad misionera colaboraron todos, reyes y virreyes, escribanos y soldados, conquistadores y cronistas, escribanos y funcionarios, frailes y padres de familia, encomenderos, barberos, sastres y agricultores, indios catequistas, gobernadores y maestros de escuela, cofradías de naturales, de criollos, de negros, de españoles o de viudas, gremios profesionales, patronos de fundaciones piadosas, de hospitales y conventos, laicos fiscales y religiosas de clausura, párrocos y doctrinos, niños hijos de caciques, educados en conventos religiosos, corregidores y alguaciles... Todo un pueblo cristiano y fiel, con sus leyes y costumbres, con sus virtudes y vicios, con sus poesías y danzas, canciones y teatros, con sus cruces alzadas y templos, sus fiestas y procesiones, y sobre todo con sus inmensas certezas de fe, a pesar de sus pecados, fue el sujeto real de la acción apostólica de la Iglesia. Ese pueblo, evidentemente confesional, que no fue a las Indias a anunciar a los indígenas la duda metódica, sino que recibió de Dios y de la Iglesia el encargo de transmitir al Nuevo Mundo la gloriosa certeza de la santa fe católica, cumplió su misión, y es el responsable de que hoy una mitad de la Iglesia católica piense y crea, sienta, hable y escriba en español».³

3. Ibídem, p. 32.

El contenido religioso de la colonización

La llamada «colonización» no se puede vaciar del contenido religioso que la acompañó, ya que la cruz de Cristo, plantada desde el primer momento en las tierras del Nuevo Mundo, iluminó el camino de los descubridores o colonizadores, como lo prueba la religiosidad que marcó toda su trayectoria y los numerosos escritos de la época, así como los nombres mismos de tantas ciudades y santuarios diseminados por América.

Juan Pablo II: discurso a los participantes en el Simposio internacional sobre la historia de la evangelización de América (14 de mayo de 1992)

Isabel, evangelizadora de América

BALBINA GARCÍA DE POLAVIEJA

EL continente americano está hoy iluminado y envuelto en la luz del Evangelio, y la fe cristiana es patrimonio de la inmensa mayoría de los habitantes de esta parte del mundo. Una obra tan ingente debe atribuirse a la Providencia de Dios, pero el Señor actúa también por medio de personas concretas, y el nombre de Isabel de Castilla, la Reina Católica, ha de colocarse en un lugar destacadísimo», fueron las palabras de don Braulio Rodríguez, entonces arzobispo de Valladolid, en el encuentro ante los embajadores de Hispanoamérica que tuvo lugar el 12 de noviembre de 2003 en Roma.

¿Cómo fue posible la cristianización de todo el continente a partir del Descubrimiento y qué papel jugó la reina Isabel en ello? Dos factores pueden ayudarnos a explicarlo. El historiador Sánchez-Albornoz escribió: «El Descubrimiento fue fruto de un acto de fe y de audacia, pero, además, de la idiosincrasia de Castilla. Sólo un pueblo sacudido por un desorbitado dinamismo aventurero tras siglos de batalla y de empresas arriesgadas y con una hipersensibilidad religiosa extrema podía acometer la aventura.» Castilla pudo involucrarse en la conquista de América porque tenía todo el empuje y preparación que suponían los ocho siglos de la Reconquista. La reina Isabel participaba del dinamismo aventurero y la religiosidad castellana. Y en aquella empresa de recuperar para la Cristiandad los territorios dominados por los musulmanes, había participado con todo su empeño, hasta completarla con la conquista de Granada el 2 de enero de 1492.

Por otra parte, la hazaña de la evangelización del Nuevo Mundo no se entendería sin la profunda reforma de las órdenes religiosas que, con ayuda del franciscano cardenal Francisco Jiménez de Cisneros, acometieron los Reyes Católicos durante su reinado. Fueron principalmente miembros de órdenes religiosas, inicialmente franciscanos, quienes colaboraron con la Corona para llevar el Evangelio a América. Los firmes fundamentos de la reforma de la Iglesia en España, que se anticipó a la tridentina, fueron decisivos para la evangelización de las Indias, como veremos más adelante.

Reforma y Reconquista son dos empresas en las que Isabel puso de manifiesto la cualidad que sus biógrafos han encontrado más característica y que brilló después en su forma de abordar la evangelización de las Indias: su religiosidad. Ya desde la adolescencia en Arévalo, el franciscano fray Llorente le mostró la senda de una sincera dirección espiritual,

que no abandonaría en toda su vida. Su programa de gobierno al ascender al trono de Castilla, en 1474, expresaba su intención con estas palabras: «el servicio de Dios, el bien de la Iglesia, la salvación de todas las almas y el honor de estos reinos.» Una fe que se reflejaba en todos los aspectos de su vida, pública y privada.

Veamos ahora en qué hechos concretos podemos ver plasmado el ideal de Isabel en relación con la evangelización de América. En primer lugar, fue Isabel en persona quien inclinó la balanza a favor del proyecto de Colón, cuando después de muchas discusiones se formularon las Capitulaciones de Santa Fe. Así lo recordaba el Descubridor: «Dios dio a la reina, mi soberana, el espíritu de inteligencia y una gran resolución. Él la hizo heredera de todo, como una hija bienamada. Su Alteza aprobó mi proyecto y lo sostuvo con todas sus fuerzas». No fue fácil de tomar la decisión, pues se le oponían obstáculos jurídicos, técnicos y de financiación. Los especialistas consideraron siempre imposible el objetivo perseguido por Colón de alcanzar la India y el Japón por el Atlántico, y no se equivocaban. Pero gracias a la aprobación de los Reyes y en particular al apoyo de Isabel, el navegante genovés pudo emprender su primer viaje hacia las Indias.

En la noche del 11 al 12 de octubre, las dos carabelas y la gran nao de Colón llegaron a una de las islas al norte de Cuba, a la que llamó San Salvador. Desde allí se apresuró a presentarse en Barcelona ante los Reyes con siete indios, unos loros, un poco de oro y algunas perlas. Fernando e Isabel confirmaron a Colón los títulos y privilegios que previamente le habían concedido, y el 29 de mayo de 1493 le dieron esta instrucción capital: tenía que hacer todo lo posible para convertir a los indígenas, que debían ser «bien y amorosamente tratados, sin causarles la menor molestia, de modo que se tenga con ellos mucho trato y familiaridad.» Esta instrucción es en realidad de Isabel, al igual que las siguientes, y expresa cómo existió desde el primer momento la preocupación por el trato dado a los nativos de cara a su conversión.

En seguida los Reyes Católicos vieron la necesidad de conseguir la autorización más alta posible para abordar futuros descubrimientos. El Tratado de Alcaçovas de 1479 había clarificado entre Castilla y Portugal las áreas de influjo en la zona de Canarias y África, pero nada había dicho de posibles navegaciones hacia el oeste. Por eso, en cuanto Colón re-

gresó de América, rápidas gestiones de los Reyes españoles consiguieron del papa Alejandro VI, antes del segundo viaje colombino, las bulas *Inter caetera*, en las que en nombre de Dios se concede a los Reyes y sus herederos el dominio de los nuevos territorios al servicio de la evangelización.

«Sabemos que vosotros, desde hace tiempo, os habíais propuesto buscar y descubrir algunas islas y tierras firmes lejanas y desconocidas, no descubiertas hasta ahora por otros, con el fin de reducir a sus habitantes y moradores al culto de nuestro Redentor y a la profesión de la fe católica; y que hasta ahora, muy ocupados en la reconquista del reino de Granada, no pudisteis conducir vuestro santo y laudable propósito al fin deseado. Pues bien, para que decidiéndoos a proseguir por completo semejante empresa, queráis y debáis conducir a los pueblos que viven en tales islas y tierras a recibir la religión católica, por la autoridad de Dios omnipotente concedida a san Pedro y del Vicariato de Jesucristo que ejercemos en la tierra, con todos los dominios de las mismas... a tenor de la presente, donamos, concedemos y asignamos todas las islas y tierras firmes descubiertas y por descubrir a vos y a vuestros herederos». Y al mismo tiempo, «en virtud de santa obediencia», el Papa dispone que los reyes castellanos «han de destinar varones probos y temerosos de Dios, doctos, peritos y expertos para instruir a los residentes y habitantes citados en la fe católica e inculcarles buenas costumbres».

Obedeciendo el deseo del Papa, Isabel se preocupó de que en el segundo viaje fueran algunos misioneros franciscanos, y encargó a Colón que se predicara a los indios y se les administraran los sacramentos. Desde el segundo viaje de Colón, todos los navíos que partían hacia las Indias llevaban religiosos y clérigos que embarcaban con entusiasmo rumbo a la misión, incluso antes de que hubiera ningún tipo de institución o gobierno bien asentado en las Indias. El equipamiento que llevaban los misioneros era aportado por la Corona: «ajuar para el culto divino, cruces, expositorios de oro y plata, cálices, casullas y ornamentos con varios retablos de madera y pinturas de la vida y de los hechos del Salvador con los cuales pudiera ser atraída a la fe una gente tan selvática». También llevaban trigo y vino para la Eucaristía. En vida de Isabel era ella personalmente la que se ocupaba de estas provisiones, y envió ricos ornamentos bordados con sus manos.

En los años sucesivos, la mano de Isabel continuó dirigiendo el proceso de la conquista y evangelización, enfrentándose a las explosiones de personalismo anárquico, la improvisación, la codicia y violencia de algunos conquistadores, que amenazaban con pervertir la acción. Colón, con altos títulos y pocas cualidades de gobernante, fracasó en las Indias como

virrey gobernador. Inauguró una explotación desvergonzada de su conquista, en contradicción con las instrucciones recibidas de Isabel. No temió enviar en 1495 medio millar de esclavos indios para venderlos en Europa. Isabel, sorprendida, mandó prohibir este tráfico. En 1499 hizo saber que todos los que hubieran traído esclavos de las Indias debían, bajo pena de muerte, devolverlos libres a América.

Tampoco el comendador Bobadilla, que sucedió a Colón en Santo Domingo, capital de La Española, pudo hacer gran cosa con aquellos indios diezmados y desconcertados, y con unos cientos de españoles indisciplinados y divididos entre sí. Alarmados los Reyes, enviaron en 1502 al comendador fray Nicolás de Ovando. En las *Instrucciones de Granada* (1501) se le dieron normas muy claras: «Primeramente, procuraréis con mucha diligencia las cosas del servicio de Dios... Porque Nos deseamos que los indios se conviertan a nuestra santa fe católica, y sus almas se salven... Tendréis mucho cuidado de procurar, sin les hacer fuerza alguna, cómo los religiosos que allá están los informen y amonesten para ello con mucho amor... Otrosí: Procuraréis como los indios sea bien tratados, y puedan andar seguramente por toda la tierra, y ninguno les haga fuerza, ni los roben, ni hagan otro mal ni daño». Si los caciques conocen algún abuso, «que os lo hagan saber, porque vos lo castigareis». Los tributos para el Rey han de ser con ellos convenidos, «de manera que ellos conozcan que no se les hace injusticia». En fin, si los oficiales reales hicieran algo malo, «quitarles heis el oficio, y castigarlos conforme a justicia... y en todo hacer como viéredes que cumple al servicio de Dios, y descargo de nuestras conciencias, y provecho de nuestras rentas, pues de vos hacemos toda la confianza.»

Para evangelizar a los indios Isabel instituyó en 1503-1504 la encomienda. La intención original era reunir a los nativos en asentamientos, impidiendo que siguieran dispersos y subalimentados en la selva y en la jungla. Se trataba de aldeas propiamente indias con una escuela y un sacerdote, al cargo de una persona buena española, encargada de gobernarla y de proteger a los indios contra los posibles abusos que perpetraran los europeos. Por la encomienda, según estipulaba Isabel, se trataba de que los indios «vivan y sean como y de la misma manera lo son los demás habitantes de nuestros reinos». Allí cada indio debería disponer de una casa familiar y de sus propios campos para el cultivo y la cría de ganados. Después de Isabel, la reunión, en la encomienda, de la función municipal del encomendero y de la del empresario de mano de obra por «repartimiento» dio lugar a abusos, denunciados con razón aunque de manera excesiva por Las Casas, pero no hasta el punto de anular su valor civilizador y evangélico.



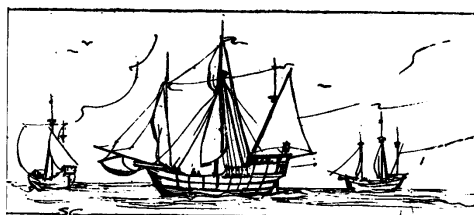
Colón y la reina Isabel (relieve en el monumento en la plaza Colón de Madrid)

Ovando mejoró notablemente la situación, pero en una campaña de sometimiento en la región de Xaraguá, avisado de ciertos preparativos belicosos de los indios, ordenó una represalia preventiva, en la que fue muerta la reina Anacaona. Cuando la reina Isabel supo este hecho, se disgustó mucho y a su regreso el comendador recibió una grave reprobación por parte del Consejo Real.

Isabel veía que su vida se iba acabando, y con ésta y otras noticias se preocupaba y se sentía responsable de la suerte de los indios. Un día antes de morir, el 25 de noviembre de 1504, añadió un codicilo a su testamento en el que expresaba su última y más ardiente voluntad: «De acuerdo a mis constantes deseos, y reconocidos en las bulas que a este efecto se dieron, de enseñar, doctrinar buenas costumbres e instruir en la fe católica a los pueblos de las islas y tierras firmes del mar Océano, mando a la princesa, mi hija, y al príncipe, su marido, que así lo hayan y cumplan, e que este sea

su principal fin, e que en ello pongan mucha diligencia, y non consientan ni den lugar que los indios, vecinos y moradores de las dichas Indias y tierra firme, ganadas y por ganar, reciban agravio alguno en sus personas y bienes, mas manden que sean bien y justamente tratados. Y si algún agravio han recibido, lo remedien y provean».

El deseo de Isabel se hizo eco en el gobierno de su nieto Carlos, y la evangelización continuó siendo obra de los reyes españoles, porque desde el principio la pusieron por encima de su programa colonizador, sin reparar en gastos, y esto por deseo de Isabel la Católica. Y aunque algunos conquistadores pudieron cometer crueldades y las cometieron, fue contra la voluntad expresa y mil veces recalcada de los reyes. Gracias a Isabel la conquista de América adoptó su carácter evangelizador único en la historia, pues fue ella quien apostó por el proyecto, dio el primer impulso a la evangelización y marcó el rumbo a seguir a sus sucesores.



América, ¡abre de par en par las puertas a Cristo!

La conmemoración del V Centenario del comienzo de la evangelización del Nuevo Mundo, es un día grande para la Iglesia.

Como sucesor del apóstol Pedro tengo la dicha de celebrar esta Eucaristía junto con mis hermanos obispos de toda América Latina, así como miembros de otros episcopados invitados, en esta bendita tierra que, hace ahora quinientos años, recibió a Cristo, luz de las naciones, y fue marcada con el signo de la Cruz salvadora.

Desde Santo Domingo quiero hacer llegar a todos los amadísimos hijos de América mi saludo entrañable con las palabras del apóstol san Pablo: «Que la gracia y la paz sea con vosotros de parte de Dios Padre y de nuestro Señor Jesucristo» (Gal 1, 3). Al conmemorar el 12 de octubre de 1492, una de las fechas más importantes en la historia de la humanidad, mi pensamiento y mi afecto se dirigen a todas y cada una de las Iglesias particulares del continente americano. Que a pesar de la distancia llegue a todas mi voz y la cercanía de mi presencia. [...]

En efecto, hoy, reunidos en torno al altar, celebramos en Santo Domingo, en rendida acción de gracias a Dios, la llegada de la luz que ha alumbrado con esplendor de vida y esperanza el caminar de los pueblos que, hace ahora quinientos años, nacieron a la fe cristiana. Con la fuerza del Espíritu Santo la obra redentora de Cristo se hacía presente por medio de aquella multitud de misioneros que, urgidos por el mandato del Señor de «predicar la Buena Nueva a toda criatura» (Mc 16, 15), cruzaron el océano para anunciar a sus hermanos el mensaje de salvación. Junto con mis hermanos obispos de América, doy gracias a la Santísima Trinidad porque «los confines de la tierra han contemplado la salvación de nuestro Dios» (Sal 98 [97], 3). Las palabras del profeta se han hecho verdad y vida en este continente de la esperanza; por ello, con gozo incontenible, podemos hoy proclamar de nuevo: América, «levántate y resplandece, pues ha llegado tu luz, y la gloria del Señor sobre ti ha amanecido» (Is 60, 1).

[...] Y ¿qué mayor timbre de gloria para América que el de poder presentar a todos aquellos testimonios de santidad que a lo largo de estos cinco siglos han hecho vida en el Nuevo Mundo el mensaje de Jesucristo? Ahí está esa admirable pléyade de santos y beatos que adornan la casi totalidad de la geografía americana, cuyas vidas representan los más sazonados frutos de la evangelización y son modelo y fuente de inspiración para los nuevos evangelizadores.

Como obispo de Pasto, en Colombia,

[Ezequiel Moreno] se sintió particularmente urgido por el celo apostólico que, como hemos oído en la segunda lectura de esta celebración litúrgica, hace exclamar a san Pablo: «¿Cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Cómo creerán en aquel a quien no han oído? ¿Cómo oirán sin que se les predique?» (Rm 10, 14).

Hoy, junto con toda la Iglesia, elevamos nuestra acción de gracias por los cinco siglos de evangelización. En verdad se cumplen las palabras del profeta Isaías, que hemos escuchado: «Se estremecerá y se ensanchará tu corazón porque vendrán a ti los tesoros del mar» (Is 60, 5). Son las riquezas de la fe, de la esperanza, del amor. Son «las riquezas de las naciones» (Ibíd.): sus valores, sus conocimientos, su cultura. La Iglesia, que a lo largo de su historia ha conocido pruebas y divisiones, se siente enriquecida por aquel que es el Señor de la Historia.

[...] América, ¡abre de par en par las puertas a Cristo! Deja que la semilla plantada hace cinco siglos fecunde todos los ámbitos de tu vida: los individuos y las familias, la cultura y el trabajo, la economía y la política, el presente y el futuro.

[...] Estamos congregados frente a este Faro de Colón, que con su forma de cruz quiere simbolizar la Cruz de Cristo plantada en esta tierra en 1492. Con ello, se ha querido también rendir homenaje al gran Almirante que dejó escrito como voluntad suya: «Poned cruces en todos los caminos y senderos, para que Dios os bendiga».

¡«Jesucristo ayer, hoy y siempre»! (Hb 13, 8) Él es nuestra vida y nuestro único guía. Sólo en Él está puesta nuestra esperanza. Su Espíritu ilumina los senderos de la Iglesia, que hoy como ayer, le proclama Salvador del mundo y Señor de la Historia. Nos sostiene la sólida certeza de que Él no nos abandona: «Yo estoy con vosotros siempre hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20), fueron sus últimas palabras antes de ascender a su gloria. Jesucristo, luz del mundo, «camino, verdad y vida» (Jn 14, 6), nos guía por los senderos que pasan por el corazón de los hombres y por la historia de los pueblos para que en todo tiempo y todas las generaciones «vean la salvación de nuestro Dios» (Sal 98 [97], 3).

Homilía en la misa de canonización del beato Ezequiel Moreno (Faro a Colón, Santo Domingo, 11 de octubre de 1992)

La devoción a la Virgen de Guadalupe en la configuración de México

MARÍA DOLORES BARROSO

Cultura azteca en México

EL culto a la Guadalupana se ha extendido por todo el territorio de México, y deja vivas manifestaciones de su presencia, siendo invocada y expuesta como remedio ante las dificultades vividas por el pueblo mexicano. Fue una devoción que parecía circunscrita a unas personas y su universalización se manifiesta en las reproducciones de su imagen, templos y altares que se han levantado, y múltiples obras tanto devotas, teológicas como literarias o históricas que a ella se han dedicado en toda América. La Virgen ha fundamentado la espiritualidad de la Iglesia mexicana, surgiendo la Cristiandad gracias a ella, y siendo un factor decisivo en su unidad nacional. En lo que concebimos hoy como la unidad nacional que es México, antes de iniciarse la conquista por parte de los españoles, coexistieron múltiples pueblos entre los cuales destacaba el pueblo azteca. Dicho pueblo que comenzó habitando en el norte, fue descendiendo hacia la región de Anáhuac, llegando en 1168 al valle de México donde se estableció su capital Tenochtitlán. Así, en 1500 ya reunía 38 señoríos.¹

Las costumbres de tales pueblos fueron conociéndose gracias a las descripciones que narran los primeros conquistadores. Cuando los españoles entraron en México, descubrieron pueblos profundamente religiosos, en los que la religiosidad era propiamente la forma fundamental de la existencia individual y familiar, social y política. Si bien eran politeístas, tenían idea de un Dios superior, creador de todo, inmortal e invisible. Practicaban una ascética religiosa muy severa, siendo más dura cuanto más elevada condición social se tenía,² educando a los niños en alto autodomínio y humildad.

Las cualidades de los indios mexicanos impresionaron a los primeros españoles quizá aún más que sus vicios y horribles supersticiones. Motolinia, en su *Historia de los indios de la Nueva España* (1541), habla de ellos con verdadero entusiasmo: «Estos indios casi no tienen estorbo que les impida para ganar el Cielo, de los muchos que los españoles tene-

mos, porque su vida se contenta con muy poco, y tan poco que apenas tienen con qué se vestir y alimentar. Su comida es paupérrima, y lo mismo es el vestido. Para dormir, la mayor parte de ellos aún no alcanzan una estera sana. No se desvelan en adquirir ni guardar riquezas, ni se matan por alcanzar estados ni dignidades. (...) Son pacientes, sufridos sobre manera, mansos como ovejas. Nunca me acuerdo haberlos visto guardar injuria; humildes, a todos obedientes, ya de necesidad, ya de voluntad, no saben sino servir y trabajar».³

Si bien destacaban estas admirables costumbres, los pueblos andaban envueltos continuamente en guerras debidas a la búsqueda de prisioneros por parte del Imperio azteca para las inmoluciones y sacrificios a sus dioses. En los templos se sacrificaban hombres, en cuyos altares, rodeados de pinturas de «ídolos de malas figuras» que eran sus dioses,⁴ y de figuras como de serpientes gigantes, se hallaban cuerpos de hombres abiertos por el pecho, y mutilados. En acontecimientos como la inauguración de un templo, se exigía que fueran consagrados con sangre humana. En 1478, cuando se inauguró el reinado de Ahítzotl, se consagró el gran *teocali* de Tenochtitlán; durante los siguientes días se sacrificaron aproximadamente veinte mil hombres. López de Gomara,⁵ señala que las calaveras de los sacrificados eran guardadas y que algunos compañeros de Cortés contaron alrededor de 136.000 cabezas. El horror que desprendían tales costumbres se plasma en muchos escritos de los españoles al llegar,⁶ nombrando dichos ritos como «bestiales y demoníacos».

El contraste entre por un lado el profundo sentido religioso, de autoridad tanto social como familiar, y por otro lado los horrores, supersticiones y crímenes a los que sometían a la población refleja son según Iraburu, consecuencia de profesar una falsa religiosidad, «es la presencia misericordiosa de Dios, que también actúa allí donde los hombres le buscan y apenas le conocen» y por otro, la falsedad que lleva a dichos horrores y supersticiones.

3. III, 12-13, p. 398-411.

4. Bernal Díez DEL CASTILLO, cap. 3

5. FRANCISCO LÓPEZ DE GOMARA, *Historia de la conquista de México*, p. 350

6. Cf. ALVEAR, *Mendieta*, V, 30; TRUEBA, *Cortés* 100, cp. 92; Bernardino DE SAHAGÚN, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, lib. II.

1. Cf. José María IRABURU, *Hechos de los apóstoles de América*.

2. Bernardino DE SAHAGÚN, en la *Historia general*, lib. VI.

Conquista de América-Nueva España (México)

EN esta situación se encuentran los pueblos que ocupan el territorio que hoy conocemos como México, cuando en 1509 Hernán Cortés con otros compañeros españoles desembarcará en tierras mexicanas. Si bien es un personaje del que se cuentan muchos pecados, se admira su religiosidad y su papel en la evangelización de Nueva España. La finalidad religiosa de tal tarea es clara en las palabras que Hernán Cortés dirige a sus soldados, así como en las cartas que escribe a Carlos I y los hechos que suceden en los años posteriores: «Pues sabéis, le dice, que la principal cosa (por la que) sus Altezas permiten que se descubran tierras nuevas es para que tanto número de ánimas como de innumerable tiempo han estado e están en estas partes perdidas fuera de nuestra santa fe, por falta de quien de ella les diese verdadero conocimiento; trabajaréis por todas las maneras del mundo... como conozcan, a lo menos, faciéndoselo entender por la mejor orden e vía que pudiéredes, cómo hay un solo Dios criador del cielo e de la tierra... Y decirles heis todo lo demás que en este caso pudiéredes».⁷

Las misiones que realizan por estas tierras, se iniciarán de forma similar en todas ellas. Comenzaron su andada en Cozumel, donde intentaron transmitirles la santa fe, y tras destruir los ídolos, proceder a limpiar el altar de la sangre derramada para colocar el crucifijo y la Santa Virgen María y celebrar misa en ese mismo lugar. En Tabasco a pesar de que al inicio tienen más resistencia por parte de los mexicanos vuelven a hablar del Dios verdadero, de la fe y la Virgen y Hernán Cortés les pide que vuelvan a sus casas de donde habían huido y que dejen los ídolos y los sacrificios. Realizando con los de Tabasco una procesión con la Virgen y el Niño en brazos. Y con este «método» fueron adentrándose en tierras mexicanas, no sin muchas dificultades y lucha.

La mayoría de pueblos vivían con el temor de ser castigados por obedecer a Cortés y dejar de rendir honores al pueblo azteca. Tenían miedo de la respuesta de Moctezuma y sus gobernadores. Los recaudadores pedían que se les rindiese tributo, ante lo cual Cortés se negó y defendió a los otros pueblos, ganando así su confianza. Al encontrarse dichos pueblos arruinados y empobrecidos por rendir tributo a Moctezuma, y a pesar de iniciar una lucha contra los españoles pronto buscaron la paz con éstos, lo que facilitó la predicación de la fe cristiana y la deposición de los ídolos. Si bien, el avance no fue fácil, pues fueron perdiendo muchos soldados y los que quedaban cada vez tenían más miedo, la con-

fianza de Cortés en la misión le hizo avanzar hacia donde se encontraba Moctezuma, Tenochtitlán. En la visita a Moctezuma le acompañarían Alvarado, Velázquez de León, Ordaz y Sandoval, cinco soldados y dos intérpretes, no teniendo aparentemente ningún fruto la primera visita que le realizan.

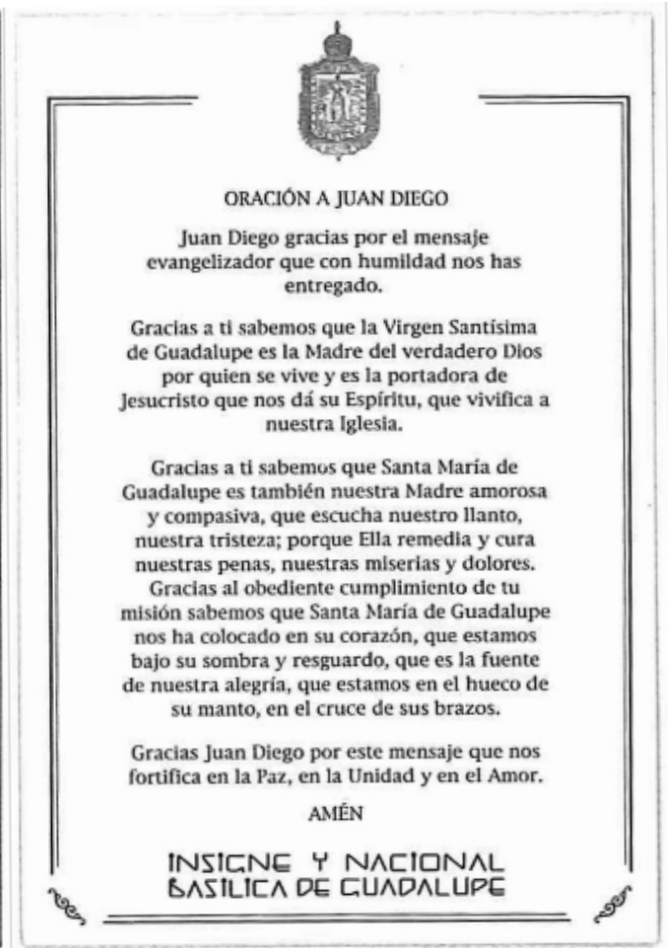
Será a los pocos días, cuando Cortés y otros hombres descubrirían los enormes ídolos puestos en lo alto de los altares –siendo el más importante, Huichilobos–, y hablaría en lo alto a las gentes que se van acercando a dicho lugar. Pero de tal manera se enfadaría ante la respuesta de los allí presentes que comenzaría a golpear al ídolo.

Fue este suceso importante para que Moctezuma suplicara que no los destruyese. Por lo que se procedió a descender a los ídolos y preparar los altares donde se colocaría la imagen de la Virgen. Si bien después vino una sequía que hizo dudar a los habitantes de las palabras de Cortés, éste pidió que se encomendasen a Dios, tras lo cual vinieron fuertes lluvias que dejaron maravillados a los mexicanos. En este momento se produce la primera caída del poder azteca siendo la victoria española una victoria fundamentalmente religiosa.

Pero seguía México con luchas internas y en las otras grandes ciudades gobernando los sobrinos de Moctezuma. Con el apresamiento de Cortés por realizar acciones a expensas de las autorizaciones recibidas, comienzan a realizarse crueles acciones de la mano de Alvarado, que Cortés cuando vuelve, ayudado por Moctezuma, intenta calmar. Posteriormente otros pueblos oprimidos ayudarán a los españoles a derribar el Imperio azteca, lo que será una guerra durísima, llegando la caída de Tenochtitlán el 13 de agosto de 1521 y naciendo la Nueva España.

Será entonces cuando Cortés verá necesaria la llegada de misioneros, pidiéndoselo al Emperador con las siguientes palabras, que ilustran los profundos deseos de evangelización de Cortés: «En otra ocasión enviamos a suplicar a vuestra Majestad que mandase proveer de obispos u otros preladados, y entonces nos pareció que así convenía. Ahora, mirándolo bien, me ha parecido que vuestra sacra Majestad los debe mandar proveer de otra manera... Mande vuestra Majestad que vengan a estas partes muchas personas religiosas, y muy celosas de este fin de la conversión de estas gentes, y que hagan casas y monasterios. (...) Y pues que tanto en esto va y la principal intención de vuestra Majestad es y debe ser que estas gentes se conviertan, he querido en esto avisar a vuestra Majestad y decir en ello mi parecer. Así como con las fuerzas corporales trabajo y trabajaré para que los reinos y señoríos de vuestra Majestad se ensanchen, así deseo y trabajaré con el alma para que vuestra Alteza en ellas mande sembrar nuestra santa fe, porque por ello merezca la bienaventu-

7. GÓMEZ CANEDO, 27.



ranza de la vida perpetua». Y así el emperador decidió proveer de algunos obispos pobres y humildes de la talla de Garcés, Zumárraga o Vasco de Quiroga, siendo Zumárraga el obispo al que acudiría Juan Diego con las peticiones de la Virgen.

Fueron primero los franciscanos los que llegaron (en el año 1524) a estas tierras, seguidos de los dominicos (1526) y los agustinos (1533). Los frailes eran admirados por los mexicanos por su modo pobre de vivir, lo cual les hacía confiar fácilmente en sus palabras por su ejemplo de vida. Fueron los primeros en aprender las lenguas indígenas para poder educar y evangelizar, así como conservar los escritos en dichas lenguas. Será en estos primeros años de evangelización cuando ocurrirán las apariciones.

Apariciones de la Virgen a Juan Diego

A sí comienza este relato:⁸ «Diez años después de tomada la Ciudad de México, se suspendió la guerra y hubo paz en los pueblos, así como empezó a brotar la fe, el conocimiento del ver-

dadero Dios, por quien se vive. A la sazón, en el año de mil quinientos treinta y uno, a pocos días del mes de diciembre, sucedió que había un pobre índio, de nombre Juan Diego, según se dice, natural de Cuautitlán». En este relato destaca la humildad y obediencia de Juan Diego ante la Virgen a la cual llama «Señora y Niña mía». Las palabras que dirige a Juan Diego son semejantes a la de una madre que mira con ternura a su hijo, y así le repite «Juanito, el más pequeño de mis hijos». La Virgen se aparece al más pequeño, y por tanto, al más amado. Y se proclama la «Madre del verdadero Dios, por quien se vive», negando que los ídolos a los que adoraba el pueblo azteca sean verdaderos dioses. El deseo que transmite a Juan Diego no es de que hagan penitencia por las ofensas cometidas, como ocurre en la aparición de Fátima, sino que pide que se le haga un templo, para mostrar su amor, su piedad, su compasión, su auxilio y defensa, «a todos vosotros juntos los moradores de esta tierra y a los demás amadores míos que me invoquen y en mí confíen; oír allí sus lamentos y remediar todas sus miserias, penas y dolores». Les está mostrando el amor verdadero de Dios, su gran misericordia para con ellos.

Ante el desembarco de los españoles en tierras mexicanas, sus habitantes intuyen la caída de su mundo, ante lo cual todo era angustia y llantos. Diez

8. Contado por Antonio VALERIANO, en *El nican Mopohua*. La primera aparición sucederá el 9 de diciembre de 1531.

años después, Dios dispone que un pobre macehual pueda contemplar a la Virgen Madre, que trae un mensaje de amor maternal.

Los dos primeros arzobispos de México favorecieron desde el primer momento su culto. El franciscano Zumárraga (1528-1548) guardó la imagen, hasta que en 1533 la trasladó de la catedral a una pequeña ermita que le edificó, y con la ayuda de Hernán Cortés organizó una colecta para hacerle un santuario. Su sucesor, el dominico Alonso de Montúfar (1554-1572) fue patrono y fundador del primer santuario, atendido por clero secular, y consta que al menos el 6 de septiembre de 1556 predicó la devoción a la Guadalupana.

Posteriormente, a pesar de la aversión de ciertos religiosos a dicho culto, siempre ha ido creciendo, y ha sido una fuerza muy profunda en la historia cristiana del pueblo mexicano. Y hasta el día de hoy, es visitada por millones de personas.

Durante el tiempo de las apariciones, refiere Motolinia que fueron bautizadas nueve millones de personas.⁹ Fray Gerónimo de Mendieta (1600) alaba la fe de éstos, maravillándose de su fervor, piedad y devoción a la Virgen, y respeto a los sacerdotes. Afirma que «entre ellos parece no es cristiano el que no trae rosario y disciplina».

Expansión de la fe

ESTA primera evangelización de la Nueva España, iniciada por franciscanos (1524), dominicos y agustinos, tiene durante los primeros cincuenta años una rapidísima expansión. En 1570 cubren la mayor parte de la nación mexicana, sin poder atender a tan vasto territorio. Por eso la llegada a México de los jesuitas en 1572 se produce en el momento más oportuno. A partir de 1591 inician en duras condiciones las misiones por la periferia de México, territorios ocupados por tribus que no habían estado sometidas al Imperio azteca. Allí iniciaron su evangelización regando dichas tierras con la sangre de muchos mártires.

En el siglo XVIII la historia de las misiones fundadas por fray Junípero Serra, estuvo marcada por la evolución general de los acontecimientos políticos, siendo consiguiente a éstos las persecuciones religiosas, a pesar del sentimiento católico de la mayoría de la población. En México en 1827 se decreta la expulsión de todos los religiosos.

Pero a pesar de la radical política laicista de los

9. Motolinia (*Historia de los indios de la Nueva España*) (II, 3, 215).

gobiernos de México, casi continua hasta hoy desde los tiempos de Juárez (1857-1872), nunca los hombres han podido desarraigar la fe que Dios allí sembró por los misioneros y la devoción a la Santísima Virgen que con su gran amor por tales tierras se apareció con el deseo de dar su amor a todo aquel que se refugiase bajo el amparo de la Virgen Guadalupana.

Signo de tal fervor y piedad se plasma en la guerra cristera iniciada por los cristianos en defensa de Dios ante el absolutismo anticlerical del gobierno de Calles. Tales hombres llevaron como estandarte siempre la Virgen de Guadalupe, y la defensa de la fe y los motivos de tal guerra se resumen en la carta de Francisco Campos: «El 31 de julio de 1926, unos hombres hicieron porque Dios nuestro Señor se ausentara de sus templos, de sus altares, de los hogares de los católicos, pero otros hombres hicieron porque volviera otra vez; esos hombres no vieron que el gobierno tenía muchísimos soldados, muchísimo armamento, muchísimo dinero para hacerles la guerra; eso no vieron ellos, lo que vieron fue defender a su Dios, a su religión, a su Madre que es la Santa Iglesia; eso es lo que vieron ellos. A esos hombres no les importó dejar sus casas, sus padres, sus hijos, sus esposas y lo que tenían; se fueron a los campos de batalla a buscar a Dios nuestro Señor. Los arroyos, las montañas, los montes, las colinas, son testigos de que aquellos hombres le hablaron a Dios nuestro Señor con el santo nombre de VIVA CRISTO REY, VIVA LA SANTÍSIMA VIRGEN DE GUADALUPE, VIVA MÉXICO. Los mismos lugares son testigos de que aquellos hombres regaron el suelo con su sangre, y no contentos con eso, dieron sus mismas vidas porque Dios nuestro Señor volviera otra vez. Y viendo Dios nuestro Señor que aquellos hombres de veras lo buscaban, se dignó venir otra vez a sus templos, a sus altares, a los hogares de los católicos, como lo estamos viendo ahorita, y encargó a los jóvenes de ahora que si en lo futuro se llega a ofrecer otra vez, que no olviden el ejemplo que nos dejaron nuestros antepasados».

La devoción a la Virgen de Guadalupe ha sido siempre pilar de la unión de los mexicanos y de América entera. Muchos papas han reconocido la importancia de tal devoción. El 1737 era elegida patrona de la Ciudad de México, aceptándose en toda Nueva España en 1746 y aprobándolo el papa Benedicto XV en 1754. Pero es en 1910 cuando Pío X la declara patrona de Latinoamérica y posteriormente Pío XII la nombra «Reina de México» y «Emperatriz de las Américas». Dichos hechos señalan el papel principalísimo de la Virgen en la historia de América, que sólo puede ser entendida a la luz de la fe.

La devoción al Corazón de Jesús y la realeza social de Cristo en la Hispanidad del siglo XIX

JOSÉ-JAVIER ECHAVE-SUSTAETA

El fiel pueblo cristiano comprendió sin problemas que Cristo es Rey y ha pedido que lo veneremos en su Corazón misericordioso, y ha luchado por Él bajo su bandera cuando la revolución jacobina o liberal le ha destronado. Esta lucha tuvo su mayor popularidad en el último tercio del siglo XIX cuando los del «no queremos que éste reine sobre nosotros» se atrevieron ya a atacar abiertamente a la Iglesia católica y al papa Pío IX, pero sólo pudo organizarse en aquellos contados lugares en que la tradición religiosa había permanecido arraigada, y el pueblo fiel estaba asistido por obispos y sacerdotes que no habían claudicado ante el liberalismo político o religioso imperantes.

Uno de estos pueblos fue el antiguo virreinato español de Nueva Granada, luego Gran Colombia, y por fin desgranado en tres naciones: Colombia, Ecuador y Perú. En ellas

en 1735 el Corazón de Jesús había prometido que reinaría, pues el Virreinato formaba parte de las Españas.

En 1873 en la más pequeña de esas naciones, la República del Ecuador, un presidente católico, Gabriel García Moreno, consagraba pública y solemnemente su nación al Sagrado Corazón de Jesús por primera vez en la historia.

Al cabo de un cuarto de siglo, en 1896, un pobre obispo agustino español, fray Ezequiel Moreno Díaz, invocando la tradición católica que sus antepasados trajeron a estas tierras, con asombro de extraños y propios, levantaba bandera contra el liberalismo político y religioso que desde altas instancias se pretendía imponer, transmitiendo a su fieles la advertencia de Pío IX de que el liberalismo católico del mal menor es peligroso enemigo de la Iglesia.

San Ezequiel Moreno

San Ezequiel Moreno, pastor según el Corazón de Jesús

EZEQUIEL nació en Alfaro, villa de La Rioja, el 9 de abril de 1848, hijo del modesto sastre Félix Moreno y su piadosa mujer Josefa Díaz. A sus 16 años, ingresa en el noviciado agustino descalzo de Monteagudo (Navarra). Parte como misionero a Filipinas, donde será ordenado sacerdote, tomando el nombre de fray Ezequiel Moreno de la Virgen del Rosario, misionando durante quince años. Vuelto a España en 1885, es nombrado prior del noviciado de Monteagudo, pero cuatro después era enviado a Colombia para restaurar la orden. Allí en 1894 sería consagrado vicario apostólico de Casanare, una tierra casi inexplorada, y obispo de Pinara *in partibus infidelium*. En su toma de posesión dijo a sus diocesanos: «Vengo a enseñaros una sola cosa necesaria: la glorificación de Dios, y a procurar vuestra salvación eterna.» Una pobre cho-

za le sirve de palacio, y dirá, «hago de obispo, de misionero y de sacristán»; estoy muy contento porque salvar «una sola alma vale más que la vida del hombre».

Corazón de Jesús, «tú eres mi fortaleza y refugio»

AL año siguiente fue nombrado obispo de Pasto en el extremo sur de Colombia, lindante con Ecuador y el Pacífico, donde permanecerá diez años, de 1896 a 1906. Presidía su escudo episcopal el Corazón de Jesús con su corona de espinas, su llaga y su cruz, rodeado de su lema: «Fortitudo mea et refugium meum es tu». Lo explica así: «Colocamos de intento esas palabras alrededor del divino Corazón para que sean confesión constante de nuestra propia debilidad, acto continuo de nuestra confianza en Él, y perpetua jaculatoria que



San Ezequiel Moreno en Filipinas a los 22 años

le mueva a protegernos. No hay momento en que no hablen esas palabras al Corazón de Jesús, porque siempre es esa nuestra intención, ni hay instante en que no le repitamos con ellas: “Tú eres mi fortaleza y mi refugio”; y nos parece que ese divino Corazón nos contesta diciendo: “Yo estaré contigo”. Esto nos anima en medio de nuestra propia debilidad, y confiando en el Corazón del Omnipotente, es como os prometemos luchar por su gloria y por la salvación de vuestras almas hasta el último momento de nuestra vida.»

En una de sus primeras pastorales proponía la práctica de la devoción al Corazón de Jesús genuina y completa: «Recomendamos a todos con el mayor encarecimiento la devoción al Corazón de Jesús y suplicamos que dentro de ella lleguen hasta la práctica de la dulce y llena de encantos comunión reparadora, que tanto bien proporciona a las almas que la hacen, y tantos consuelos lleva al Sagrado Corazón de Jesús, ultrajado de tantos modos por sus enemigos en el sacramento de su amor, y con la persecución que hacen a su Iglesia santa, a su Vicario en la tierra el Sumo Pontífice de Roma, a sus sacerdotes y a todo cuanto con Él se relaciona. ¡Que reine, hijos míos, el Sagrado Corazón de Jesús en nuestras almas! ¡Que reine en las familias! ¡Que reine en los pueblos! ¡Que reine en la

sociedad, y todo será salvo! Fuera de Él no hay salvación posible». (*Pastoral 3*, Pasto, 12 de junio de 1896).

«El sello de la verdadera fe es la persecución. No seremos dignos del nombre de católicos si, como Jesucristo, no somos blanco de persecución por los malos»

Su diócesis de Pasto limitaba al sur y a lo largo de seiscientos kilómetros con la república del Ecuador, donde tras el asesinato del presidente García Moreno la Iglesia sufría persecución del gobierno liberal que alentaba a sus secuaces de Colombia. A éstos causaron alarma las palabras del obispo de Pasto ya en sus primeras pastorales en que alertaba contra: «esos hombres emisarios del ángel del «non serviam», que prometen dicha y ventura a los pueblos, pero con la condición imprescindible de dejar la fe, de abandonar las creencias católicas.»

En 1896 fallecía en el exilio el celoso obispo de Portoviejo monseñor Schumacher, expulsado de su diócesis y acogido por Mons. Moreno en la de Pasto, y en su funeral decía de él: «Ha señalado con el dedo a los verdaderos culpables, a los católicos flojos, moderados, tolerantes con la impiedad, que la dejaron progresar y cobrar bríos suficientes para escalar el poder. Estaba convencido de que concesión que se hace al error, por pequeña que sea, es nueva posición que él toma, nueva avanzada, desde donde descarga más de cerca contra la verdad, y le hace más daño. Tenía evidencia de que todo lo que sea transigir, ceder, contemporizar, sólo mostrarse blando con el error, es dar el triunfo cobardemente a la Revolución sin resistir al asalto, sin luchar, como es nuestra obligación, ya que vencer sólo depende de Dios. No se ocultaba al sabio pastor que entre el error y la verdad no puede haber paz, ni siquiera campo neutral, y que dondequiera que se encuentre, la lucha es precisa, inevitable, necesaria...».

«Con Jesucristo o contra Jesucristo, catolicismo o liberalismo»

Su predicación contra el liberalismo fue constante, y en su famoso escrito «O con Jesucristo o contra Jesucristo, catolicismo o liberalismo», publicado en octubre de 1897, monseñor Ezequiel Moreno se anticipa un cuarto de siglo a Pío XI en la encíclica *Quas primas*, escribiendo: «O con los que piden que reine Jesucristo en los individuos, en las familias, en los pueblos y en las naciones, diciendo con san Pablo “es preciso que reine Cristo”, o con los que gritan blasfemando y con ra-

bia, “no queremos que Cristo reine sobre nosotros”. No hay término medio: en uno de esos dos campos hemos de estar necesariamente. El que pretenda ser neutral se convierte en traidor.» Proseguía monseñor Ezequiel: «Quisieran algunos para estos tiempos obispos mudos y hasta complacientes con ciertas cosas. Hay quienes llegan a permitir que hablen los obispos, pero no de lo que hace falta hablar, no contra los modernos enemigos de la Iglesia, no contra los liberales. Pero ¿es acaso pura broma la condenación del liberalismo? Y si no lo es, si el liberalismo está condenado, ¿por qué no hemos de poder hablar contra esa cosa condenada?» (*Instrucción*, Pasto, 29 de octubre de 1897).

Alertará en especial contra el peligro del catolicismo liberal y sus intentos de «conciliación» entre catolicismo y liberalismo: «El liberalismo está condenado por nuestra santa Madre la Iglesia en todas sus formas y grados, y todo el que se precie de buen católico debe también condenarlo de la misma manera... Habló la Iglesia prohibiendo las conciliaciones entre católicos y liberales y habló de un modo tan enérgico, tan expresivo, tan terminante que no deja lugar a la menor duda. Si, pues, habló la Iglesia y condenó estas conciliaciones, no se deben ni se pueden proponer ni aceptar, y los que las proponen y los que las aceptan, obran en contra de lo que enseña y quiere la Iglesia... No es posible la conciliación entre Jesucristo y el diablo, entre la Iglesia y sus enemigos, entre catolicismo y liberalismo. Seamos firmes: nada de conciliación, nada de transacción velada e imposible. O catolicismo o liberalismo. ¿Para qué me querían ustedes en Pasto, si creyendo y confesando que el liberalismo es malo, dejara que les invadiera a ustedes esa maldad?» (*Carta oficial*. Pasto, 9 de octubre de 1904).

«Volved a Pasto, porque de tales obispos necesita el mundo» (León XIII)

MONSEÑOR Ezequiel viajó a Roma para la visita *ad limina* en agosto de 1898, y el 6 de septiembre presentaba en la Santa Sede su renuncia al obispado de Pasto. El motivo fue haber sido revocada por el cardenal Rampolla su prohibición de que sus feligreses llevaran a sus hijos a un colegio sito al otro lado de la frontera con Ecuador, por grave peligro para su fe. La prohibición había sido ya hecha por su antecesor, pero ante su inobservancia, él tuvo que repetirla en 1897 bajo pena de excomunión. Monseñor Moreno había escrito a Roma: «La cuestión es si yo puedo o no puedo prohibir a mis súbditos que vayan a ese colegio. El obispo de Ibarra dice que no puedo, porque el colegio está en su diócesis y dice que es bueno. Yo

he dicho a mis súbditos que el colegio es malo y que no vayan. Obedeceré a cuanto me manden, pero hablaré siempre que vea en peligro la fe de mis súbditos y lo requiera la gloria de Dios. (Carta a Íñigo Narro, Pasto, 16 de junio de 1898). Roma ordenó revocar la pena de excomunión y el obispo encargó se comunicara a los padres de familia sancionados que, obedeciendo mandato de la Sagrada Congregación, quedaban absueltos.

En su carta de renuncia monseñor Moreno escribía: «He presentado en manos de Vuestra Santidad la renuncia de mi obispado seguro como estoy de que no podré trabajar más en provecho, mientras no se me considere en estado de poder trabajar. Los enemigos de la Iglesia tienen en sus manos arma poderosa como es la resolución de la Sagrada Congregación donde aparezco tachado de belicoso y se condena mi conducta. Con esa resolución me combaten presentándola como un argumento de las calumnias e insultos con los que me atacan en sus escritos.» (Carta presentada a León XIII en Roma el 19 de septiembre de 1898.) El día 10 le recibía León XIII quien le dijo: «Volved a Pasto, porque de tales obispos necesita el mundo» (*Alia nova positio*, p. 77), y le recomendó acudir «de nuevo a la Sagrada Congregación». Ante ella presentó el día 20 largo y documentado memorial. Por fin el cardenal Vanutelli, prefecto de la Congregación de Obispos dió sentencia definitiva afirmando que «es indudable que el obispo de Pasto, a quien incumbe el bien espiritual de los fieles confiados a su cuidado, está en perfectísimo derecho de mantener la prohibición de su predecesor, de confirmarla y de recordarla oportunamente a los padres de familia de su diócesis».

Guerra civil y exigencia de silencio por negociadores vaticanos

DE 1899 a 1902 tuvo lugar la guerra civil colombiana desatada por los liberales para tomar el poder. Escribe monseñor Moreno: «Aquí hemos estado en grandísimo peligro de que triunfaran los enemigos de la Iglesia, que han entrado en los combates gritando: ¡Muera Cristo! ¡Abajo la religión! Los batallones del Ecuador, unidos a los revolucionarios de por aquí han atacado a nuestros soldados que con malas armas, pocas municiones y sin raciones, sólo la idea religiosa los podía mantener en sus puestos, y esto explica el lenguaje de cuanto he escrito en este tiempo de guerra. Dios nos ha salvado hasta ahora. El gobierno del Ecuador protege y ayuda los movimientos de la Revolución, y me han ordenado de ahí que “no haga publicación ni acto alguno”, porque la Santa Sede ha entablado relaciones con el gobierno del Ecuador.»



Así era a través del ministro Peralta y monseñor Gasparri, delegado apostólico en Ecuador, quien en mayo de 1901 enviaba al obispo de Pasto este telegrama que reproducían los periódicos: «quiere Su Santidad que Usía. Ilma. se abstenga de toda publicación u otros actos cualesquiera». Monseñor Moreno acató la orden, quedando de nuevo descalificado por Roma ante la opinión. Lo justificaba: «para uno que sabe cómo obra la Santa Sede, tiene explicación el telegrama: Alfaro exigió mi silencio para entrar en arreglos». Monseñor Moreno confiaba a sus amigos: «No escribiré más, porque me dicen que no escriba, pero los liberales cantan triunfo, porque Roma ha corregido mi conducta y me ha impuesto silencio... No sé si vencerán los liberales y, en ese caso, tendré que huir, si tengo tiempo. Me dicen que calle y callaré. Sólo quiero que se considere la situación en que quedo ante mi pueblo y me libren de ella de algún modo. Para mí el modo más apetecible sería que me sacaran de aquí, pero sin llevarme a otra parte, para poder ir a una celda. Sea la voluntad de Dios». (Carta a Enrique Pérez, Pasto, 6 de junio de 1901).

Se había firmado por fin un protocolo entre monseñor Gasparri y el ministro Peralta, pero el Senado ecuatoriano se negó a convalidarlo. El padre Ezequiel escribió al delegado apostólico con humildad y firmeza: «No se dirá que sea yo causa de lo que el Gobierno ha hecho en contra de la Santa

Iglesia, después de que se me impuso silencio. El Senado del Ecuador ha rechazado con desdén y de modo injurioso a la Santa Sede los protocolos establecidos entre monseñor Gasparri y el ministro Peralta. El peligro de las almas que me están encomendadas me pide que hable, pero la Santa Sede me ha mandado callar en lo que se relacione con el Ecuador, y callaré... ante esta situación sólo se me ocurre renunciar y salir de la diócesis».

La «concordia», propuesta de «un liberalismo moderado, peor que el violento»

TRAS los sufrimientos de la guerra llegaron tiempos llamados de paz aptos para las concesiones más lamentables ante las que monseñor Ezequiel en carta pastoral de cuaresma de 1903 alertaba: «Ahora estamos ya en paz, o sin tiros, que no es lo mismo... Hemos estado de fiesta pero veo venir un liberalismo moderado, peor que el violento». Monseñor Moreno lamentaba la desgracia de una concordia nacida de la complicidad en abandonar la confesionalidad cristiana del Estado en un pueblo de inmensa mayoría católica que, aunque pudiera dar ocasión a ciertos males, que podrían y debían ser evitados, era sin duda preferible a la secularización del Estado, de la que ciertamente iban a seguirse males mayores, al tiempo que les animaba a procurar la verdadera concordia que descansa en un orden verdadero que sólo en Cristo se puede establecer. (*Circular*, 25-11-1904)

En noviembre de 1904 llegaba a Bogotá monseñor Ragonesi, nuevo delegado apostólico, que tras felicitar al presidente Reyes, dijo tener «el encargo de asociarse al ilustre clero colombiano para trabajar en el sentido de ayudar y facilitar al jefe de la nación colombiana en sus esfuerzos en favor de la paz, del orden y de la concordia, a cuya sombra la Iglesia gozará de libertad y garantías». Bajo este lema de la «concordia nacional» en 1905 el presidente conservador Rafael Reyes alcanzó acuerdo con los liberales y los incorporó a su gobierno. Sabiendo Reyes que su amigo obispo Ezequiel estaba en contra de dicha concordia tal como la entendían los liberales, le remite carta en la que le cita dos telegramas cruzados con el secretario de Estado del Vaticano Merry del Val en términos diplomáticos, favorables a conseguirla. Monseñor Moreno le responde precisando el sentido del término: «Los liberales han dado a entender que esta palabra *concordia*, aun salida de los labios del Santo Padre o de su representante en Colombia, significa que hay que reconciliarse con el liberalismo, y condena a los que enseñan que no es posible la reconciliación. Protesto con toda mi alma contra esa interpretación, como injuriosa a la

Santa Sede, y añado que creo y confieso una vez más, a la faz del mundo, que el Romano Pontífice ni puede ni debe reconciliarse ni transigir con el liberalismo moderno. Así lo enseñó Pío IX de modo infalible, y jamás habrá Pontífice Romano que enseñe cosa contraria. La pureza de la fe y la salvación de las almas hacen necesaria esta declaración.»

El delegado apostólico monseñor Ragonesi tomó muy a mal el texto del obispo y le convocó a Bogotá. Monseñor Moreno acudió tras largo y penoso viaje de novecientos kilómetros, y su compañero el padre Gregorio Segura cuenta que el delegado le reprendió duramente y le requirió a escribir al Presidente una carta de disculpa. Hizo el padre Ezequiel dos redactados sucesivos que no fueron del agrado de Ragonesi, hasta que por fin un tercero le pareció mejor. En éste monseñor Moreno decía: «En el telegrama que nos ocupa me propuse el fin que paso a manifestar: Los enemigos de la Iglesia, en mi diócesis, haciendo mal uso de la palabra concordia, que se ha venido pronunciando en el sentido de que no haya más guerras y reine la paz para que los ciudadanos puedan trabajar y así prospere la nación, no concretaban dicha palabra a esa sola significación, sino que la extendían a mucho más, dando a entender que se podían hacer transacciones y alianzas entre la verdad católica y los errores modernos condenados por los romanos pontífices, particularmente por Pío IX y León XIII en su encíclica *Libertas*, y se reconocían ya los dichos errores como buenos para gobernar la nación, y que era justo y lícito aspirar a gobernar con ellos. No pudiendo dejar que se propagaran en mi diócesis tales errores que son, según los mismos romanos pontífices citados, la verdadera causa de la ruina de los estados, me creí en el deber de recordar esas enseñanzas. Tal fue el fin que me propuse al mandar el telegrama de que se trata, y tengo el mayor gusto en declararlo así para alejar toda sospecha de que envuelva un acto de rebelión.» Monseñor Moreno visitó al presidente y a su familia en su casa, charlando amistosamente. Estos sucesos hicieron al padre Ezequiel aún más popular en Pasto, donde todos lo apoyaron.

Viendo que la coalición de cristianos y liberales, de hecho, solamente era posible aceptando aquéllos, aunque sea poco a poco, los planteamientos de los liberales, concluía que la alianza en tal concordia «debe llamarse cesión de los católicos por flojedad en su fe o, lo que es más probable en algunos, por afición a la nueva vida de las sociedades, a las ideas modernas, al Derecho nuevo condenado por los pontífices romanos... La concordia, tal como se está entendiendo y practicando, es una verdadera calamidad para la fe y la religión», y añadía: «conste que

al no querer la unión con los liberales para gobernar la nación sólo queremos que no se haga esa unión en perjuicio de la religión nacional que es la católica, apostólica, romana... pues la nación debe ser gobernada con los principios del catolicismo, a lo que tiene derecho la inmensa mayoría de los ciudadanos que se precian de ser católicos» (Circular 14-9-1904).

Un cáncer en la boca pone fin al pontificado del «obispo incómodo»

Los liberales colombianos, que habiendo perdido en la guerra estaban a punto de ganar en la paz, comprendieron que la concordia por ellos propugnada no era posible sin el previo apartamiento del obispo de Pasto. Era necesario acabar de una vez con aquellas cartas pastorales y circulares que suscitaban el entusiasmo de los católicos, y eran publicadas y reimpresas aquí y allá, con el apoyo de un buen número de obispos. De Tulcán llegaban amenazas: «Si no retiran de Pasto al fraile Moreno, ya sabremos nosotros cómo retirarlo». La Providencia en sus inescrutables designios vendría a facilitar tan malignos proyectos.

Se le detectó un cáncer en la boca que los médicos locales no lograban curar, y una comisión del clero le aconsejó ir a Europa a recibir tratamiento adecuado. El 13 de enero de 1906 partía hacia España. Será operado en Madrid el 14 de febrero, y de nuevo el 29 de marzo, pero en vano. El 1 de junio es trasladado al convento navarro donde inició su vida de agustino recoleto, y allí escoge una habitación pequeña, con tribuna a la iglesia desde la que poder adorar continuamente a su amado Jesús. El 18 de agosto de 1906, a sus 58 años, irá a su encuentro definitivo. Su cuerpo incorrupto se venera en Monteagudo (Navarra).

El padre Ezequiel, elevado a los altares como pastor según el Corazón de Jesús

CUATRO años después, en 1910 se abrió proceso informativo en Tarazona, y luego en Manila y Pasto. En 1975 será beatificado por Pablo VI, y Juan Pablo II lo canonizará en Santo Domingo el 11 de octubre de 1992, en el V Centenario de la evangelización de América. En la oración ritual se califica con justicia a fray Ezequiel de la Virgen del Rosario: «Te damos gracias, Padre y Señor nuestro, porque has querido darnos en san Ezequiel Moreno un acabado modelo de fidelidad al Evangelio, un perfecto y ardiente operario de tu viña y un pastor según el Corazón de tu Hijo».

Gabriel García Moreno

Gabriel García Moreno, primer jefe de Estado que obedece la petición del Corazón de Jesús de consagrarle su nación

EL castellano viejo don Gabriel García Gómez llegó a América en 1793, estableciéndose en Guayaquil, donde casó con D^a. Mercedes, hija del caballero de la Orden de Carlos III don Ignacio Moreno. Del matrimonio de don Gabriel y doña Mercedes nació Gabriel García Moreno el 21 de diciembre de 1821.

Cuando don Gabriel García Gómez, ferviente católico, empezó a oír hablar de emancipación y comprobó que las logias estaban en ello, comprendió que no se trataba sólo de independizarse de España, sino también de la religión que España había traído, y formó con los realistas frente a los independentistas.

El niño Gabriel quedó huérfano de padre a temprana edad, recibiendo cristiana educación de su piadosa madre. Marchó luego a Quito a estudiar Derecho, acabando la carrera en 1844, y ya con el título de doctor se abocó a la acción política. Durante sus años de existencia independiente el Ecuador había vivido bajo la férula del liberalismo de los que se decían conservadores, cuyo conservadurismo consistía en conservar el poder el mayor tiempo posible, sin reparar en medios.

Detentaba entonces el poder el conservador general Flores, de mal disimulada hostilidad contra la Iglesia católica y en tratos con los masones de Colombia. Gabriel a sus 25 años comenzó a organizar la lucha contra la nueva Constitución de Flores que proclamaba la libertad de cultos en un país donde todos eran católicos y no existía un solo disidente, ocultando la intención de romper la unidad religiosa de la patria. Bajo el lema de «¡Viva la religión, muera la Constitución!», publicaba Gabriel un periódico satírico *El Zurriago*, látigo con el que cada semana azotaba a los que llamaba vendidos, en el que escribía: «Si quieres a todo trance en política medrar, procura ser diputado, será fácil lo demás. Has de tener dos conciencias, dos caras que remudar, dos opiniones, dos lenguas, dos voluntades a un par. Tendrás el pico de loro, las uñas de gavilán, la artimaña de la zorra, del lobo el hambre voraz.» Flores tuvo que escapar al extranjero. García Moreno marchó a conocer Europa y a su vuelta conoció en Panamá a unos jesuitas que acababan de ser expulsados de Colombia y consiguió pudieran desembarcar y entrar en Quito tras 83 años de destierro, entre aclamaciones del pueblo y repique de campanas, que les de-

volvieron su antigua iglesia y les ofrecieran un viejo convento para colegio.

En 1852 presidía el país el general Urbina, apoyado por la masonería, quien, aduciendo la vigencia de la Pragmática de Carlos III, decretó expulsar a los jesuitas y envió a los soldados a sacarlos de sus casas con bayoneta. Al verlos conducidos por las calles de Guayaquil la gente se ponía de rodillas. Al cruzarse con el superior padre Blas, García Moreno le gritó: «¡Adiós, padre, juro que de aquí a diez años cantaremos el *Te Deum* en la catedral!»

García Moreno se enfrentó a Urbina y su nueva constitución, enfervorizando a los acobardados que temían levantar contra él la bandera de la realeza de Cristo. Se decretó su arresto pero Gabriel pudo escapar al Perú. Marchó a París donde se le veía en San Sulpicio oyendo misa y en el rezo del rosario. Leyendo por tres veces los veintinueve volúmenes de la *Historia universal de la Iglesia católica*, del padre Rohrbacher, quedó convencido del principio que había de guiar toda su actuación futura: que el pueblo de Dios tiene derecho a ser gobernado cristianamente mediante la puesta en práctica de la realeza social de Jesucristo.

Alcalde, rector, senador y presidente

EN 1856 a Urbina le sustituyó el general Robles, hechura suya, quien permitió el retorno de García Moreno, siendo recibido como un héroe. La capital, Quito, le nombró alcalde y el claustro de la Universidad, rector. Elegido senador, García Moreno se reveló como orador temible. Presentó proyecto de ley autorizando las congregaciones religiosas y decretando la clausura de las logias, justificándolo así: «Para que se establezcan libremente todas las asociaciones religiosas o irreligiosas sin traba alguna, fuera menester que no hubiese una religión dominante, como en los Estados Unidos; pero siendo la única religión del Ecuador la católica, apostólica y romana, no puede permitirse el establecimiento de una asociación condenada por la propia Iglesia católica, apostólica y romana». El proyecto se aprobó, pero el Gobierno lo vetó y desterró de nuevo a García Moreno. Un grupo del ejército se amotinó y eligió un triunvirato presidido por García Moreno. Tras quince meses de lucha armada, Robles fue vencido el 24 de septiembre de 1860, fiesta de la Virgen de la Merced, y García Moreno decretó que la nación y el ejército quedasen en adelante bajo protección de esta advocación de Nuestra Señora. El 10 de marzo de 1861 García Moreno era elegido presidente.

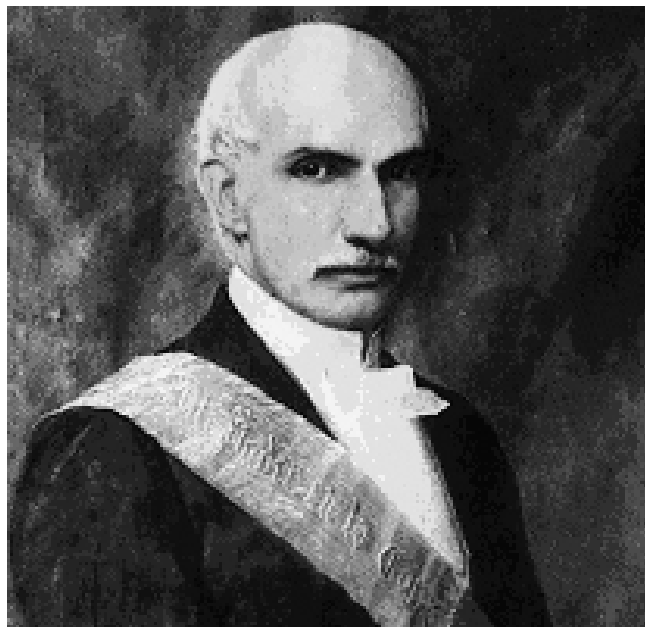
El concordato con la Santa Sede

ECUADOR se había venido rigiendo por la ley de Patronato heredada de los reyes españoles por el que el poder político se arrogaba la facultad de erigir diócesis, convocar concilios nacionales, nombrar obispos y canónigos, y conceder o no el *exaequatur* a las bulas pontificias. La Santa Sede se oponía aduciendo que el Patronato fue privilegio personal concedido por los papas a los reyes de España por su reconocida fidelidad a la Iglesia, y que al no transmitirse automáticamente a los sucesivos gobernantes ajenos a la misma, no se hallaba vigente, y se imponía establecer un Concordato. Al llegar al poder García Moreno se inició la negociación, manifestando el Presidente: «El Gobierno desea únicamente que la Iglesia goce de toda la libertad e independencia de que necesita para cumplir su misión divina, y que el poder civil sea defensor de esa independencia y garante de esa libertad» y como «no faltan hombres extraviados que procuran abrir la puerta a la introducción de nuevos cultos, estimando a la impiedad y la apostasía, sería conveniente, además de no permitirse el establecimiento de cultos disidentes, quedase prohibido el de cualquier sociedad condenada por la Iglesia.» Se suscribió el acuerdo en Quito y Pío IX felicitó a García Moreno.

García Moreno, estadista

SE desenterró el antiguo proyecto de englobar en una sola nación a las tres repúblicas que habían constituido el virreinato de Nueva Granada –ahora Colombia, Venezuela y Ecuador– bajo el nombre de Estados Unidos del Sur, que habrían de rivalizar con los del norte. García Moreno advirtió que se proyectaba partiendo de un espíritu liberal de inspiración masónica y se negó a participar en la empresa. A la vista de ello Colombia decidió anexionarse Ecuador para liberarlo de «la opresión teocrática» a que decía se hallaba sometido. Las primeras batallas fueron favorables a Ecuador pero luego a Colombia, hasta que en 1863 se firmó la paz y García Moreno pudo dedicarse a su labor de estadista.

Se ocupó en la creación de buenos colegios bajo la dirección de religiosos, invitando a nuevas congregaciones francesas: los Hermanos de La Salle, las Madres del Sagrado Corazón y las Hermanas de la Caridad, y los jesuitas fueron instalados de nuevo en su antigua casa de San Luis de Quito. Proyectó una extensa red de carreteras en toda la nación para comunicar los pueblos aislados de las alturas, y en 1870 inició el trazado de una vía de ferrocarril de



más de cuatrocientos kilómetros de Guayaquil a Quito, bordeando montañas a través de la selva, trayecto que hasta entonces constituía una odisea por caminos impracticables de precipicios y nieves perpetuas, para lo que hizo venir del extranjero a ingenieros expertos en construir viaductos y grandes puentes. A su muerte el ferrocarril llegaba ya al pie de la cordillera. Erigió un observatorio internacional en las afueras de Quito, y saneó la economía nacional, llegando a estar el sucre ecuatoriano a la par del dólar. Preguntado por el secreto de su éxito, respondió: «Toda mi ciencia económica se resume en: “Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y el resto, es decir, la felicidad temporal, se os dará por añadidura”».

Su obra más audaz sería la reforma de la Constitución para que no fuera una más tras las seis anteriores que habían reemplazando la soberanía de Dios por la del pueblo, sino una norma de convivencia católica. Así promulgó la Constitución de 1869 que sus enemigos llamaron la Carta Negra de la República, y que comenzaba invocando el «nombre de Dios Uno y Trino, autor, legislador y conservador del universo» y que en su artículo 9 proclamaba: «La religión de la República es la católica, apostólica, romana con exclusión de cualquiera otra, y se conservará siempre con los derechos y prerrogativas de que debe gozar según la ley de Dios y las disposiciones canónicas. Los poderes políticos están obligados a protegerla y hacerla respetar.»

Don Gabriel llevaba el escapulario de la Virgen del Carmen y cada noche rezaba el rosario con su familia, ayudantes y sirvientes. Particular devoción mostraba por san José que por aquellos años Pío IX había proclamado patrono de la Iglesia, y declaró

festivo del 19 de marzo en todo Ecuador. En su mensaje de 1873 dijo: «Pues tenemos la dicha de ser católicos, seámoslo lógicamente y abiertamente, seámoslo en nuestra vida privada y en nuestra existencia pública y confirmemos la verdad de nuestros sentimientos y de nuestras palabras con el testimonio público de nuestras obras».

«Dios no tiene necesidad de nosotros, ni de nada para cumplir sus promesas, y Él las cumplirá, a despecho del infierno y sus satélites.»

ESCRIBE el padre Berthe que García Moreno pareciera haber nacido para luchar contra los principios de la Revolución francesa por haber entendido su radical incompatibilidad con la doctrina católica, y como un nuevo enfrentamiento teológico de las dos ciudades de san Agustín y de las dos Banderas de san Ignacio, y que volvió a sentar en el trono del Estado a nuestro Señor Jesucristo: «Ya dije en 1861 que la lucha entre el bien y el mal es eterna. Por consiguiente los que sostenemos la causa del bien, la causa de la religión y de la patria, jamás podremos amalgamarnos con nuestros adversarios.»... «Dios no tiene necesidad de nosotros, ni de nada para cumplir sus promesas, y Él las cumplirá, a despecho del infierno y de sus satélites los francmasones, que por medio de sus gobernantes, son más o menos dueños de toda América, a excepción de nuestra patria».

Ante la usurpación de los Estados Pontificios, escribió al papa Pío IX: «No se ha oído hasta hoy la voz de ninguna de las potencias del antiguo continente, y siguiendo Roma oprimida por las tropas del rey Víctor Manuel, el gobierno del Ecuador... cumple con el deber de protestar ante Dios y el mundo, en nombre de la justicia ultrajada, y, sobre todo, en nombre del católico pueblo ecuatoriano... de ese indigno abuso de la fuerza en perjuicio de Su Santidad y de la Iglesia católica... que el rey Víctor Manuel repare noblemente el deplorable efecto de una ceguera pasajera, antes de que el trono de sus ilustres antepasados sea tal vez reducido a cenizas por el fuego vengador de la Revolución Francesa...». El Papa quedó emocionado al leer la declaración oficial de García Moreno, y exclamó: «¡Ah! Si éste fuese un rey poderoso no le hubiera faltado al Papa todo el apoyo del mundo». El 21 de marzo de 1871 le envió la máxima condecoración vaticana, la gran cruz de la Orden de Pío IX con carta de elogiosa gratitud en la que le decía: «Habéis dado prueba espléndida de fidelidad a la Santa Sede y a nuestra humilde persona... en un tiempo desastroso para la santa Iglesia, no habéis temido

condenar públicamente con aplauso de todos los corazones honrados, la usurpación de nuestro poder temporal que hombres ingratos y pérfidos acababan de perpetrar».

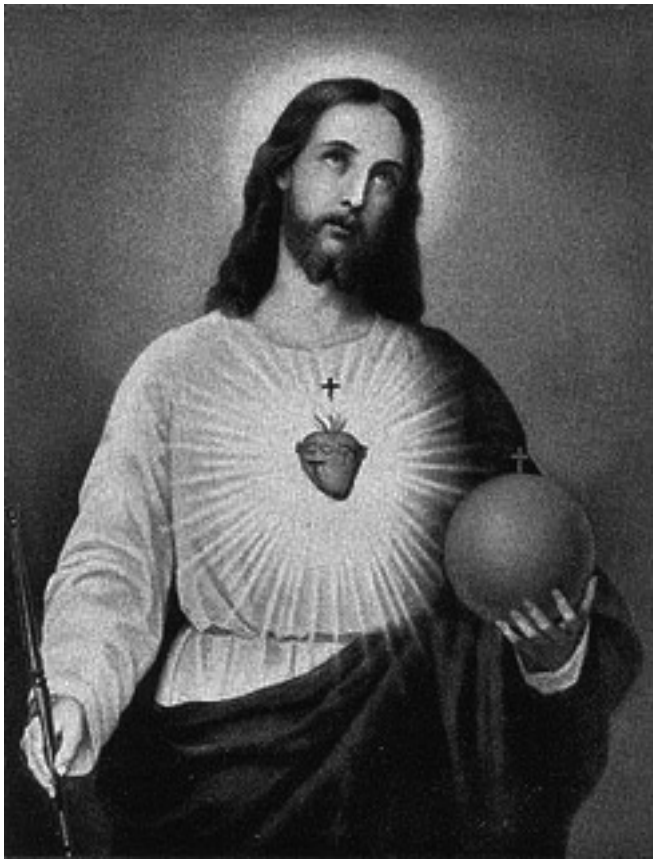
La consagración del Ecuador al Corazón de Jesús

LA devoción al Corazón de Jesús había arraigado profundamente en el Ecuador, los templos se llenaban los primeros viernes de mes y las entronizaciones se extendían en los hogares. A García Moreno se la habían enseñado en los Ejercicios ignacianos que solía reiterar cada año, y recordaba que entre las peticiones del Corazón de Jesús estaba la consagración de las naciones como tales, y cómo en doscientos años ninguna lo había hecho. Se propuso llevarla a cabo oficialmente en su patria como acto nacional, refrendado por la jerarquía eclesiástica, los parlamentos, los mandos militares y las instituciones educativas del Estado.

La idea, sugerida por el director nacional del Apostolado de la Oración, padre Manuel Proaño, parecía tarea fácil, pues estaba en sus manos como jefe de Estado, pero no así el que todos los estamentos del pueblo ecuatoriano hiciesen suya la consagración excedía sus facultades. Sólo podían prepararlo y conseguirlo los sacerdotes, que eran pocos, por lo que recurrió al Superior general de los Redentoristas, pidiéndole por lo menos cincuenta fervorosos misioneros. En marzo de 1873 los misioneros enviados habían ya recorrido todo el país, pueblo tras pueblo, disponiendo el espíritu de los ecuatorianos, y entonces firmó el decreto, donde se disponía: «Las solemnidades correspondientes a la consagración se harán en todas las iglesias catedrales y parroquias en la próxima cuaresma.» García Moreno preparó personalmente el acontecimiento a una con su amigo, el jesuita padre Proaño.

El 23 de marzo de 1873 ondeaba la bandera nacional en los edificios oficiales para saludar al Rey de la Patria. En la catedral se encontraron el arzobispo y su clero, los miembros del Gobierno, los jueces, jefes y oficiales, alcaldes y autoridades de los pueblos y su Presidente Don Gabriel, Jefe de Estado. En el altar el cuadro del Sagrado Corazón, pintado para la solemnidad por un artista quiteño a quien el Presidente indicó lo representase con la corona sobre su sien y que «la mano derecha de Cristo empuñe el centro real y la mano izquierda sostenga el globo del mundo, en que aparezca notoriamente la nación ecuatoriana.» En el ofertorio el arzobispo leyó esta consagración, que el pueblo fue repitiendo, frase por frase:

«Este es, Señor, vuestro pueblo. Siempre, Jesús mío, os reconocerá por su Dios. No volverá sus ojos



a otra estrella que a esa de amor y de misericordia que brilla en medio de vuestro pecho, santuario de la Divinidad, arca de vuestro Corazón. Mirad, Dios nuestro: gentes y naciones poderosas traspasan con muy agudos dardos el dulcísimo seno de vuestra misericordia. Nuestros enemigos insultan nuestra fe, y se burlan de nuestra esperanza, porque las hemos puesto en Vos. Y, sin embargo, este vuestro pueblo, su jefe, sus legisladores, sus pontífices, consuelan a vuestro Vicario, enjugan las lágrimas de la Iglesia; y confundiendo la impiedad y apostasía del mundo, corren a perderse en el océano de amor y caridad que les descubre vuestro suavísimo Corazón. «Sea, pues, Dios nuestro, sea vuestro Corazón el faro luminoso de nuestra fe, el áncora segura de nuestra esperanza, el emblema de nuestras banderas, el escudo impenetrable de nuestra flaqueza, la aurora de una paz imperturbable, el vínculo estrecho de una concordia santa, la nube que fecunde nuestros campos, el sol que alumbró nuestros horizontes, la vena en fin riquísima de la prosperidad y abundancia que necesitamos para levantar templos y altares donde brille, con eternos y pacíficos resplandores, su santa y magnífica gloria.

»Y pues nos consagramos y entregamos sin reservas a vuestro divino Corazón, multiplicad sin fin los años de nuestra paz religiosa; desterrad de los confines de la Patria la impiedad y corrupción, la calamidad y la miseria. Dicte nuestras leyes vuestra fe; gobierne nuestros tribunales vuestra justicia; sostengan y dirijan a nuestros jefes vuestra clemencia y fortale-

za; perfeccione a nuestros sacerdotes vuestra sabiduría, santidad y celo; convierta a todos los hijos del Ecuador vuestra gracia, y corónelos en la eternidad vuestra gloria: para que todos los pueblos y naciones de la tierra contemplando, con santa envidia, la verdadera dicha y ventura del nuestro, se acojan a su vez a vuestro amante Corazón, y duerman el sueño tranquilo de la paz que ofrece al mundo esa fuente pura y símbolo perfecto de amor y caridad. Amén».

Concluida su lectura, se adelantó García Moreno y la hizo suya en nombre de la Patria y de todos los estamentos del Ecuador, diciendo: «La República del Ecuador es hoy el único estado social y políticamente católico». Tras la bendición del arzobispo, junto a los repiques de todas las iglesias del Ecuador sonaron los clarines y el tronar de la artillería para anunciar el gran acontecimiento: por vez primera en la historia un Estado se consagraba al Corazón de Cristo y le prestaba el público homenaje como a Rey de la nación que había pedido dos siglos antes.

Muerte martirial del presidente católico

LA masonería ecuatoriana había tenido que soportar demasiados reveses durante la presidencia de García Moreno: el Concordato de 1862; la constitución antiliberal de 1869 que proscribía la secta; la protesta de 1871 contra Víctor Manuel por la invasión de Roma; y por último, y ¡en pleno Siglo de las Luces! la consagración de la república al Corazón de Jesús. En mayo de 1875, finalizado su mandato, García Moreno se presentó a la reelección y su victoria fue aplastante. Los enemigos de la fe acordaron que tal Jefe de Estado no podía seguir con vida. Sus amigos le aconsejaron se protegiera con buena escolta, a lo que respondió: «¿Y quién me libraré de esa escolta a la que se podrá corromper? Prefiero confiarme a la guarda de Dios». Escribió su última carta a Pío IX: «Ahora que las logias de los países vecinos, instigadas por la de Alemania, vomitan contra mí toda especie de injurias y calumnias, procurando sigilosamente los medios de asesinar me, necesito más que nunca de la protección divina para vivir y morir en defensa de nuestra santa religión, y de esta pequeña República que Dios ha querido que siga yo gobernando. ¡Qué fortuna para mí, Santísimo Padre, la de ser aborrecido y calumniado por causa de nuestro divino Redentor, y qué felicidad tan inmensa sería para mí, si vuestra bendición me alcanzara del cielo el derramar mi sangre por el que, siendo Dios, quiso derramar la suya en la Cruz por nosotros!» El 4 de agosto se despidió de un amigo: «Voy a ser asesinado. Soy dichoso de morir por la santa fe. Nos veremos en el Cielo».

El 6 de agosto de 1875 era primer viernes de mes.

A las seis de la mañana se dirigió a la iglesia de Santo Domingo a oír misa y comulgar, prolongando la acción de gracias más de lo habitual. Se dirigió luego a casa de su suegro a desayunar. Los conjurados le seguían. Al salir hacia la Casa de Gobierno en la plaza Mayor pasó ante la colindante catedral, y entró hacer una visita al Santísimo expuesto por ser primer viernes, quedando arrodillado un buen rato. Los conjurados estaban nerviosos por tanto retraso, y uno de ellos entró a decirle que alguien le esperaba afuera por asunto urgente. Salió, pero al no ver a nadie comenzó a subir las escaleras del palacio de Gobierno. Uno de los conjurados, el capitán Faustino Lemus Rayo, se le acercó por la espalda y le descargó un machetazo en la cabeza. Los demás saltaron sobre el herido y le dispararon. Rayo le asestó otro golpe, cortándole la mano derecha. Sonó una segunda descarga y García Moreno ensangrentado y malherido rodó por las escaleras. Rayo se precipitó sobre el moribundo y mientras le tajeaba la cabeza con otra cuchillada le gritó: «¡Muere, verdugo de la libertad, jesuita con casaca!». García Moreno, según luego confesaron los asesinos, murmuraba con voz débil: «¡Dios no muere!». Agonizante lo trasladaron a la catedral ante el altar de la Virgen de los Dolores, donde le dieron la absolución y la santa unción. Al cabo de una hora entregó su alma a Dios. Al examinar su cadáver, vulnerado por catorce puñaladas y seis balazos, encontraron sobre su pecho una reliquia de la Cruz de Cristo, el escapulario del Sagrado Corazón y un rosario con la medalla de Pío IX, todo tinto en su sangre.

En la catedral y ante el catafalco el senador padre Cuesta dijo en la oración fúnebre: «El gran Pontífice [Pío IX] fijó sus ojos llenos de grato consuelo, en la pequeña nación de los Andes de Ecuador, y vio allí, combatiendo contra la universal apostasía al único soldado de Cristo que aún blandía en sus manos la gloriosa espada que habían empuñado Constantino, Carlomagno y san Luis. Y ved ahora esas manos, señores: ¡están mutiladas!... Nosotros, aquí en el mundo ya no te veremos; pero tú que nos ves desde la alta región adonde te han conducido tus grandes virtudes, di al Señor que no abandone a tu república a la anarquía... ¡Señor, Dios de las naciones, suscítad en vuestro pueblo hombres semejantes al que hemos perdido, que continúen vuestro reinado en la república! ¡Adveniat Regnum tuum!». Luis Veuillot, lo significaba así en *L'Univers*: «Católico a todo trance, de la raza hoy ignorada entre los jefes de los pueblos, católico que se dirige desde luego a nuestro Padre que está en los Cielos, y le dice en voz alta: ¡Venga a nosotros tu Reino! El corazón de García Moreno se encuentra en la capilla del Sagrado Corazón de Jesús en la basílica del Voto Nacional.

Historiadores actuales ecuatorianos, no pudien-

do ocultar sus logros en el desarrollo económico y social del país, tratan a García Moreno de déspota fanático, despiadado tirano, inquisidor iluminado y servil teócrata de la Iglesia, justificando su asesinato como represalia de quienes había perseguido y que así libraron a su patria de clerical esclavitud, pero la voz de la Iglesia los desmiente en su juicio. Un mes después de su muerte, el 20 de septiembre de 1875, dijo de él Pío IX: «En medio de esos gobiernos entregados al delirio de la impiedad, la república del Ecuador se distinguía milagrosamente de todas las demás por su espíritu de justicia y por la inquebrantable fe de su presidente que siempre se mostró hijo sumiso de la Iglesia, lleno de amor a la Santa Sede y de celo por mantener en el seno de la república la religión y la piedad. Y ved ahí que los impíos, en su ciego furor, miran como un insulto a su pretendida civilización moderna, la existencia de un gobierno que, sin dejar de consagrarse al bien material del pueblo, se esfuerza al propio tiempo en asegurar su progreso moral y espiritual. Conciliábulos tenebrosos, organizados en una república vecina, decretaron la muerte del ilustre presidente. Ha caído bajo el hierro de un asesino, víctima de su fe y de su caridad cristiana hacia su patria».

Tres años más tarde, con las palabras con que la Iglesia celebra la memoria de los mártires santo Tomás de Cantorbery y san Estanislao de Polonia, León XIII sentenciaba: «Cayó por la Iglesia bajo la espada de los impíos.» Y Juan XXIII en entrevista concedida en Roma al Episcopado ecuatoriano en el Concilio, les confiaba: «Yo era muy niño, cuando mi padre nos relataba la biografía de vuestro gran hombre García Moreno. Lo que me impresionó más y se grabó en la memoria fue la frase «Dios no muere.» El cardenal Desprez, arzobispo de Toulouse, escribía a su biógrafo padre Berthe: «Si alguna vez, compadecido el Señor de nuestra desdichada Francia nos hace volver a un gobierno cristiano, los restauradores de la patria contemplando a García Moreno, aprenderán a poner los intereses religiosos sobre los efímeros bienes de este mundo. Sólo entonces se cerrará la era de las revoluciones». También en carta al mismo autor le decía Dom Couturier, abad de Solesmes: «Su libro nos demuestra que todavía es posible atacar en su origen los principios de la revolución... La muerte de García Moreno deja a los príncipes o presidentes, jefes de gobierno, una gran lección, enseñándoles que el poder no es sólo un derecho a los honores, sino un deber impuesto por Dios, y que es menester cumplirlo aunque cueste la vida. Su ejemplo muestra que es posible un estado cristiano en nuestros días; que se puede vencer el torrente revolucionario, descartándose de la hipótesis y tomando el *Syllabus* por norma de los estados y de las sociedades.»

Testimonios de santidad en la historia de Chile

LUCAS PABLO PRIETO, HNSSC

Descubrimiento, conquista y evangelización

COMO muchas veces se ha indicado,¹ la empresa española en América sólo se entiende si se contempla como una continuación del espíritu de la Reconquista; no sólo porque la lucha secular contra los musulmanes por recuperar para Cristo la tierra perdida había forjado el ánimo de los que partieron al nuevo continente (probablemente sólo un pueblo acostumbrado a dar la vida por grandes ideales podía acometer la difícil tarea de construir toda una civilización desde el principio), sino también porque la reconquista suponía estructuras sociales y gubernamentales que, transplantadas a Hispanoamérica, permitieron el desarrollo del proceso de colonización de modo natural y orgánico.

Es claro que estas dos notas, aunque podrían buscarse otras, dan a todo el proceso de la colonización unas características únicas que no es posible encontrar en procesos análogos llevados a cabo por otros países (piénsese por ejemplo, en la colonización de América del Norte por los ingleses). Y lo que hay que tener presente es que la llegada del español significó siempre la llegada de la Cruz. Aquello que informaba el espíritu de la conquista (así puede verse, por ejemplo, en el testamento de la reina Isabel o en las bulas de Alejandro VI que legitimaban la presencia de la Corona en las nuevas tierras) era el deseo de comunicar el Evangelio a los pueblos que no lo conocían. Esto no quiere decir que no hubieran sombras y errores, pero deben ser referidos más a las personas concretas y a las circunstancias que al espíritu que las animaba.

Y de tal modo penetró la fe que pronto fue asumida como algo propio. Así lo señaló el papa Benedicto XVI en Brasil: «el anuncio de Jesús y de su Evangelio no supuso, en ningún momento, una alienación de las culturas precolombinas, ni fue una imposición de una cultura extraña [...]. La sabiduría de los pueblos originarios les llevó afortunadamente a formar una síntesis entre sus culturas y la fe cristiana que los misioneros les ofrecían» (13 de mayo de 2007). En este sentido, la llegada de lo español no supuso una suplantación de lo indio, sino en todo caso, la unión de ambos elementos que dio origen a algo nuevo. «El español trajo consigo idio-

ma, religión, derecho, instituciones y formas de vida, que se extendieron a los pueblos aborígenes y contribuyeron a producir la fusión de las razas».²

Por eso puede decirse verdaderamente que el proceso de colonización y evangelización se identifica con el proceso de la constitución y nacimiento de lo que hoy conocemos como América: los países que componen este continente deben el origen de su identidad a lo que recibieron por medio de los que fueron a esas tierras a comunicar una fe y también una cultura intrínsecamente relacionadas.

Signo de esto es el hecho de que a lo largo de toda su breve historia pueden encontrarse muchos ejemplos de santidad que son como el fruto de aquella semilla que sembraron los primeros evangelizadores. Es verdad que «cuantitativamente» se encuentran menos santos declarados por la Iglesia que en Europa (quizás simplemente porque la distancia dificultaba los procesos canónicos, muchas veces iniciados), pero a pesar de ello es grande su número. A modo de testimonio queremos mostrar ahora la presencia de algunos santos, aunque no todos canonizados, en dos momentos de la historia de un país americano: en el pasado y en el presente de Chile.

Mártires y conversos

Los primeros siglos de existencia de Chile (hasta su independencia) han sido denominados por un reconocido historiador como Edad Media, porque estos siglos «tienen todas las características del régimen que en ese plano ha sido llamado de Cristiandad».³ Es decir, la fe católica configuró la identidad de esta nación constituyendo su alma más profunda.⁴ Pero hay que tener presente dos cosas: en primer lugar, que no fue un proceso inmediato y sencillo, y en segundo lugar, que la fe arrai-

2. EYZAGUIRRE, J., *Historia de las instituciones políticas y sociales de Chile* (Santiago de Chile 2011) 19.

3. GUARDA, G., *La Edad Media de Chile. Historia de la Iglesia desde la fundación de Santiago a la incorporación de Chiloé: 1541-1826* (Santiago de Chile 2011) 23.

4. Es importante notar que el paso de esta «edad media» a la modernidad no está mediatizado por el proceso de la Ilustración (como recordó Juan Pablo II en su visita a Chile), por lo que no es posible equiparar sus movimientos socio-culturales posteriores con los europeos, aun cuando estén emparentados con ellos.

1. Cf. SÁNCHEZ-ALBORNOZ, C., *La Edad Media española y la empresa de América* (Buenos Aires 1983).



Mártires de Elicura

gó y configuró verdaderamente al nuevo pueblo que surgió de la unión de españoles e indios. Para ejemplificarlo queremos narrar ahora el martirio de algunos misioneros jesuitas que dieron su vida por defender la verdad del Evangelio, y también la conversión de algunos indios araucanos que consagraron luego su vida a Cristo.

A diferencia de lo que ocurrió en otros lugares de América, en Chile el dominio español nunca fue aceptado por los nativos (mapuches en su mayoría), lo que generó un permanente clima de hostilidades y una inacabada guerra que impidió que las expediciones de conquista pudieran extenderse por el sur. Esto dificultó la labor misionera de los sacerdotes, que hubieron de entrar en el territorio araucano sin contar con otro apoyo que su fe. A pesar de todo, muchos fueron los sacerdotes que se aventuraron en tierras mapuches aun a riesgo de su vida. Tal fue el caso de los mártires de Elicura. Tres sacerdotes jesuitas (uno nacido en Chile, otro en México y el tercero en Siena) se encontraban misionando a los araucanos en su propio territorio cuando una inesperada circunstancia precipitó su martirio. Lo que sucedió fue que una mujer (española cautiva) del cacique Anganamón, su hija y otra mujer india del cacique huyeron a tierra española y solicitaron asilo, y en el caso de las indias, el bautismo. «El cacique montado en cólera, solicitó la devolución inmediata de sus mujeres. El padre Martín Alonso de Aranda [nacido en Villarica] trató de apaciguarlo y de explicar las condiciones y garantías en que estas

mujeres, ya cristianizadas, podrían volver a su tierra. Pero Anganamón no quiso admitir demora alguna y llamando a sus guerreros penetró en la carpa en que los misioneros se disponían a celebrar la misa, los agarró y los mató a lanzazos y golpes de macana. Enseguida los indios arrancaron los corazones de los misioneros, como era su costumbre, y procedieron a matar a los indios que se habían puesto de parte de los religiosos. Sólo tres días después los españoles pudieron recuperar los cuerpos de los mártires y sepultarlos en la iglesia de la Compañía en Concepción».⁵

Es posible, sin embargo, encontrar testimonios «contrarios» al anteriormente citado, es decir, casos en que reacios mapuches terminaron aceptando la fe y viviendo ejemplarmente su vida cristiana. Así por ejemplo, encontramos al donado araucano Ignacio. Él era un araucano «de mucho valor y capacidad» que fue hecho prisionero de guerra y llevado cautivo a la ciudad de Concepción. Allí vivió cerca del hospital que llevaban los religiosos de san Juan de Dios. De tal modo fue conquistado por la caridad con que los religiosos trataban a los enfermos que poco a poco fue acercándose a la fe cristiana (después de mucha resistencia) hasta pedir finalmente no solo el bautismo, sino también el hábito de donado de la orden. Y cuentan que «tanto era su celo que hasta de noche no interrumpía la atención de los enfermos y había que obligarlo a dormir un poco. Cuando se desocupaba iba a la iglesia y estaba horas en oración».⁶ Murió en Arequipa (Perú) adonde había ido para fundar un hospital, después de muchos años de servicio al Señor en los enfermos, con fama de santidad.

Son sólo dos testimonios (entre muchos otros) de los primeros años de la empresa española en Chile que permiten vislumbrar lo que fue el proceso de evangelización e inculturación de la fe en un territorio muchas veces hostil a la verdad de Cristo. Los frutos, sin embargo, no se hicieron esperar, pues pronto la fe impregnó toda la vida del país, dando origen a una verdadera cristiandad americana.

Contemplativos y apóstoles

LA Iglesia ha declarado santos sólo a dos chilenos: a santa Teresita de los Andes y a san Alberto Hurtado. Nacidos con tan solo un año de diferencia y pertenecientes a familias que se co-

5. MATTHEI PUTTKAMER, M., «Testimonios de santidad en Chile colonial», en *Historia de la Iglesia en Chile I. En los caminos de la conquista espiritual* (Santiago de Chile 2009) 266.

6. Ídem, p.277.

nocían entre sí (es probable que incluso ellos se conocieran en su juventud), estos dos santos son para la Iglesia universal y en particular para Chile un signo de un doble movimiento de amor a Dios: en la entrega silenciosa y total del Carmelo la primera dedicó su vida a Dios, en el servicio a los más pobres el segundo buscó servir siempre a Cristo. Tenemos, por una parte, a «una joven, hija de familia [aristocrática], estudiante, carmelita descalza que fallece con apenas 19 años y [por otra, a] un sacerdote jesuita que se dedica incansablemente a múltiples actividades: reza, estudia, realiza labores apostólicas, ofrece retiros, dirige espiritualmente, enseña, despierta el sentido social, preside la Acción Católica, funda el Hogar de Cristo, crea la revista *Mensaje*, organiza la Asociación Sindical Chilena, estimula y practica los valores sociales y que muere a los 51 años».⁷ La diferencia, sin embargo, no puede hacernos olvidar que un mismo espíritu animaba a ambos: los dos son, sobre todo, tal como lo manifiestan sus escritos, unos enamorados de Jesús.

La vida de santa Teresa de Jesús de los Andes (conocida antes de ser carmelita como Juanita Fernández Solar) puede compararse en muchos puntos con la de la santita de Lisieux; una vida oculta y sencilla, toda entera consagrada a Jesús. Nacida en una familia cristiana, pronto comenzó a sentir el deseo de pertenecer totalmente a Jesús. En su primera comunión, que hizo en su colegio del Sagrado Corazón, tuvo su primera experiencia mística. Su vida desde entonces perteneció por entero a Dios. Dejó su casa para ingresar al Carmelo poco antes de cumplir los 19 años y hasta entonces permaneció con su familia disfrutando de todo aquello que en su ambiente se le ofrecía, siendo un ejemplo de armonía entre lo natural y lo sobrenatural. En el Carmelo no alcanzó siquiera a vivir un año completo (hizo sus votos *in articulo mortis*) y, sin embargo, el convento fue «su cielo en la tierra», el lugar de su desposorio con Cristo. Santa Teresita de los Andes fue una maestra de oración, no tanto porque tratara sistemáticamente sobre ella, sino porque en sus escritos, manifestando su propia experiencia y las gracias místicas que recibió del Señor, nos muestra cómo debemos acercarnos a Dios.

La vida del padre Hurtado corrió por caminos bien diversos. Nacido en el campo, pronto tuvo que irse a la capital por problemas económicos, debidos a la muerte de su padre, a la casa de sus parientes con su madre y su hermano poco menor que él. Después de acabar sus estudios en el colegio de los jesuitas decidió estudiar Derecho en la Universidad Católica.

Ya en esos años mostró su gran amor por los más pobres, consecuencia de su amor a Cristo. Tal como lo manifestó luego quien fuera su director espiritual: «su vida de unión con Jesucristo le llevaba, le arrastraba, hacia los que sufren». Durante todos sus años universitarios se pregunta constantemente: ¿qué quiere Dios para mí? En la fiesta del Sagrado Corazón (acabados sus estudios), decide ingresar en el noviciado jesuita. Su tiempo de formación lo comienza en Chile y posteriormente lo completa en Argentina, Sarrià (Barcelona) y Lovaina.

Ordenado sacerdote, vuelve a Chile, donde desarrolla un apostolado incansable en múltiples ámbitos de la vida social, sobre todo cuidando de los pobres que más lo necesitaban. Pero «su último testimonio, tal vez el más elocuente, es su enfermedad y su muerte [...]. Cuando conoce la noticia de su inminente muerte, el padre Hurtado exclama: ¡cómo no voy a estar contento! ¡Cómo no estar agradecido con Dios! En lugar de una muerte violenta me manda una larga enfermedad para que pueda prepararme; no me da dolores, me da el gusto de ver a tantos amigos, de verlos a todos. Verdaderamente, Dios ha sido para mí un Padre cariñoso, el mejor de los padres».⁸ Murió el 18 de agosto de 1952, y desde entonces ha ido creciendo en Chile (y en muchas partes del mundo) la devoción a este santo jesuita. Tal fue su labor que en las vísperas de su canonización el entonces presidente de Chile, Ricardo Lagos, afirmó que «el padre Hurtado enriquece a la nación chilena y enriquece también a toda nuestra América. El padre Hurtado se convierte en un Padre de la Patria del siglo XX».

Una mirada hacia atrás

A modo de conclusión breve de estas líneas queremos simplemente volver a destacar cómo la fe (vivida muchas veces en grado heroico) ha sido un elemento fundamental en la constitución y desarrollo de las nacientes naciones americanas, lo cual se manifiesta tanto en los que se esforzaron por transmitir la verdad del Evangelio en los primeros siglos y los que la aceptaron haciéndola norma de vida, como en aquellos que en el siglo pasado, aunque de diverso modo, se entregaron completamente a Cristo. Hemos señalado sólo algunos casos, pero no hay que olvidar que no son casos aislados, sino la «natural resultancia» de la presencia de la fe en la vida de un pueblo.

7. SÁNCHEZ CORREA, E., «Semblanzas en paralelo: Juanita Fernández y Alberto Hurtado», en *Humanitas* 39 (2005).

8. FERNÁNDEZ EYZAGUIRRE, S.,: *Un disparo a la eternidad. Retiros espirituales predicados por el padre Alberto Hurtado*, S.J. (Santiago de Chile 2002) 22.

La Iglesia y la educación en América. De la Cristiandad a la ruptura ilustrada

SEBASTIÁN SÁNCHEZ

DESDE el segundo viaje de Colón en 1493 la Iglesia se hizo presente en el Nuevo Mundo a través de los misioneros regulares y seculares. Poco menos de un siglo después, una vez consolidada la *implantatio Ecclesiae*, las Indias formaban parte de la Cristiandad, merced a la evangelización y la educación civilizatoria emprendidas.

A mediados del siglo XVIII, la llegada de la Ilustración de la mano del regalismo borbónico, puso en crisis la evangelización y el sentido último de la tarea misional de la Iglesia y la Corona española.

En este sencillo artículo trataremos algunas cuestiones sobre la educación en el periodo de la Cristiandad indiana para finalizar con algunas notas sobre la ruptura que la Ilustración produjo en esa tarea evangelizadora y pedagógica.

La Iglesia y su actividad pedagógica

Es propio de la Iglesia el enseñar. Sólo ella, merced a la serie ininterrumpida de los obispos, está unida a Cristo y los Apóstoles. Sólo ella predica, al igual que el divino Maestro, como alguien que «tiene autoridad» (Mt 7,29).

Categoricamente impelida a predicar, la Iglesia lleva adelante una actividad pedagógica que eleva a la persona y convierte al hombre en aquél «que ha apartado de sí todo egoísmo y extiende su pequeño y estrecho corazón al sagrado templo de Dios». ¹ Por ello para la Iglesia la educación no es mera acumulación de saberes prácticos destinados a desenvolverse en la vida cotidiana ni, mucho menos, mero afán de acumulación enciclopédica. Lejos de tal pragmatismo utilitarista, la Nave de Cristo entiende la educación como medio de humanizar al hombre ennobleciéndolo y elevándolo a lo trascendente.

Afirma Caponnetto que para el cristiano el aprendizaje de la lectura y la escritura es un modo de «iniciación al Misterio del Verbo, una participación en la sacralidad del orden creado». De ahí el sentido de la educación como «propedéutica a la vida de la Palabra». ²

El hecho es que, implantada la Iglesia entre los gentiles americanos, tanto evangelización como educación se hicieron imperativas. En tal sentido «no hay, pues, dos etapas, primero humanizar, luego evangelizar. Mientras evangelizo estoy humanizando, educando. Así ha sucedido a lo largo de toda la historia de la Iglesia». ³

Y así sucedió en la evangelización llevada a cabo por la Iglesia en Indias.

Estado espiritual de la América descubierta

AMÉRICA, la «bien donada», cedida a la España de los Reyes Católicos con el precepto evangelizador, fue descubierta por la Iglesia y la Corona con irrenunciable afán misional.

La donación pontificia del valenciano Alejandro VI, incluyó ya un doble mandato evangelizador y educador pues ordenaba enviar a estas tierras «[...] varones probos y temerosos de Dios, doctos, instruidos y experimentados para adoctrinar a los indígenas y habitantes dichos en la fe católica e imponerles en las buenas costumbres» (bula *Inter caetera* [1493]).

Ahora bien, ¿cuál era el estado del Nuevo Mundo en el momento del Descubrimiento? En principio se hallaban aquí formaciones culturales, sociales y políticas consolidadas, sobre todo en las civilizaciones mesoamericanas y andinas. Asimismo, existían aspectos religiosos respetados por la Iglesia en la medida que contenían semina verbi que podían contribuir en el camino hacia la Verdad. El hombre prehispánico, en tanto hombre, posee el primer principio del orden práctico, devenido de la ley natural: hay que obrar el bien.

Pero es preciso señalar, tal como explica Caturelli siguiendo al Aquinate, que en muchas costumbres indígenas se evidenciaba la corrupción de la ley natural «hasta el punto de juzgar buenas las cosas que son naturalmente malas». ⁴ Porque no puede eludirse el hecho de que la Iglesia halló en Indias un panorama signado por la ignorancia res-

1. Karl ADAM: *La esencia del catolicismo*, Buenos Aires, San Pablo, 2013, p. 217.

2. Antonio CAPONNETTO: *Lenguaje y educación*, Buenos Aires, Scholastica, 1993, pp. 199-200.

3. P. Alfredo SAENZ: *Evangelizar desde la cátedra*, Guadalajara, PAC, 2002.

4. Cf. Alberto CATURELLI: *El Nuevo Mundo*, Buenos Aires, Santiago Apóstol, 2004, p. 241.

pecto de la Cruz, de la que se seguía un maltrecho estado espiritual.

En efecto, la América precolombina tenía una religiosidad inmanente, naturalista, idolátrica y nigromántica en el que la corrupción de la ley natural se manifestaba en una serie de costumbres aberrantes. Así, el holocausto de seres humanos como víctimas ofrecidas a los dioses, la antropofagia, la esclavización de los pueblos, el sojuzgamiento de la mujer, el incesto, la poligamia, la embriaguez y la sodomía eran prácticas no sólo comunes sino aceptadas y hasta socialmente valoradas.

Ante esta situación espiritual calamitosa, sujeta de suyo a la lógica del maligno que señalara Juan Pablo II, sólo cabía una corrección centrada en dos ejes vertebrales: la evangelización y la educación civilizatoria.⁵ Vale decir: unir a los hombres en Cristo para su salvación y transmitirles culturalmente la Palabra fundante que permitiera la unidad en la diversidad.

Este doble proceso se hizo entendiendo siempre, con santo Tomás, que lo recibido se recibe al modo del recipiente, pero sin resignar un ápice del mandato evangelizador de conversión pues «los misioneros no vinieron a bautizar las peculiaridades culturales de América, sino a convertir a los hombres que las vivían».⁶

Llegados a este punto es preciso reconocer que la conciencia descubridora de la Iglesia tuvo cuatro notas esenciales: mariana, misional, evangelizadora y educadora.

Evangelización y educación en las Indias

SEÑALADO ya el carácter solidario entre evangelización y educación civilizadora se entiende por qué fue la Iglesia, flaqueada por el fervor misional de la Corona, la protagonista en la impartición de la enseñanza en Indias.

«Esa enseñanza fue católica –dice Vicente Sierra–. Lo era y no podía dejar de serlo, no por meras circunstancias de tiempo sino por sino imperial ineludible. Unidad de ciencia católica y espíritu moral de disciplina y servicio son los elementos del sentido imperial que predomina en el siglo XVI y gran parte del siglo XVII».⁷

Lo cierto es que la Iglesia puso a disposición sus mejores obreros espirituales en la tarea de evangeli-

zar y educar al Nuevo Mundo y los orientó a través de los concilios celebrados en México y Perú. De entre estos los principales son el III de México y el III Limense pues representan la recepción indiana del Concilio de Trento. En el mismo sentido, la política educativa de la Corona inició tempranamente y evidenció un amplio entramado político-legislativo extendido desde la *Instrucciones de los Reyes Católicos a Nicolás de Ovando* en 1503 hasta la *Recopilación de las Leyes de Indias* de 1680 pasando por las *Leyes de Burgos* (1512) y las *Leyes nuevas* (1542), por sólo dar algunos ejemplos.

Ahora bien, ¿cuáles fueron las características de la educación en Indias? La tarea pedagógica se desarrolló en tres niveles: elemental, preparatorio y universitario.

La educación primaria se desarrolló rápidamente merced a la acción fundadora de las diversas órdenes religiosas.⁸ Así, por sólo dar el ejemplo mexicano, los frailes dominicos, franciscanos y mercedarios habían fundado doscientas escuelas elementales a fines del siglo XVI y éstas ya superaban las ochocientas poco más de un siglo después. El Virreinato del Perú no le iba en zaga, sobre todo durante el gobierno de Francisco de Toledo, en cuya administración se fundaron sesenta escuelas primarias. En 1580, la llegada de los religiosos de la Compañía de Jesús en 1580 amplió y profundizó todo este entramado educativo.

¿Y qué instrucción se brindaba en estas escuelas elementales? Pues, en principio la dura labor de enseñar a leer y escribir a los indígenas. Los misioneros debieron aprender la lengua de los naturales para poder elaborar vocabularios y gramáticas que hicieran posible dicha docencia. Las gramáticas, sermonarios y prácticas de confesionario que en los idiomas indígenas escribieron los religiosos son numerosísimos. Al respecto, y como un ejemplo entre muchos, puede citarse la *Cartilla para aprender a leer*, redactada por fray Pedro de Gante –hermano lego franciscano y primer educador de México– que se imprimió en 1569, y que estaba en castellano, latín y náhuatl.

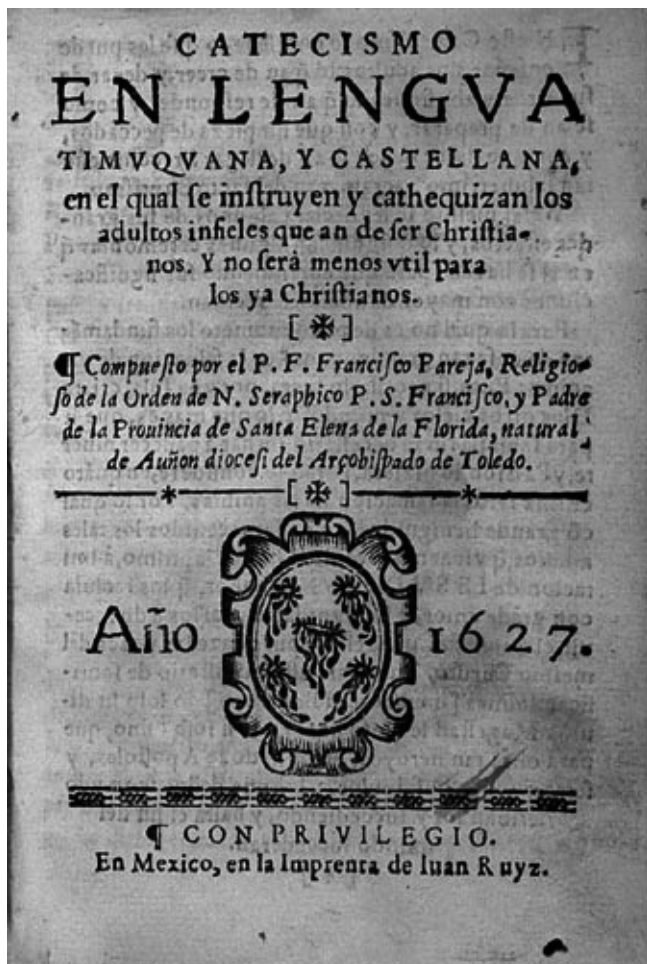
Porque resultaba esencial, y esto generó no pocas controversias entre los teólogos y misioneros, saber en qué idioma educar y evangelizar. Se pensó primero en el latín, como lengua unificante, más tarde en el castellano, y finalmente en las lenguas vernáculas. Por eso, los misioneros tuvieron el primer desafío de aprender las lenguas indígenas pues, como dice el padre Sáenz, «el lenguaje temporal expresaba el estadio propio de la conciencia indígena y en él habla de ‘encarnarse’ el Verbo, ‘habitar’ y

5. Pedro BORGES MORÁN: *Misión y civilización en América*, Madrid, Alhambra, 1987.

6. Miguel CRUZ: *El bautismo de América*, Tucumán, Grupo de Estudios del Tucumán, 1988, p. 51.

7. Vicente SIERRA: *El sentido misional de la conquista de América*, Buenos Aires, Dictio, 1980, p. 529.

8. En los datos que siguen, tomamos la obra del padre Constantino BAYLE: *España y la educación popular en América*, Madrid, Editora Nacional, 1941, pp. 311 y ss.



hacerse indio. Solamente así había de desmitificar su mundo y, asumiéndolo, transfigurararlo en su nuevo ser cristiano». En ese sentido, puede decirse que la lingüística –originada en la obra con sentido imperial de Nebrija– adquirió así una función nítidamente evangelizadora.

Mas la enseñanza no se limitaba a la lectura y escritura. Se formaba también en habilidades u oficios para la vida cotidiana. Vale el ejemplo del mismo Pedro de Gante (¡primo hermano de Carlos V!) que fundó en México la Escuela de San Francisco de artes y oficios que formó a generaciones de indígenas en oficios como zapatería, sastrería o herrería, pero también en artes como el latinismo, la música o la pintura. En Perú esta escuela encontraría análogo en el colegio de San Martín, fundado por el gran teólogo del III Concilio Limense, el jesuita José de Acosta. Allí se educaron muchos indígenas que ejercieron su magisterio incluso entre los mismos criollos y españoles. ¡Qué diferencia abisal la de estas escuelas con las actuales escuelas de ciencias y artes!

Por otra parte, la educación secundaria tenía por esencial finalidad la preparación para los estudios superiores. La primera fundación data de 1536 y es también mexicana: el colegio de San Juan de Tlatelolco, enteramente destinado a los indios que obtuvieron así educación sistemática aún antes que

criollos y peninsulares. En Perú, el virrey Toledo fundó dos colegios de educación media, uno en el Cuzco y otro en Lima. Ambos estaban destinados a españoles, mestizos e indígenas.

La enseñanza secundaria comprendía trivium y cuadrivium, es decir estudios de gramática, retórica, lógica, aritmética, geometría, astronomía y música. Como se ve, nada que envidiar a la educación de la Europa de la época.

Capítulo aparte merece el examen de las virtudes y competencias que debía tener el maestro, fuera éste laico o clérigo. Mencionemos solamente que a rajatabla se les prohibía ser comerciantes o evitar el examen por parte de los oficiales del gremio.⁹

Por último dos palabras sobre la educación superior, es decir los seminarios y las universidades. Hacia mediados del siglo XVI varias ciudades –como Santo Domingo, México y Lima– contaron ya con universidad, colegios e imprenta. Seguirían luego Córdoba, Chuquisaca, Santa Fe de Bogotá, Cusco, La Habana y Quito. En esas universidades se erigieron las primeras cátedras de lenguas indígenas y allí se imprimieron gramáticas y catecismos destinados a la educación evangelizadora. Pero fundamentalmente estos centros de estudios, sumados a los Colegios mayores, impartían las carreras presentes en las universidades europeas: teología, jurisprudencia, los dos derechos (civil y canónico), medicina y artes (es decir, las humanidades de hoy).

Pero más allá de este brevísimo itinerario por el sistema educativo indiano, es menester señalar, como quedó expresado arriba, que estos conocimientos fueron impartidos paralelamente a la doctrina cristiana, pues lo propio de la educación en América era propiciar los medios de civilización que hicieran asequible la salvación, sólo posible en el interior de la Iglesia de Cristo.

Así las cosas, la Iglesia focalizó su acción educativa en Indias en tres grandes tipos de conocimientos: en primer lugar, los hábitos técnicos ordenados al dominio de las cosas; en segundo lugar, el conocimiento sumario de la naturaleza viva, plantas y animales y, finalmente, la realidad espiritual, la comprensión del hombre en tanto creatura, *capax Dei*, llevado a perfeccionar su naturaleza a través de hábitos y virtudes inculcados.

En virtud del doble proceso evangelizador y educador, hacia fines del siglo XVII, apenas dos siglos después del Descubrimiento, el mundo indiano ya formaba parte inescindible de la Cristiandad. Se aproximaba, no obstante, una nueva tempestad que azotaría a la Iglesia de Cristo.

9. Cf. FRANCISCO MORALES PADRÓN: *Historia de América*, Madrid, Espasa-Calpe, 1975, t. II, pp. 657 y ss.

La Ilustración y la ruptura de la educación evangelizadora

CON la extinción de la dinastía Habsburgo en España y la guerra de Sucesión, España —y con ella los reinos de Indias— quedó bajo la égida de los Borbones. No fue éste un simple cambio dinástico sino el advenimiento de una forma mentis caracterizada por un naturalismo enciclopédico y regalista que impregnó desde aquél momento todos los asuntos españoles.

La llegada de los Borbones, que implicó un regalismo desnaturalizador de la monarquía tradicional, tuvo además el signo de la cultura ilustrada cristalizada de la mano de hombres de clara impronta masónica como Aranda, Floridablanca y Campomanes, de clara raigambre masónica.

Así, fueron muchos los que en la recién erigida dinastía partieron de una dicotomía, de una antítesis: la del fermento ilustrado frente a lo que consideraban el anquilosamiento de la tradición. Así, la ilustración en España se volvió contra España misma. La monarquía, desvinculada de lo religioso, privilegió el espíritu práctico y secular, haciendo triunfar lo prosaico sobre lo sublime, la utilidad sobre la verdad, lo laico sobre lo religioso y lo inmanente sobre lo trascendente.

Ante semejante contexto, es claro que la evangelización y la educación indiana no escaparían a la declinación campante. Para empezar, el extrañamiento de la Compañía de Jesús en 1767 y, poco después su extinción (por influencia de Floridablanca ante el papa Clemente XIV) en 1773, significó un duro golpe para la educación evangelizadora. La empresa del extrañamiento, de clara raíz volteriana, implicó para España y sus reinos americanos un daño difícil de reparar, una suerte de «acto suicida, que contrariaba toda la tradición nacional y destruía la llave de la cultura espiritual común que antes había unido a España con la Europa barroca y que aún unía a España con su imperio colonial».¹⁰

Con los jesuitas expulsos las Indias pierden el sentido de unidad de la cultura y se inicia la fragmentación y multiplicación de los «discursos» sobre la verdad. Porque la Ilustración partió de una serie de defecciones y renunciaciones: abandono de la metafísica, rechazo de la verdad revelada y de la Tradición de la Iglesia y renuncia a los ideales religiosos, místicos, caballerescos y trascendentes en general.

Quizás, si se buscan acontecimientos de ruptura, la educación en Indias sufrió una quiebra irrecuperable a partir de los *Discursos sobre la educación popular* (1775) del conde de Campomanes. Allí se evidencia el cambio profundo que paulatinamente ha de sufrir la enseñanza que, con la priorización de

los «saberes útiles»,¹¹ reduce la verdad al mero beneficio.

La Ilustración propuso estos saberes prácticos en el marco del combate contra la fe, la ruptura de la tradición, la imposición de una educación sujeta al Estado y desprendida de la Iglesia. La clausura, en suma, del ímpetu evangelizador.

Dice Rafael Gamba que la Ilustración que se enseña del siglo XVIII percibió la religión como «visiones burdas, representaciones populares de una más profunda verdad, que es la comprensión racional, científica, del universo».¹² Partiendo de ese prejuicio ideológico los ilustrados creyeron necesario, como quería Kant, proponer la mayoría de edad propia del descastado, del que niega y defenestra a sus mayores.

No queremos ser taxativos. No decimos que desapareció la Iglesia en América, ni su esencia predicadora ni su voluntad educacional. Lo que señalamos es que Iglesia y Corona perdieron en el siglo XVIII, y hasta el día de hoy, el carácter misional que los caracterizara. Se trata por tanto, como enseña Maeztu, de una «misión interrumpida», de una Hispanidad inconclusa.¹³

En materia estrictamente educativa, el problema de la educación ideologizada de la Ilustración no es *per se* el contenido de las materias, es decir, el divorcio entre asignaturas religiosas y profanas, sino principalmente la disolución entre el espíritu cristiano y la educación en general. El problema no es estudiar biología, astronomía o geometría, sino que esas disciplinas sean impartidas ignorando la luz de la Verdad divina que las informa.

La ruptura de la modernidad ilustrada, prolongada y profundizada hasta nuestros días, es aún mayor en la medida en que sean los propios miembros de la Iglesia, los mismos educadores eclesiales, quienes renuncien a la identidad entre educación y evangelización. Si la Iglesia renuncia a evangelizar y a educar en la Verdad pierde su esencia. Si la Iglesia se homologa con el mundo, como enseña Gamba en *El silencio de Dios*, si se disimula en lo temporal, entonces deja de ser Madre y Maestra para convertirse en una organización más de la sociedad civil que propone el demoliberalismo.

10. Christopher DAWSON: *El movimiento de la Revolución mundial*, Buenos Aires, Huemul, 1963, p. 65.

11. La cuestión de los «saberes útiles» se evidencia también en la más tardía *Memoria sobre la educación pública*, de Gaspar DE JOVELLANOS, del que sin embargo ha de salvaguardarse su espíritu patriótico y religioso.

12. Rafael GAMBRA: «Patriotismo y nacionalismo», CRISTIANDAD, núm. 160, 1950, p. 507.

13. Ramiro DE MAEZTU: *Defensa de la Hispanidad*, Buenos Aires, Poblet, 1952, pp. 301 y ss.

El indigenismo cristiano desviado

JOSÉ MARÍA IRABURU

LA Iglesia católica viene sufriendo en la América hispana ataques muy fuertes, sobre todo desde que sus diversas naciones alcanzaron la independencia. El liberalismo fue y es allí una gran fuerza descristianizadora; como lo son la masonería y las innumerables sectas, en gran parte procedentes del norte. También lo ha sido la teología de la liberación, nacida en sus ideas sobre todo en Europa, como ya indicó el cardenal Ratzinger en su *Informe sobre la fe* (1984).

A todas esas fuerzas hostiles a la Iglesia se añade desde hace unos veinte años un indigenismo cada vez más agresivo, no sólo en el mundo civil (Evo Morales y Cía.), sino dentro de la misma Iglesia, lo que es mucho más dañino. Buena parte de sus promotores proceden de la teología de la liberación.

El indigenismo cristiano puede significar muchas cosas diversas y aun contrarias, unas buenas y otras malas. Puede ser inculturación de la fe, concretamente en la liturgia. Puede ser en un pueblo el aprecio por las tradiciones culturales y religiosas anteriores al cristianismo. En este artículo, necesariamente breve, me limitaré a tratar del indigenismo doctrinal desviado, el más peligroso. Y lo haré expresándolo primero gráficamente en el caso de un libro concreto.

* * *

Con bastante retraso llegó a mis manos un gran libro, *El encuentro de la Virgen de Guadalupe y Juan Diego* (ed. Porrúa, México 2001, 608 págs., 4ª ed.; la 1ª fue en 1999). Es una de las obras más documentadas sobre el tema. En su origen está una Comisión promovida por la Congregación para las Causas de los Santos, preparando la beatificación y canonización del indio Juan Diego.

Presidente de la Comisión: doctor padre Fidel González Fernández (Urbaniana y Gregoriana). Entre otros expertos auxiliares cabe destacar al doctor padre Eduardo Chávez Sánchez y al licenciado padre José Luis Guerrero Rosado. Son los tres autores que firman el libro que ahora comento. Prologa la obra el cardenal Norberto Rivera, arzobispo de México.

Esta gran obra es, sin duda, el fundamento documental e histórico que mejor reúne los datos históricos y los argumentos más consistentes en favor de las apariciones de la Virgen María en Guadalupe y

de la santidad del indio Juan Diego. En la obra son innumerables los valores y «descubrimientos». Entre otros, se reconoce que «el nombre de Guadalupe no es náhuatl, sino netamente español» (185). La Virgen, en efecto, «venía a unir a los dos pueblos, pues quería que su imagen, tan manifiestamente india, llevase un nombre totalmente español: Santa María de Guadalupe» (210). El libro, como esta valiosa consideración, tiene muchas.

* * *

Lamentablemente la obra, sin embargo, abunda en desviaciones teológicas a veces muy graves, que comprobaremos con algunos textos, en los que las cursivas serán normalmente mías.

—Los misioneros no llegaron a conocer, dicen, que el concepto que aquellos indios tenían de Dios «era tan definido, tan depurado y tan rico en su sentido ontológico que *podría equipararse —y superar— al pensamiento europeo de su época*» (155); es decir, al pensamiento cristiano sobre Dios, el formulado en Escritura, Padres y Concilios. La religiosidad náhuatl, sostienen los tres autores, no era propiamente politeísta, aunque diera nombres diversos a Dios. En realidad creía en un solo Dios y Señor. Y ese monismo integrador de diversos aspectos de la divinidad «*contradice tanto y tan poco al principio monoteísta como la Trinidad cristiana*» (156).

El nombre que daban a Dios como *Tlayocoyani*, el que se crea a sí mismo, era un «nombre pasmoso, más rico que nuestra palabra Creador, que demuestra que los *tlamatinime* alcanzaron *las máximas alturas a que ha podido llegar la mente humana en su reflexión sobre Dios*» (159). Más aún, «*su idea de Dios era tan o más cristiana que la de sus evangelizadores*» (518).

—Los sacrificios humanos, según sus ideas religiosas, venían exigidos por el orden cósmico: «la sangre, por tanto, el “Agua Divina”, era una necesidad tan imprescindible como el alimento y el aire, y debía procurarla a los dioses por un doble motivo», el agradecimiento y la propia conveniencia (522). «Detrás de esos mitos había una lógica impecable [...] Era lógico, pues, que *no vieses el sacrificio como un asesinato, sino como un privilegio: un favor de parte de quien lo ejecutaba, que venía siendo por ello un bienhechor insigne, y una gracia para quien lo recibía*» (523).

Esto explica en parte que los aztecas vivieran «en una sociedad poligámica porque las continuas guerras [para conseguir víctimas para los sacrificios] diezmaron su población masculina provocando que hubiese mucho más mujeres que varones» (534).

—Los cultos sacrificiales aztecas no eran en modo alguno inspirados por el diablo. En la visión religiosa mexicana, «ni el politeísmo era tal, ni los sacrificios humanos un culto diabólico incompatible con la rectitud moral. Uno y otros eran expresiones, todo lo erradas que se quiera, pero coherentes y válidas en su buena fe, de su incondicional entrega a Dios, que fue eso: absoluta, incondicional, desbordante, quizá el caso más completo que conoce la historia de un pueblo todo entero que se entrega tan por entero al servicio de Dios» (523).

Todos los misioneros y cronistas, también Las Casas —Motolinia, Mendieta, Sepúlveda, Sahagún, Durán, López de Gómara—, pensaban que detrás de tales aberraciones colectivas tenía que estar la acción de Satanás, padre de la mentira (524-525). Pero todos ignoraban «la irrefutable razón moral de que no puede pecar quien actúa de buena fe. Todo esto era y es obvio, pero Mendieta no lo podía ver entonces, ni lo pudo ver jamás; ni hasta antes del Vaticano II lo pudimos ver nosotros» (518). El mismo padre Acosta, tan comprensivo, ante aquellos horrores «considera no que Dios viera con paternal complacencia esa entrega en total buena fe, sino que, efectivamente, el Demonio conseguía subyugar a maravilla a sus víctimas» (137).

La evangelización, según estas malinterpretaciones de los misioneros, se presentaba, pues, a juicio de estos tres autores, como una misión imposible, como el enfrentamiento de dos religiosidades inconciliables. Y «sin embargo, ese problema no era el peor; el peor era que los mexicanos estaban, si cabe, aun más convencidos de su verdad que los españoles de la suya»... (526).

—Pero en realidad esa inconciliabilidad era falsa. Cuando Juan Diego recibe la maravillosa aparición de la Virgen de Guadalupe, «en ese instante captó que no existía oposición ninguna entre su religión y cultura ancestrales y su fe cristiana, antes culminación entre su antigua fe, la de «los antiguos, nuestros antepasados, nuestros abuelos» y lo que como cristiano está recibiendo en ese momento... Aquí Juan Diego capta en seguida lo que luego le dirá la Virgen Santísima: que no hay contradicción, antes culminación, entre su antigua fe» y el cristianismo (176, nota). La excelsa religiosidad azteca vino a ser completada y premiada por el Evangelio.

El acontecimiento guadalupano, con la Virgen mestiza, venía a significar para los indios una «ple-

na aceptación de su heroico pasado y aliento y esperanza de un condigno futuro» (192). Podían, pues, seguir con la Regla de Vida de sus antepasados «y no cambiándola, sino dándole plenitud! (Mt 5,17)» (195).

Antes de las apariciones de la Virgen de Guadalupe el desconcierto de aquellos indios era absoluto, cuando los misioneros les hablaban de su venerada religión como de un culto falso, abominable y diabólico. «Sin embargo, aunque ya no pensemos así y estemos seguros de que tales héroes del pensamiento y cumplimiento religioso se salvaron todos, todavía podemos preguntarnos: ¿Cómo es posible que, aunque no haya sido sino a nivel temporal, haya podido Dios corresponder a la máxima fidelidad que en toda la historia le ha tenido pueblo alguno, bien que a través del error, entregándolo [en la conquista y evangelización del XVI] a la muerte, a la destrucción y a la esclavitud?» (163). Sólo Guadalupe responde adecuadamente esa pregunta.

—El ayate prodigioso de Juan Diego, sólo ahora, cuatro siglos más tardes, ha podido ser entendido como un código pictográfico evangelizador, que trae un mensaje nuevo y maravilloso (189ss). Aunque la tarea, sin duda, es muy difícil, nuestros tres autores intentan traducir el lenguaje pictográfico del milagroso ayate, apreciando en cada uno de sus numerosos signos una declaración de la perfecta continuidad entre la religiosidad azteca y la cristiana. Sólo cito aquí un dato:

...«el toque más indio del cuadro [aparecido en el ayate] es el ángel que sostiene a la Señora», que en la iconografía europea no significaría más que un querubín decorativo, mofletudo y sonrosado. «Sin embargo, si hacemos el intento de observarlo con mente india [...] lo primero espontáneamente que asociaríamos con su calidad de ser emplumado sería, por supuesto, a la «Serpiente Emplumada», a *Quetzalcóatl*»... (198-199).

Más aún: si nos fijamos en esas alas del ángel, que son también puñales rojos y blancos, advertimos que «se trata de Itzpapálotl: “La Mariposa de Obsidiana”, deidad del sacrificio y de la penitencia, cuya misión era subir hasta los dioses los corazones y el *chalchíhuatl* humanos que se les ofrendaban. O sea que la máxima expresión de la piedad indígena, que los frailes denostaban como nada más que crímenes y oprobio, ¡figura aquí también como introductora de la Reina del Cielo!» (200).

«Reuniendo, pues, todos esos cabos sueltos y «traduciendo» el mensaje completo, nos encontramos con algo casi imposible de admitir, pero aún más imposible de negar [...] Que su antigua religión había sido buena, que había nacido de Dios y los había elevado a merecer su amor y su premio, que era

lo que ahora precisamente recibían, promoviéndolos a algo sin comparación superior: «¡Bien, siervo bueno y fiel!, en lo poco fuiste fiel, a lo mucho te elevaré: ¡Entra en el gozo de tu Señor!» (Mt 25,21)» (201-202).

«¡Y eso había sucedido! Eso les decía la imagen de la Señora del Cielo, y eso había sido *mérito de ellos y de sus antepasados, por su fidelidad absoluta*, aún a través de máscaras y sueños» (203). Al evangelizar a los mexicanos, Dios premia su absoluta entrega y fidelidad religiosas: «*Ometéotl* tomó la iniciativa de venir Él al indio, *reconocer y magni-*

ficar su fidelidad heroica y ofrecerle premiársela con las más apoteótica de las coronas: ¡Convidarle a ser hijo de su propia Madre!» (164).

* * *

El fuego de estos grandes errores, no apagado en su inicio, se ha extendido mucho, aunque en grados muy diversos, hasta dar lugar a un incendio grande. Ya en el modo de algunas –no todas– celebraciones del quinto centenario de la evangelización de América (1992) podían apreciarse las brasas.

Jesucristo es el Señor de la Historia

En efecto, las carabelas del almirante Cristóbal Colón zarparon del Puerto de Palos, España, bajo la égida de los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, el 3 de agosto de 1492 y el 12 de octubre arribaron a las tierras del nuevo continente, que después se llamaría América.

El primer encuentro de los europeos con los pueblos del continente americano tuvo lugar en la isla de Guanahaní, situada en el actual archipiélago de Las Bahamas y que Colón llamó San Salvador, nombre cargado de profundo significado cristiano y que dejaba entrever el proyecto de la futura inmediata evangelización. En efecto, ésta comenzó propiamente con el segundo viaje de Colón, en el que ya algunos misioneros formaban parte de la expedición. Y así, el día 6 de enero de 1494, fray Bernardo Boyl, designado vicario apostólico del Nuevo Mundo, celebró la primera misa solemne en América.

Estas noticias, que nos dan las crónicas con datos precisos, son parte de una historia fascinante. Compete a los historiadores el seguir profundizando sobre unos acontecimientos que han marcado un hito importante en la vida de la humanidad. Si bien, por encima de estos datos, la Iglesia proclama siempre que Jesucristo es el Señor de la Historia: «Cristo ayer y hoy. Principio y Fin. Alfa y Omega. Suyo es el tiempo y la eternidad. A Él la gloria y el poder por los siglos de los siglos», palabras que hemos pronunciado en la liturgia de la Vigilia pascual.

Como Sucesor de Pedro, deseo proclamar hoy delante de ustedes que la historia está dirigida por Dios. Por ello, los diversos

«eventos» pueden convertirse en «oportunidades salvíficas» (*kairós*), cuando en el curso de los siglos Dios se hace presente de un modo especial. Ante los nuevos horizontes que se abrieron el 12 de octubre de 1492, la Iglesia, fiel al mandato recibido de su divino Fundador (Cf. Mt 28, 19), sintió el deber perentorio de implantar la Cruz de Cristo en las nuevas tierras y de predicar el mensaje evangélico a sus moradores. Esto, lejos de ser una opción aventurada o un cálculo de conveniencia, fue la razón del comienzo y desarrollo de la evangelización del Nuevo Mundo.

Ciertamente, en esa evangelización, como en toda obra humana, hubo aciertos y desatinos, «luces y sombras», pero «más luces que sombras» (Cf. Carta apostólica *Los caminos del Evangelio*, 8), a juzgar por los frutos que encontramos allí después de quinientos años: una Iglesia viva y dinámica que representa hoy una porción relevante de la Iglesia universal. Lo que celebramos este año es precisamente el nacimiento de esta espléndida realidad: la llegada de la fe a través de la proclamación y difusión del mensaje evangélico en el Continente. Y lo celebramos «en el sentido más profundo y teológico del término: como se celebra a Jesucristo (...) el primero y más grande Evangelizador, ya que Él mismo es el «Evangelio de Dios»» (cf. Ángelus del 5 de enero de 1992).

Juan Pablo II: discurso a los participantes en el Simposio internacional sobre la historia de la evangelización de América (14 de mayo de 1992)

Historia de la devoción a Nuestra Señora de El Pueyo

FERNANDO PUEYO TOQUERO

EN la comarca del Somontano en la provincia de Huesca, a cuatro kilómetros de la ciudad de Barbastro se eleva una empinada colina sobre la cual se erige el monasterio de Nuestra Señora de El Pueyo. Dicho santuario ha tenido sobre las comarcas circundantes una importancia capital llegando a ser el más importante de toda la provincia.

Dice la tradición que al poco de ser reconquistada Barbastro a los musulmanes por el rey Pedro I de Aragón (año 1100 d.C) vivía en la zona un humilde pastor de nombre Balandrán. Este hombre era conocido por todo el mundo por su virtud y celo religioso. Una noche, mientras descansaba y oraba junto a su rebaño en la cima del monte, súbitamente un gran ruido perturbó al pastor. Asombrado y temeroso por el sonido de aquellos ecos armoniosos y rumor de gentes, quedó absorto hasta que oyó una voz celestial que le llamaba por su nombre. Finalmente, levantándose se acercó a un almendro donde vio a Nuestra Señora en lo alto, acompañada por multitud de ángeles y llena de celestiales resplandores.

La Madre de Dios le dijo a Balandrán que era de su agrado que en el mismo lugar donde se encontraba se levantase un templo donde su nombre fuese venerado, debiendo el mismo pastor ir a la ciudad de Barbastro y ponerlo en conocimiento de sus moradores. Fue entonces Balandrán a la cercana localidad donde proclamó a los cuatro vientos el suceso. Como milagroso testimonio de la aparición, en su frente se pudieron ver durante tiempo con celestial resplandor las marcas de los purísimos dedos de María.

Con tales testimonios, y siendo Balandrán un hombre de probada virtud, todos los barbastrenses creyeron rápidamente en el milagro y subieron en alegre procesión al cerro. Y cuál no sería su sorpresa cuando al señalarles el pastor el almendro donde la Virgen María se había aparecido, encontraron una preciosa imagen a la cual veneraron a partir de entonces con fervoroso celo.

Se edificó entonces una iglesia bajo la dirección del obispo de Barbastro san Poncio, en la cual se colocó la imagen encontrada. Como primer capellán y responsable del mantenimiento del culto de la nueva ermita se ordenó al virtuoso Balandrán, quien renunciando a su oficio fue ordenado sacerdote. Sus restos pueden ser todavía venerados, una vez eleva-

do a la categoría de santo por aclamación popular, en la actual iglesia conventual.

La devoción a Nuestra Señora de El Pueyo creció rápidamente, siendo su fiesta celebrada desde tiempo inmemorial el lunes de Pascua. Durante siglos, miles de fieles de toda la comarca circundante acudían al Santuario que al poco tiempo contaba ya con cuatro capellanes para atender a los fieles. Los pueblos de la comarca tenían como romería principal la romería de El Pueyo y así más de cuarenta poblaciones de los alrededores acudían anualmente a visitar a la Madre de Dios con fervor y devoción. Son varios los casos de milagros atribuidos a la milagrosa intercesión de la Virgen de El Pueyo. El más conocido, por hallarse perfectamente documentado y autenticado por el notario Antonio Latorre en 1598 es la curación del niño Gabriel Sánchez.

El Santuario continuó con su labor durante siglos, siendo sustituido el primitivo edificio románico por uno más grande de estilo gótico. Sin embargo, el agitado siglo XIX trajo cambios sustanciales en la vida del templo. Primero, con la desamortización de Mendizábal en 1843, con la cual el templo se vio despojado de todas sus posesiones. Sin embargo, los fieles de Barbastro salieron en rescate de su amado santuario y comprando en subasta todas las posesiones, se las restituyeron a su legítimo propietario. El segundo hecho crucial fue la llegada de los monjes benedictinos en 1889, pasando a ser ya conocido como monasterio de Nuestra Señora de El Pueyo.

La nueva comunidad, fundada con monjes provenientes del santuario de Treviño y de Montserrat dotó al monasterio de renovada vida. Se ampliaron las dependencias, se crearon otras nuevas, se pudo dar una mejor atención a los fieles, atender y mejorar el patrimonio del Santuario... las tareas que realizó en su breve vida monacal la comunidad benedictina son innumerables. Al poco de instalarse, las vocaciones a la vida consagrada comenzaron a crecer entre los jóvenes de la zona. Con una clara vocación misionera, decenas y decenas de jóvenes novicios se formaron con el deseo de partir a lejanas tierras a predicar el Evangelio. El monasterio de El Pueyo fundó, junto con el de Montserrat, el colegio de San Beda en Manila. Dicho colegio, que aún existe, es y ha sido uno de los más prestigiosos de todo el país. También contribuyó con sus vocaciones al sostenimiento de



La Virgen se aparece a san Balandrán

Nueva Nursia, en Australia, una de las prelaturas más extensas de la tierra. Pero allá adonde fueron los jóvenes misioneros, llevaron el amor y la devoción a la Madre de Dios, que tan cariñosamente se les había inculcado en el Monasterio.

En fin, puede decirse que el Monasterio era, y cada vez más, un foco de cultura eclesiástica y monacal. Pero todo se vio truncado con el estallido de la Guerra Civil española en 1936. En aquel momento, la comunidad contaba con 18 monjes profesos, amén de escolares y demás personas dependientes del convento. Cuando las tropas revolucionarias tomaron posesión de Barbastro y se desencadenó el terror por toda la diócesis, los monjes de El Pueyo sufrieron la misma suerte de otras comunidades religiosas de la zona. Conjuntamente con los claretianos, los escolapios y cientos de sacerdotes y laicos fueron detenidos y ajusticiados por odio a la fe. Así, el 22 de julio fueron arrestados todos los padres y hermanos de la comunidad y encarcelados en la cárcel municipal de Barbastro hasta que, entre el 9 y el 28 de agosto fueron fusilados.

Desde el pasado 13 de octubre podemos venerar al padre Mauro (superior de la comunidad) y a sus 17 compañeros cuando, en Tarragona, fueron reconocidos por la Iglesia como beatos junto a 522 mártires de la fe.

Además del asesinato de toda la comunidad, el templo fue arrasado e incendiado, perdiéndose para siempre la querida imagen que desde aquel lejano año 1100 había sido venerada por todos los fieles. Hoy en día se conserva como testigo de aquel horror, una gran imagen de nuestro Señor con su Sagrado Corazón fusilado por el odio y las balas de aquellos que por odio a la fe destruyeron el Monasterio.

Una vez finalizada la Guerra, fueron dos los intentos por parte de la Orden Benedictina de repoblar el monasterio. La primera fue encabezada por el monasterio de Valvanera y la segunda por el monasterio de Viña del Mar (Chile). Este monasterio en su día también había recibido varias vocaciones provenientes de la floreciente comunidad de El Pueyo e intentó hacer del monasterio una casa vocacional. Finalmente, el descenso de las vocaciones en la segunda mitad del siglo xx hizo que la Orden Benedictina se viera obligada a devolver el Santuario en 1962 al Obispado de Barbastro. Se ponía así punto y final a 73 años de presencia benedictina dejando atrás una gloriosa historia.

El obispo de Barbastro, Jaime Flores, puso inmediatamente a disposición de los padres claretianos el monasterio. Éstos aceptaron gustosamente el ofrecimiento y fundaron en el monasterio el noviciado de la Provincia Claretiana de Aragón. Los Padres Claretianos realizaron una inestimable labor de modernización de las instalaciones pero tristemente, el noviciado tuvo que cerrar al cabo de no muchos años.

Poco a poco, la comunidad claretiana presente en el Monasterio fue descendiendo hasta su mínima expresión hasta que en el año 2009 dejó definitivamente la que había sido su casa durante más de cuarenta años.

En la actualidad, son los religiosos del Instituto del Verbo Encarnado los que atienden a los fieles y mantienen las instalaciones del templo. Esta floreciente orden originaria de Argentina ha encontrado en El Pueyo un inesperado regalo de la Providencia. El legado de los monjes benedictinos, de su sacrificio y entrega, ha sido recogido de forma entusiasta por los jóvenes religiosos. La imagen de la Virgen vuelve a ser venerada como en sus mejores tiempos y las romerías que todavía perduran en los pueblos de la zona tienen una inmejorable acogida al llegar a la cima.

Durante años, los fieles de la comarca que al levantar la mirada veían el Monasterio en su colina no podían sino sentir pena al pensar en lo sola que estaba su amada Virgen. Sin embargo hoy saben que en el monasterio de El Pueyo se vuelve a rezar por todos los barbastrenses, que Nuestra Santa Madre recibe el cariño y la devoción que merece y que el sacrificio de aquellos mártires que tanto sufrieron en defensa de la fe es inspiración para nuevas vocaciones.

San Pedro Claver

JOSÉ ÁLVARO SÁNCHEZ MOLA

LA vida de san Pedro Claver es la de un santo que, conmovido por la crudeza de la vida de los más necesitados y las duras condiciones en que vivían los esclavos, asumió la condición de esclavo de los esclavos para bautizar y catequizar a más de trescientos mil negros.

Nacido en Verdú (Urgell) en el año 1580, hijo de una familia campesina devota, sufrió la pérdida de su madre cuando aún era niño. Llegó a Barcelona a los 16 años para cursar los estudios de Humanidades. Parece que tanto su familia como él tenían pensado que se instruyera en la política.

La alta calidad de algunas de las asignaturas, como la oratoria le fue de gran ayuda, como más adelante demostraría al predicar ante el gentío que abarrotaba las iglesias y las plazas donde hablaba. Algunos de los testigos recogidos en el acta de canonización del santo decían que «predicaba muy de corazón» y que «hablaba por medio de preguntas y respuestas».

Cabe destacar la notable influencia que causaba en la época san Ignacio de Loyola, que moría en 1556, cuarenta años antes de llegar Pedro Claver a Barcelona. Por aquel entonces, Ignacio aún no había sido proclamado santo, y aún era mucha la gente que le había tratado personalmente. La admiración del pueblo por las extraordinarias cualidades humanas, religiosas y morales del fundador de la Compañía de Jesús hicieron que en el año 1597, cuando Pedro llevaba solamente un año en Barcelona, el Consejo de Ciento (máximo órgano de gobierno de la ciudad) solicitara al papa Clemente VIII y de manera unánime la canonización de Ignacio. Este clima y el trato que tuvo con los misioneros jesuitas en Barcelona inspiraron al joven Pedro Claver, que poco después de acabar sus estudios, a los 24 años, decidió ingresar en la Compañía de Jesús en Tarragona. En ese momento hace voto de entregarse al Señor y anota en su diario: «Hasta la muerte me consagro al servicio de Dios, y me entrego a Él como un esclavo».

Enviado a Mallorca para iniciar los estudios de Filosofía, conoció a san Alonso Rodríguez, quien tomó rápidamente a Pedro como discípulo. Durante tres años de dirección espiritual, Alonso, iluminado por Dios, entusiasmó y alentó a Pedro Claver a solicitar ser enviado a América para dedicarse al trabajo misionero.

En 1610 se embarca hacia las Américas. Durante meses de incómodo viaje marítimo, cuida de los enfermos de la tripulación y catequiza a los marineros, ganándose la admiración de todos dadas su humildad y bondad.

Cartagena de Indias era, durante el siglo XVII, el principal mercado de esclavos en Hispanoamérica por su situación estratégica en las rutas de las flotas españolas. Llegaban anualmente más de veinte naves, llevando cada una alrededor de trescientos africanos que eran expuestos en la hoy conocida como plaza de los Coches. Estos hombres eran destinados al cultivo de los campos o la explotación de las minas. El tráfico de esclavos, una terrible injusticia que estaba ya institucionalizada desde el segundo viaje de Colón en 1510, dejó a Pedro Claver impactado nada más llegar.

Una vez llegó a América, finalizó sus estudios de Teología y se ordenó sacerdote el 19 de marzo de 1616, comenzando su labor pastoral en Cartagena junto al padre Alonso Sandoval. Claver, al ver que esos pobres hombres llegaban mermados de África, con ojos entristecidos, encadenados y vendidos de mala manera, tomó una resolución: convertirse espiritualmente en un esclavo. El día de sus primeros votos escribía: «Hasta la muerte me he de consagrar al servicio de Dios haciendo cuenta que soy como un esclavo que se entrega al servicio de su amo, y procura con toda su alma, cuerpo y mente darle gusto en todo y por todo».

Con su oración sencilla y profunda, fortalecía su espíritu y sobrellevaba los reproches que le hacían algunas personas que lo consideraban imprudente y caprichoso por la forma de tratar y acercarse a los esclavos. Largas horas de oración y meditación llenaban los espacios de espera de los barcos. Rompió todos los prejuicios raciales, culturales y religiosos. Solía ser increpado por los ciudadanos pudientes de Cartagena, ya que la presencia de esa gente maloliente les impedía orar devotamente. Claver respondía: «Mis negros están lavados con la sangre de Jesucristo, son hijos de Dios con los mismos títulos que ustedes».

Pedro Claver era un hombre sencillo y lleno de valor, caracterizado por su espíritu de sacrificio y la entrega total al Señor y a los más pobres. No cesaba en decir a los esclavos: «el Señor te ama muchísimo, muchísimo». Su trato con los enfermos de los hospi-



tales mostraba un valor que impresionaba a los demás miembros de la orden. La actitud heroica que mostraba antes estas pobres personas, que no eran libres, le hacía ganarse el cariño de todas esas gentes.

Escribió en su diario: «Quiero pasar toda mi vida trabajando por las almas, para salvarlas y morir por ellas». Tanto es así, que Claver mandaba que le avisaran cuando llegara el siguiente barco de esclavos. Esperaba en el puerto con impaciencia, con ganas de bautizar y catequizar. Claver se identificó con ellos en todas sus necesidades: visitándoles en los pabellones donde yacían abandonados cuando ya no eran útiles para el trabajo o cargando los enfermos sobre sus hombros para llevarlos al hospital.

En sus planes no entraba la abolición de la esclavitud, pues era algo impensable en esa época en América. Pero hizo una tremenda labor luchando por mejorar las condiciones y los derechos humanos de todas esas personas, esclavos e indígenas.

En una de las misiones que emprendió hacia tierras desconocidas, se encuentran registrados cantidad de testimonios sobre su valor y su alegría. En concreto, destaca la misión que le hizo hacer su superior para catequizar a los indios indígenas por Colombia y Panamá. Atravesando la tupida selva, no dejaban de atacarle cantidad de insectos provocándole picaduras y heridas en su rostro. Aun así, estando en condiciones totalmente adversas y sin previsión de que fueran a mejorar, todos los testigos que le acompañaban no dudaban en resaltar su permanente estado risueño y su virtuoso ánimo. Claver decía: «No me importan las penalidades porque primero está el servicio de Dios y el bien de las almas».

Preparando una misión al Darién (el territorio

panameño más cercano a Colombia) para catequizar a una población de indios salvajes, fue advertido de la peligrosidad del viaje. Pero Pedro insistió en su deseo de llegar hasta los indios bárbaros del Darién, y reafirmando en su decisión elogiaba a los indígenas de esta manera: «Si es necesario, estoy dispuesto a dar mi vida por Cristo. Quiero hablarles de lo que siento. De lo que me inspira el Espíritu de Jesús. Es mi fuente de vida y alegría. También puede serlo para ellos. Deseo ofrecer mi vida por Cristo».

En otra ocasión, en medio de la selva, reunió a muchos esclavos para celebrar la Pascua, una fiesta que siempre aprovechaba para transmitir la alegría de vivir. «¡Jesús vive! ¡Está vivo! Murió pero ha resucitado». Les hablaría con exhortaciones espirituales que hacía con mucho fervor, y que servían para levantar el ánimo de los esclavos. Claver sentía que cumplía su misión.

Nunca cuidaba su salud, pero su constitución física y robusta le valía para sobreponerse a las dificultades. Distribuía la comida entre los pobres leprosos y se sentaba con ellos para confortarles y alentarles, abrazando a cada uno. En los hospitales, besaba las heridas y las llagas de los enfermos.

En 1650 Claver, volviendo de una misión en el campo, atravesaba una gran debilidad y tuvo que retirarse a la enfermería del colegio de los jesuitas, donde permaneció durante cuatro años. En septiembre de 1654, tras unos años de silencio y olvido, sucedieron algunos gritos en la ciudad como «¡el Santo se muere!», y se acordaban de él en los últimos momentos. En la mañana del 9 de septiembre de 1654, tras perder la voz el día anterior, murió de manera pacífica y serena.

Muy devoto de la Virgen, de joven peregrinaba a Montserrat. En Cartagena, pocos días antes de su muerte, solicitó que le llevaran a la iglesia para recibir la comunión y hacer una visita a la imagen de nuestra Señora del Milagro, en cuya capilla había celebrado su primera misa.

Pedro Claver fue beatificado en 1850 y canonizado en 1888 por el papa León XIII junto a san Alonso Rodríguez, su maestro. En 1924, la República de Colombia lo reconoció como su patrono, y en 1985 lo declaró Defensor de los Derechos Humanos. En julio de 1986 fue proclamado patrón especial de todas las misiones católicas entre los negros. El papa Juan Pablo II rezó ante sus restos mortales en la iglesia de los jesuitas en Cartagena en ese mismo año.

Cuatro siglos desde su muerte, Colombia le recuerda como el santo que cuidaba de manera extraordinaria y con atención dulcísima a los más pobres, enfermos y necesitados, y siempre irradiando felicidad.



Pequeñas lecciones de historia

Edmund Campion (VIII): el «Alarde», manifiesto de la misión jesuita

GERARDO MANRESA

THOMAS Proude era un actor de teatro que se movía por la Corte, pero tras un fracaso y una humillación ante la Reina, abandonó la Corte. Volvió a la vieja religión y en 1574 fue encarcelado en la prisión de Marshalsea, salvo en raros momentos en que podía escaparse sobornando a los carceleros. Su celda era un punto de encuentro para la comunidad católica. Años más tarde, queriendo entrar jesuita, el padre general le admitió a los votos después de aceptar sus años de cárcel como noviciado.

Finalizado el Sínodo de Southwark, en que se determinaba la misión de los jesuitas en Inglaterra, y apenas salidos de Londres, Proude, escapado de la prisión, salió al encuentro de los jesuitas. Les rogó que pusieran los objetivos de esta misión en un escrito que él podría conservar siempre consigo y publicar en caso de necesidad. Así lo hicieron y el escrito de Campion aún tres siglos más tarde se lee con emoción. El escrito se titula *Alarde* y está dirigido «A los Muy honorables Lores del Consejo Privado de Su Majestad».

Campion resume su empresa en nueve puntos:

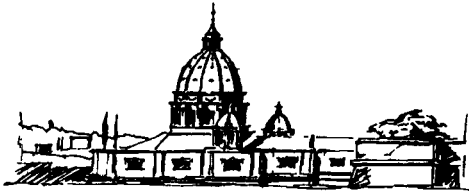
- 1.-Confiesa ser sacerdote jesuita de la Iglesia católica.
- 2.-Va a Inglaterra porque su superior, el preposición general de la Compañía de Jesús así lo ha dispuesto.
- 3.-Mi misión, dice, consiste en predicar el Evangelio, administrar los sacramentos, instruir a los sencillos, convertir a los pecadores y luchar contra los errores de doctrina, con los que son engañados muchos de mis compatriotas».
- 4.-Jamás ha tenido el propósito de ocuparse de la política o de la administración del reino.
- 5.-Se atreve a pedir tres tipos de audiencias públicas: la primera ante los Lores, a los que hablará de religión y del bien común, la segunda ante los doctores y maestros de Oxford y Cambridge, para reconducirlos a la fe de la Iglesia católica. La tercera, ante la justicia espiritual y temporal en la que justificará la fe por el sentido de las leyes.
- 6.-Es tanta la confianza que tiene en Cristo Rey que, dicho con toda humildad, ningún protestante o anglicano podrá sostener sus teorías victoriosamente.
- 7.-Pide a la reina Isabel, su Señora, que acceda a escucharle y así podrá, cambiando ciertas cosas, dar un trato más justo a los perseguidos.
- 8.-Se ha formado esta Compañía en Inglaterra para llevar alegremente la cruz que queráis cargar sobre nuestros hombros y no desesperar nunca de vuestra conversión mientras tengamos un hombre que pueda morir en Tyburn.

9.-En caso de no ser escuchado estoy dispuesto a morir encomendando vuestra conciencia y la mía a Dios Todopoderoso.

Proude se llevó el escrito a la prisión y aquella misma tarde lo leyó. Quedó vivamente impresionado y se puso a redactar un reto público propio, modelado según el de Campion. Este escrito lo basaba en dos cuestiones fundamentalmente: en la primera aportaba tres razones de por qué la Escritura no debía ser tomada como la única fuente de la fe, y en segundo lugar solicitaba audiencia para disputar formalmente con obispos y el Consejo.

Para aumentar la presión sobre los católicos, en la prisión se acentuaron las predicaciones anglicanas e incluso hubo respuesta al escrito *Tres razones de Proude*. Además, el obispo de Londres redujo a confinamiento con cadenas a Proude. A partir de aquí Proude hizo copias y dio a conocer el escrito de Campion, *Alarde*, pasando velozmente de mano en mano llegando fuera de la prisión a la ciudad. El revuelo fue tal que las autoridades destruían las copias y arrestaban a las personas que las tenían. El escrito, concebido originariamente como la defensa final de Campion en caso de arresto o ejecución, se convirtió, por su espíritu, en el manifiesto de su misión.

Este escrito aumentó grandemente la fama de Campion. La fama que poseía en los viejos días antes de su exilio en las universidades y la Corte, entre eruditos y hombres de la política, a partir de entonces se transformó en la del líder y portavoz de la nueva misión. Esta fama también se la otorgaba su pertenencia a la Compañía de Jesús, que aunque conocida en Inglaterra no se había hecho aún un hueco en la tradición inglesa. La gente recordaba a los frailes caminando de pueblo en pueblo por las carreteras, a los monjes con hábito y tonsura yendo al mercado dispensando limosnas y hospitalidad a los indigentes, mucha gente había recibido las primeras lecciones de dominicos y benedictinos en las escuelas de los pueblos, sus monasterios estaban desolados, pero en la memoria de la gente pervivía dulcemente su recuerdo. Pero *jesuita* era una palabra nueva. Para los protestantes significaba conspiración y los campesinos sólo conocían la versión oficial: que había sido fundada por un español y que se sujetaban a una lealtad distinta de la Reina; eran la vanguardia de la invasión española. Para los católicos era el sacerdote que el Papa les enviaba para sustituir al que el Gobierno les había robado. Estos nuevos sacerdotes eran instruidos, con el celo de la Contrarreforma, portadores de nuevos conocimientos, de una nueva santidad. Campion y Persons habían entrado en un mundo ya trémulo de expectación ante los cambios que se adivinaban en el horizonte.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

El Papa visita Corea del Sur

EL pasado mes de agosto y con motivo de la VI Jornada de la Juventud Asiática, presidida por el lema «Juventud de Asia, despierta! La gloria de los mártires brilla sobre ti», el papa Francisco viajó hasta Corea del Sur en el que ha sido su tercer viaje apostólico fuera de territorio italiano.

Uno de los momentos centrales del viaje lo constituyó la ceremonia de beatificación, ante más de un millón de fieles, de Pablo Yun Ji-Chung y 123 compañeros mártires, asesinados entre 1791 y 1888 por renunciar al confucianismo. Durante la homilía el Papa constató que «la victoria de los mártires, su testimonio del poder del amor de Dios, sigue dando frutos hoy en Corea, en la Iglesia que sigue creciendo gracias a su sacrificio».

Es la tercera vez que la Iglesia coreana celebra la beatificación de algunos de sus hijos: el 5 de julio de 1925 Pío XI proclamó a 79 beatos, asesinados durante la persecución entre 1839 y 1846, mientras que el 6 de octubre de 1968 Pablo VI elevó a los altares a otros 24, que encontraron la muerte durante la persecución de 1866. Estos beatos, de los cuales el más famoso es san Andrés Kim Taegon, primer sacerdote coreano, fueron canonizados todos juntos por san Juan Pablo II el 6 de mayo de 1984 en Seúl. Hay que remontarse a la segunda mitad del siglo XVIII para encontrar las raíces de la evangelización de Corea. En aquel período algunos miembros de la embajada ante la corte imperial de Pekín conocieron a los misioneros católicos y, conquistados por el mensaje de Jesús, se hicieron bautizar. Cuando volvieron a Corea, comenzaron a difundir el Evangelio y a bautizar a sus compatriotas. Sin embargo, las autoridades gubernativas se mostraron inmediatamente desconfiadas ante la rápida difusión de la fe católica, considerada fruto de la cultura occidental, que podía alterar el orden de un país cuyas raíces se arraigaban en el confucianismo y en el credo budista. La primera persecución contra la Iglesia se desató en los años 1791-1793. El detonante fue la prohibición del obispo de Pekín, Alexandre de Gouvea, de la práctica de los ritos ancestrales del confucianismo. En este período tiene lugar la muerte de Pablo Yun Ji-Chung y de su primo Jaime Kwon Sangyeon. Su primo, de origen noble, casado y padre de una hija, se bautizó en 1787. A causa de su oposición a celebrar el funeral de su madre según

los ritos tradicionales y de su decisión de quemar las tablillas ancestrales, las autoridades decretaron su arresto. En octubre de 1791 se presentó ante el juez. A pesar de las presiones y la violencia, no renegó de su fe, y por eso el rey ordenó su decapitación, que se ejecutó el 8 de diciembre en la iglesia de Jeondong, en Jeonju. La misma suerte les tocó a los otros mártires, a menudo de clase noble. En el grupo hay un solo sacerdote, el padre Jaime Zhou Wenmo, de origen chino: fue el primer misionero en ir a Corea. Su muerte fue posterior, porque tuvo lugar el 31 de mayo de 1801. Entró en el país en diciembre de 1794 y celebró su primera misa en esa tierra. Con su actividad evangelizadora, logró aumentar sensiblemente la comunidad de los bautizados, que tan sólo seis años después de su llegada contaba con diez mil fieles. En 1801 el rey promulgó un edicto legalizando la persecución contra los cristianos, considerados criminales de Estado. Fue fácil arrestarlos, torturarlos y asesinarlos en nombre de la ley. El padre Jaime trató de calmar la violencia contra los católicos, entregándose a las autoridades, las cuales, intuyendo que no lograrían sacarle información sobre el escondite de los cristianos, lo condenaron a la decapitación.

Sri Lanka tendrá su primer santo

EL Santo Padre, aplicando su potestad para simplificar el proceso de canonización y proceder sin la necesidad de que se compruebe un segundo milagro, ha dado por buena la decisión de la Congregación para las Causas de los Santos de proceder a la canonización del beato Joseph Vaz (1651-1711), miembro de la Congregación de San Felipe Neri, fundador del Oratorio de la Santa Cruz de los Milagros en Goa (India) y gran evangelizador de Sri Lanka a finales del siglo XVII y principios del XVIII.

El padre Vaz, segundo fundador de la Iglesia en Sri Lanka, llegó a esa isla en pobreza absoluta y en una época de falta de libertad y persecución religiosa por parte de calvinistas holandeses. Caminando descalzo como un mendigo y con un rosario al cuello y soportando todo tipo de privaciones, predicó infatigablemente el Evangelio de Cristo, que tradujo a la lengua tamil y cingalés, llegando a inaugurar cerca de cuatrocientas capillas y quince iglesias.

Además, el papa Francisco también ha aprobado el decreto que reconoce el milagro atribuido a la intercesión de la beata María Cristina de la Inmaculada Concepción (1856-1906), fundadora de la congregación de las Religiosas Víctimas Expiadoras de Jesús Sacramentado y gran promotora de la adoración de la Eucaristía en reparación de los pecados cometidos contra el Sagrado Corazón de Jesús en el Santísimo Sacramento.

Fue tan intensa su espiritualidad reparadora que la convirtió en el carisma de su congregación: «el fin principal de la Obra —explicaba la futura santa— es la reparación de los ultrajes que recibe el Sagrado Corazón de Jesús en el santísimo Sacramento, especialmente las muchas irreverencias y descuidos, comuniones sacrílegas, sacramentos recibidos indignamente, misas mal escuchadas y, lo que amargamente traspasa aquel Corazón santísimo, es que muchos de sus ministros y muchas almas consagradas a él se unen a esos ingratos. (...) A las adoratrices perpetuas el divino Corazón de Jesús ha querido encomendarles el dulce y sublime oficio de víctimas de perpetua adoración y reparación a su divino Corazón horriblemente ofendido y ultrajado en el Sacramento del amor».

La basílica de Issoudun celebra su ciento cincuenta aniversario

CORRÍA el año 1854 cuando el padre Julio Chevalier, destinado como vicario a Issoudun, confiaba al padre Maugenest, también vicario de la parroquia y condiscípulo suyo, las ansias de su corazón: «Dos plagas consumen nuestro desdichado siglo, la indiferencia y el egoísmo. Se necesita un remedio eficaz que puede aplicarse a esos dos males. Ese remedio se halla en el Corazón Sagrado de Jesús, que es sólo amor y caridad. Además, ese Corazón adorable, que nos es adicto, no es bastante amado de los hombres. Ignoran todos los tesoros que encierra. Entonces, se necesitarán sacerdotes que trabajen para darle a conocer. Llevarán el nombre de Misioneros del Sagrado Corazón». Decididos ambos, encomendaron su obra a la Santísima Virgen, comprometiéndose a venerarla en su futura congregación de «una forma especial».

Tres años después, la congregación de los Misioneros del Sagrado Corazón ya tiene su primera casa y una pequeña capilla, que enseguida se muestra insuficiente para acoger la gran afluencia de fieles que asisten a los oficios. A principios de 1857, el padre Chevalier comienza a hablar de la construcción de una nueva iglesia y comenta: «Dentro de algunos años veréis aquí una gran iglesia, y a muchos fieles provenientes de todo el mundo... Y, cuando se cons-

truya esa iglesia, no faltará en ella una capilla dedicada a María Santísima». Y añade: «Dedicaremos la capilla a Nuestra Señora del Sagrado Corazón».

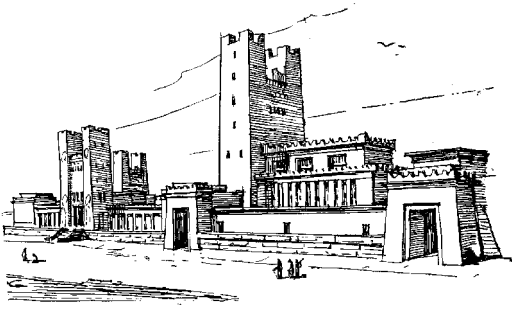
El 28 de junio de 1859 se coloca la primera piedra de la nueva iglesia. Y las obras avanzan rápidamente gracias a la campaña de recaudación de fondos organizada por el padre Chevalier y el padre Piperon, condiscípulo de Chevalier. El 16 de junio de 1861 la primera parte de la iglesia (el presbiterio y la mitad de la nave) es bendecida y abierta al culto. Como había prometido, el padre Chevalier consagró uno de los altares laterales a Nuestra Señora del Sagrado Corazón y colocó una bella vidriera representando la nueva advocación, imagen que se extendió rápidamente por toda Francia. De todas partes, los párrocos, los conventos, las asociaciones, pedían la famosa imagen, por centenares, por millares. E iban a Issoudun para ver «la verdadera». Había muchedumbres todos los días. El 2 de julio de 1864, el obispo de Bourges, junto a cuatro obispos más, consagraba la iglesia ya totalmente terminada.

Este año, en el que se cumple el ciento cincuenta aniversario de la consagración de la iglesia de Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Issoudun, la peregrinación anual a la basílica, que tuvo lugar el pasado 6 de septiembre, ha reunido a miles de devotos de María y a los últimos cinco obispos de la diócesis de Bourges, presididos por su actual arzobispo, monseñor Armand Maillard.

Inicio del bicentenario del nacimiento de san Juan Bosco

TRAS años de preparación espiritual para conmemorar los doscientos años del nacimiento de san Juan Bosco, el pasado 15 de agosto la familia salesiana inauguró oficialmente el Año del Bicentenario con una misa en Castelnuovo, presidida por el rector mayor de los salesianos, el sacerdote Ángel Fernández Artime, que explicó que «el bicentenario del nacimiento de Don Bosco nos lanza a todos en un camino de fidelidad a la misma llamada que él sintió, escuchó y que tradujo en su vida. Un año de fiesta por aquel regalo que es Don Bosco para la Iglesia y para su Familia». «Nuestra intención en este Año Bicentenario —ha explicado el padre Francesco Cereda, vicario general de los salesianos— es acoger y comunicar la grandeza del carisma de Don Bosco, que no sólo pertenece al mundo salesiano sino a toda la Iglesia y a la sociedad».

CRISTIANDAD, uniéndose a los diversos actos e iniciativas organizados a nivel internacional en cada uno de los países donde hay presencia salesiana, se hará eco periódicamente de la vida y obra de san Juan Bosco a partir del inicio del año 2015.



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

El Estado Islámico desata el terror en Siria e Iraq

El mundo asiste, atónito e impotente, a un despliegue de terror y crueldad que, incluso para nuestras sensibilidades, acostumbradas ya a todo tipo de atrocidades, resulta insoportable. Nos referimos, está claro, a la ofensiva del ISIS (por las siglas inglesas de Estado Islámico de Iraq y Siria), el grupo yihadista suní que ha conseguido el control del noroeste de Iraq y el oeste de Siria y que ha proclamado allí el califato islámico, desatando una orgía de terror y asesinatos que se han cebado principalmente en las minorías cristianas y yazidíes (miembros de una secta de antiquísimo origen afín al zoroastrismo). Algunas de las escenas que nos han llegado, como el asesinato masivo de hombres dispuestos ya en sus propias fosas comunes, las decapitaciones o las degollaciones de los periodistas estadounidenses James Foley (católico que explicó cómo le había mantenido el rezo del rosario durante su cautiverio y cuya madre dio un testimonio que impresionó al mismo Papa) y Steven Sotloff, adquieren unos tintes que uno no puede dejar de calificar de apocalípticos. Como si por unos momentos el demonio gozara de libertad para actuar a sus anchas, un odio terrible se ha desatado sobre los cristianos de la región, actualizando los episodios de martirio que algunos creían que eran ya cosa del pasado. Este vendaval asesino ha exterminado a los cristianos de la zona y en ciudades como Mosul, junto al emplazamiento de la bíblica Nínive, con presencia cristiana desde hacía

dos mil años, todos aquellos que se declaraban discípulos de Cristo han sido asesinados o han huido. Las fotografías de casas pertenecientes a cristianos en las ciudades ocupadas por el ISIS marcadas con la letra inicial de la palabra Nazareno, señalando que los yihadistas pueden saquearla, ha conmocionado al mundo entero con esta contraimagen de las señales salvíficas que todo judío pintó en el dintel de su puerta el día de Pascua en Egipto (con esta estrategia consiguen el doble fin de eliminar toda presencia no islámica al tiempo que dan respuesta a las exigencias de botín de los miles de milicianos extranjeros llegados de todo el mundo).

¿Qué es el ISIS?

La guerra civil en Siria, que ya dura desde hace más de tres años y para la que no se adivina un final cercano, ha dado un salto sustancial al desbordar sus fronteras de la mano del ISIS y provocar el caos en todo Oriente Medio. Pero, ¿qué es el ISIS? Estamos ante una organización de yihadistas sunís, liderados por Abu Bakr al-Bagdadí, que rompió su vínculo con Al Qaeda debido a discrepancias estratégicas (el ISIS es partidario de «liberar» un territorio, hacerse fuerte en él y desplegar una campaña de terror en el mismo sin precedentes) y que ha conseguido proclamar el califato en un área cuyos territorios formaban parte de Siria e Iraq, si bien sus fronteras exactas fluctúan en función de los avances y retrocesos de sus milicias. Este califato aspira a poner fin al caos en

INTENCIONES DEL PAPA ENCOMENDADAS AL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN



Octubre

Universal: Para que el Señor conceda paz a las regiones del mundo más afectadas por la guerra y la violencia.

Por la evangelización: Para que el Día Mundial de las Misiones despierte en cada cristiano la pasión y el celo por llevar el Evangelio a todo el mundo.

Noviembre

Universal: Para que las personas que sufren la soledad sientan la cercanía de Dios y el apoyo de los hermanos.

Por la evangelización: Para que los seminaristas, religiosos y religiosas jóvenes tengan formadores sabios y bien preparados.

la zona, imponer la ley coránica y extenderse como el califato original de tiempos de Mahoma, con un radio de acción potencialmente ilimitado: su objetivo es el mundo, aunque por el momento no pase de ser un territorio meramente suní, un «Sunistán» (para dejar claro este carácter, los milicianos del ISIS destruyeron la mezquita chií de Sayyeda Zeinab al tomar el lugar) que encontrará serias dificultades para extenderse más allá de las zonas de mayoría suní. Su financiación inicial provenía principalmente de Turquía, Qatar y Arabia Saudí, países suníes interesados en la caída de Bashar el Assad en Siria (Assad es alauita, una rama del islam cercana al chiísmo, a la que pertenecen el 15% de los sirios), para luego aprovechar la ayuda militar occidental a los rebeldes sirios, de los que forman parte, consiguiendo así el acceso a un armamento del que no disponían hasta ese momento. Por último, al controlar ahora una zona rica en petróleo (se calcula que consigue unos dos millones de dólares al día por este concepto), al que se unen los ingresos procedentes de la industria del secuestro y a lo que ellos califican como «impuestos» sobre los habitantes del «Califato», el ISIS se ha convertido en el grupo yihadista probablemente mejor financiado del mundo. Otro de los rasgos novedosos del ISIS está siendo su capacidad de atraer combatientes procedentes de Europa e incluso de Estados Unidos o de Australia, que se unen a los yihadistas árabes que tradicionalmente engrosan las filas de estos grupos allá donde se produce un conflicto abierto. Estos jóvenes procedentes de Occidente son hijos de inmigrantes musulmanes pero también jóvenes occidentales que han abrazado el islam buscando algo que les trascienda, una misión en la vida, algo grande de lo cual formar parte. Además se tiene constancia de que a estos yihadistas occidentales se les pide no renunciar a sus pasaportes para poder extender la *yihad* en sus países de origen cuando sea necesario. Este hecho ha provocado lógicamente la alerta en los países occidentales: los yihadistas, dispuestos a las más crueles acciones, ya no proceden únicamente de lejanos lugares, sino que están entre nosotros.

¿Cómo ha podido extenderse con tanta rapidez?

Pero es imposible entender la aparición del ISIS sin comprender el pasado reciente de la región. Por un lado, la intervención norteamericana en Iraq, que ha dado lugar a un gobierno chií que no ha sabido integrar a la minoritaria población suní, concentrada principalmente en el norte del país. De hecho, el rápido avance del ISIS no se explica sin la complicidad de la población suní del norte de Iraq, que contempla el conflicto como parte de una guerra civil entre chiíes

y suníes, un enfrentamiento que también explica la retirada de la llanura de Nínive de las milicias kurdas, los peshmerga, terceros actores en el escenario iraquí y que mantienen una equidistancia frente a chiíes y suníes. Lo cierto es que la intervención occidental en Iraq ha tenido como resultado la quiebra de los frágiles equilibrios internos y la emergencia de un estado de lucha permanente entre suníes, chiíes y kurdos, a su vez divididos en múltiples subgrupos que se alían y luchan entre sí, y donde las minorías cristiana y yazidí tienen siempre todas las de perder. El desmoronamiento del régimen baasista en Iraq no ha venido seguido de otro orden político nuevo, sino que ha sumido el país en una lucha sin fin entre grupos étnicos y religiosos.

Por otro lado, la intervención occidental en la guerra civil siria, suministrando apoyo a los rebeldes suníes en aras a derrocar el régimen de Bashar el Assad, que cuenta con el apoyo iraní, ha provocado el vacío de poder que explica la aparición con fuerza del ISIS: los territorios de los que el régimen sirio se ha retirado han pasado a poder del ISIS, que se los ha arrebatado con facilidad a las otras milicias que forman parte del frente anti-Assad. En definitiva, el fenómeno de la aparición del ISIS es fundamentalmente una consecuencia de la desestabilización de Iraq y de la intervención en Siria por parte de las potencias occidentales, socavando dos frágiles estados que mantenían un precario equilibrio interno.

La desastrosa estrategia occidental

Ante esta crisis la respuesta de Estados Unidos, en la persona de su presidente Barack Obama, ha sido una vez más decepcionante. Sus declaraciones en el sentido de que no tienen ninguna estrategia pensada son una demostración más de que estamos ante una de las peores administraciones estadounidenses de la historia en materia internacional. Por desgracia ni siquiera es así: Obama sí ha tenido una estrategia, apelar a un diálogo naif con el mundo islámico, apoyar a quienes eran etiquetados como parte de la «primavera árabe» (casi siempre islamistas radicales empeñados en derrocar regímenes laicos autoritarios y corruptos pero que permitían a las minorías vivir en paz) y acelerar una retirada de efectivos que cada vez se parece más a la huida de las fuerzas coloniales inglesas de la India en 1948, dejando tras de sí a miles de hombres bien armados y con excelentes motivos para usar sus armas. Esta estrategia le ha estallado en la cara. La pirueta verbal de calificar como terroristas a quienes hasta ayer eran rebeldes y la petición de ayuda a Bashar el Assad, hace pocos meses un tirano a quien había que derrocar a toda costa (tenemos que agra-

decer a Rusia que ahora podamos contar con un aliado en la región), por parte de Estados Unidos para poder bombardear posiciones del ISIS en territorio sirio no hacen más que confirmar que más que una estrategia inexistente, la administración Obama tiene entre manos una estrategia cruelmente fracasada.

Por otro lado, las reacciones en Occidente han sido como mínimo tibias, cuando no indiferentes a las matanzas de cristianos: la opinión pública europea y estadounidense se ha movilizado más por la suerte de los árabes de Gaza que por lo que les ha ocurrido a los cristianos iraquíes, demostrando una vez más que decenios de propaganda anticristiana nos han insensibilizado ante el sufrimiento de los cristianos, para quienes, a la luz de lo aquí expuesto, se mantiene un negro futuro.

El fin del orden creado por Sykes-Picot

En cualquier caso, los sucesos a los que estamos asistiendo parecen tener implicaciones que van más allá de los vaivenes a los que estamos acostumbrados en la región y anuncian una nueva época en Oriente Medio, la del fin de los estados creados hace un siglo por el Tratado Sykes-Picot. Este tratado entre Francia y Gran Bretaña reordenó el territorio del desaparecido Imperio otomano, creando un Iraq controlado por Inglaterra y dividiendo la provincia otomana de Siria a lo largo de una línea desde el Mediterráneo hasta el monte Hermón, donde lo situado al norte quedaba bajo control francés y lo situado al sur bajo dominio británico. Los franceses, en reconocimiento a sus aliados cristianos maronitas, desgajaron una parte de Siria y crearon el Líbano. Los ingleses, por su parte, premiaron a las dos tribus que les habían apoyado (aunque ambas mostraran hostilidad mutua), los saudíes y los hachemitas, a quienes otorgaron Arabia Saudí y Jordania. Estos estados integraban en su seno, con la excepción de las monarquías del Golfo, diversos grupos étnicos y religiosos en un equilibrio que se quebró en primer lugar en el Líbano, tanto por motivos demográficos (la pérdida de peso de los cristianos frente a los musulmanes, especialmente chiíes) como geopolíticos (la extensión de la guerra en Israel hacia el norte). En la actualidad, aunque sigamos hablando del Líbano, ya no existe un estado propiamente dicho que responda a ese nombre, sino que estamos ante un territorio repartido entre los distintos clanes, etnias y señores de la guerra. Ahora estamos asistiendo al mismo proceso en Siria e Iraq, con múltiples facciones combatiendo por crear espacios estables bajo su control.

De hecho, el modo probablemente más eficaz de

detener al ISIS será que las otras facciones étnicas y religiosas presentes en la región detengan su avance y les impidan penetrar en los territorios de mayoría chií o kurda. Otra cuestión será recuperar los territorios que actualmente están bajo su control. La respuesta occidental, que por ahora ha consistido en bombardear posiciones yihadistas (acciones bastante eficaces pues el terreno, desértico, hace muy difícil protegerse eficazmente de los ataques aéreos), podrá ser de gran ayuda para las milicias rivales, pero una intervención directa sobre el terreno no sólo es improbable, sino que en vista de los resultados obtenidos en la zona en operaciones de este tipo sería incluso contraproducente.

Repercusiones en Libia y Afganistán

Queda por dilucidar un aspecto importante: si es poco probable que el ISIS pueda penetrar en territorio chií al sur o avanzar en territorio kurdo, su aparición sí puede tener efectos desestabilizadores en otros lugares de mayoría suní (y en el propio Iraq, donde las represalias chiíes sobre la minoría suní que vive en el sur empiezan a menudear). La situación en Libia es crítica, con el país en manos de la alianza islamista entre la franquicia de Al Qaeda en el país, Ansar al Sharia, activos en la Cirenaica, y los Hermanos Musulmanes, fuertes en la Tripolitania. El parlamento elegido el pasado mes de junio y reconocido internacionalmente, de mayoría laica o moderada, se reúne casi clandestinamente en Tobruk estos días, a 1.500 kilómetros de la capital, Trípoli, pero cerca de la frontera egipcia, país al que pueden huir en cualquier momento. Y mientras un contagio yihadista en las monarquías del Golfo parece poco probable, la situación en Afganistán se complica día tras día: los talibán han pasado a la ofensiva aprovechando la retirada de efectivos estadounidenses, demostrando una capacidad de acción que no augura nada bueno para el gobierno pro-occidental de Kabul. Así, el islamismo, como una hidra, regenera sus cabezas y transforma lo que se veía como victorias occidentales durante la «primavera árabe» en nuevas cabezas de puente hacia la extensión de la *yihad* y la ley islámica. Mientras tanto, en Occidente es fácil encontrar a analistas dispuestos a las mayores piruetas intelectuales posibles para hacernos creer que la ofensiva yihadista no tiene nada que ver con el islam. Contra este esfuerzo, entusiasta, por negar lo evidente, resuenan cada día con más fuerza las palabras de Benedicto XVI en Ratisbona a propósito del islam, ahora vindicadas por la realidad y en las que el Santo Padre advertía de los peligros de la tendencia en el islam a la irracionalidad y la violencia sectaria.



LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

Este mes recomendamos:



El verdadero Evangelio de la familia

Autor: Juan José Pérez-Soba y Stephan Kampowski
Editorial: BAC
224 páginas
Precio: 16,00 €

Dentro del camino sinodal sobre la familia, los autores han acogido su invitación a un diálogo crítico a la ponencia presentada por el cardenal Kasper en el pasado consistorio de febrero de 2014. El libro quiere ser una contribución positiva que indica una actitud pastoral misericordiosa: una línea

que «cura las heridas», es decir, promueve una auténtica conversión que une la doctrina a la pastoral, la verdad a la misericordia.



Beato Pablo VI. Gobernar desde el dolor

Autor: Mariano Fazio,
Editorial: Rialp
144 páginas
Precio: 12,00 €

Pablo VI, predicador de la paz en plena «guerra fría», defensor de la vida con su encíclica *Humanae vitae*, peregrino del Evangelio por los cinco continentes, su pontificado es todavía objeto de análisis y discusión. Solía afirmar que hoy el hombre cree más a los testigos que a los maestros. Su beatificación confirma que fue

—en medio del dolor por la crisis del mundo y de la Iglesia— un testigo creíble de la verdad.



De modo addiscendi (Sobre el modo de aprender)

Autor: Gilbert de Tournai
Editorial: BAC
752 páginas
Precio: 41,00 €

Gilbert de Tournai fue fraile franciscano, persona cercana a la corte de Luis IX de Francia y uno de los exponentes más cualificados de la pedagogía escolástica. Su *De modo addiscendi* es un trabajo inédito, que asienta las bases de la primigenia pedagogía franciscana, donde se aborda el análisis de las cuatro causas de la educación: final, eficiente, formal y material.

El resultado final será uno de los tratados pedagógicos más importantes de la Baja Edad Media.



Confío

Autor: Janusz Rosikon y Grezegorz Górný,
Editorial: Edibesa
328 páginas
Precio: 29,00 €

Este libro ofrece la historia de santa Faustina, una de las grandes místicas del siglo XX, y su devoción a la Divina Misericordia. En el cumplimiento de la misión, que Cristo le confió, de promover el mensaje de la Divina Misericordia, sor Faustina se encontró con

muchos obstáculos. Sin embargo, los superó todos con la fe, la esperanza y la caridad. Su mensaje de la infinita misericordia divina ha llegado a conseguir cosas aparentemente imposibles. La devoción a la Divina Misericordia se ha extendido por el mundo entero como un fuego, ayudando a la gente a reconciliarse con Dios y con los demás.

Aborto: la voz de los sin voz

La retirada por parte del presidente del Gobierno del «Anteproyecto de Ley Orgánica para la Protección de la Vida del Concebido y de los Derechos de la Mujer Embarazada», es una decisión política con unas implicaciones morales muy graves, dado que la medida del señor Rajoy condena a cientos de miles de vidas humanas al más absoluto de los desamparos.

El derecho a la vida no es un derecho más, sino uno anterior a todos los derechos, y sobre el que se sustentan todos los demás. Obviamente, el juicio moral de las políticas desarrolladas por un gobierno no se circunscribe a la tutela de la vida. La experiencia nos dice que unos partidos suelen ser más sensibles hacia determinados valores éticos, mientras que otros lo son hacia otro tipo de valores morales. Pero cuando lo que está en juego es el mismo derecho a vivir, no cabe entender que estemos ante una cuestión más, entre tantas otras. Se trata probablemente del mayor de los dramas morales de nuestra sociedad. Cada día son exterminadas en España más de trescientas vidas humanas, a las que se les niega el más elemental de los derechos: el derecho a vivir. Y esto se hace bajo el amparo de un ley inicua que reconoce el derecho a abortar, es decir, el derecho a matar.

Si bien el Partido Popular había manifestado mientras estaba en la oposición su desacuerdo con la ley abortista de Zapatero (2010), finalmente, ha terminado por asumir la aberración de considerar al aborto como un derecho humano. (Conviene puntualizar que no existe en el mundo otro estado que considere el aborto como un derecho en su legislación). Desgraciadamente, no es la primera vez que se produce una deriva semejante en el Partido Popular. Los hechos demuestran que la supuesta «izquierda» es la que termina marcando el camino a la supuesta «derecha». Cada vez existen menos diferencias ideológicas reales entre los partidos políticos, dado que han asumido todos ellos los valores del neocapitalismo, el relativismo y la ideología de género. Alguien dijo que el pensamiento políticamente correcto de nuestros días, se caracteriza por ser teóricamente marxista, prácticamente liberal, y psicológicamente freudiano.

La decisión tomada por el presidente del Gobierno reabre de una forma definitiva el debate ya existente desde hace tiempo en el seno de la Iglesia católica: ¿qué tipo de presencia deben de tener los católicos en la vida política? ¿Es coherente que los católicos se integren en partidos políticos que acogen en sus programas propuestas diametralmente contrarias a los valores evangélicos? ¿Pueden los católicos votar a partidos políticos que están en esta situación, basándose en el principio del «mal menor»? El tiempo ha demostrado que por el camino del «mal menor» se termina llegando al «mal mayor». La opción del «mal menor» sólo puede ser acogida por un cristiano de forma circunstancial y transitoria; sin caer en la tentación de hacer de ella su «santo y seña». Y es que... Jesucristo nos enseñó a apostar por el bien; no por el mal menor. [...]

La cuestión es la siguiente: ¿Quién prestará su voz a los que no tienen voz? ¿Quién está dispuesto a defender el derecho a la vida de cientos de miles de inocentes que todavía no pueden hablar por sí mismos? ¿Y quién ofrecerá a las mujeres embarazadas que están en situaciones difíciles una alternativa a esa trampa mortal llamada «derecho a abortar»?

JOSÉ IGNACIO MUNILLA, obispo de San Sebastián
(28 de septiembre de 2014)